This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

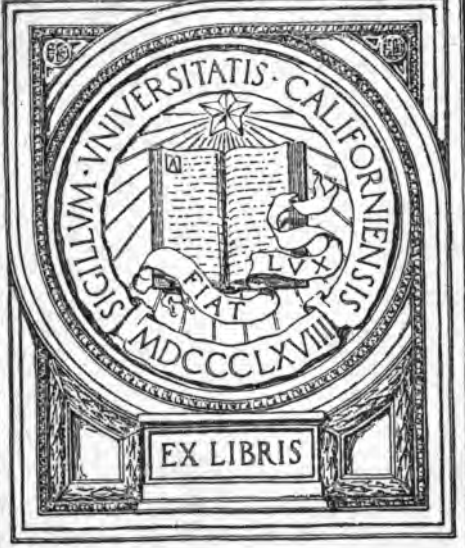
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

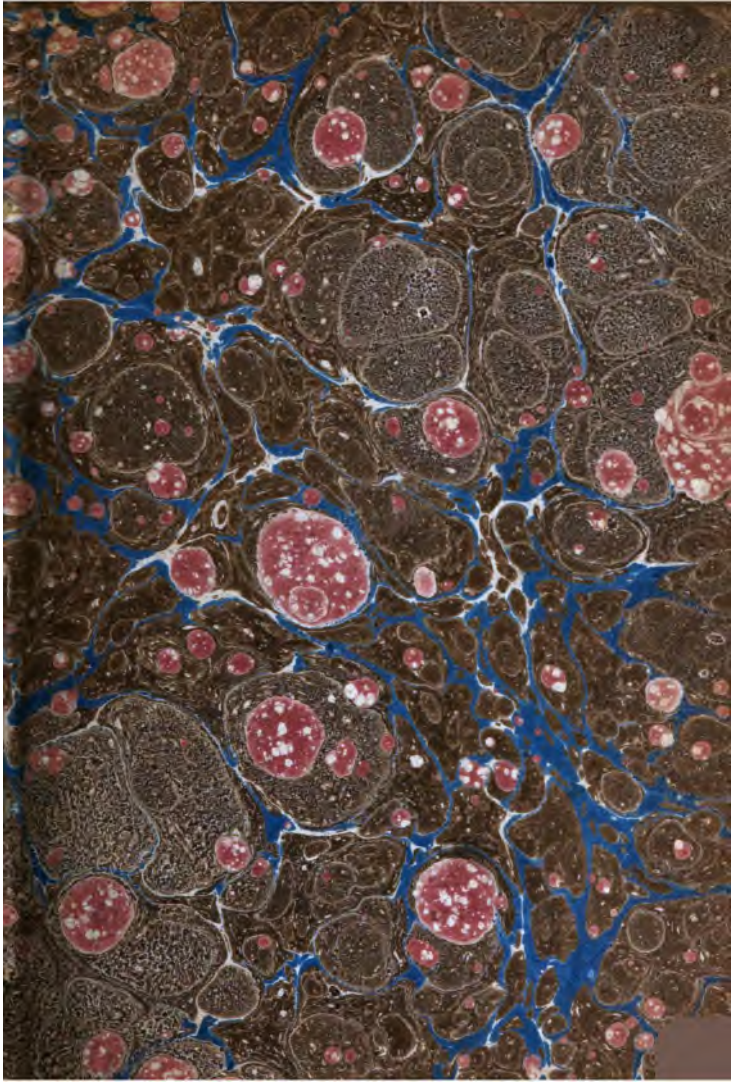
El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

UC-NRLF
$B 268 304

GIFT OF
J.C.CEBRIAN



789
S465
h
563



Miss S. A. Savage
322 Geary St
San Francisco
Cal.

MÁS HOJAS SUELTAS.

UNIV. OF CALIFORNIA

MÁS HOJAS SUELTAS.

NUEVA COLECCION

DE

VIAJES LIGEROS

ALREDEDOR DE VARIOS ASUNTOS,

POR

José Selgas y Carrasco.

MADRID.

CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION,

San Agustin, 12, segundo.

1863.

Esta obra es propiedad de los Sres. Salas, Helguero y Gaztambide, quienes perseguirán ante la ley al que la reimprima.

Gift of J.C. Calvan

IMPRENTA DE C. GONZALEZ, SAN VICENTE ALTA, 52.

Library of California

LA NOCHE.

¿Quién no ha experimentado alguna vez la inesperada impresion de un dolor repentino?

¿Quién no se ha cogido un dedo al cerrar una puerta?

¿Quién al volver una esquina no se ha estrellado con la grave individualidad de un mozo de cordel, ó con la impasible unidad de un aguador?

¿Comiendo ó hablando, no os habeis mordido nunca la lengua?

La noche entra perfectamente en este órden de ideas.

Cualquiera de esas impresiones puede confundirse con la noche bajo un punto de vista comun.

524442

¿Qué es la noche?

Medítese bien y se comprenderá que es una cosa que hace ver las estrellas.

El fenómeno se verifica de esta manera:

El sol, cansado de mirar á la tierra, levanta sus rayos al cielo como la mirada de un afligido.

Esa mirada cuya significacion no aparece en ningun Diccionario y que, sin embargo, en todos los idiomas quiere decir ¡Cielo!

Despues de este relámpago de sus últimos rayos, cuyas ráfagas brillan en todas direcciones como los reflejos de un incendio, desaparece detrás de una montaña, se esconde en la oscuridad del bosque lejano ó se sumerge en la mar.

Algunas nubecillas caprichosas se asoman al horizonte llenas de impaciente curiosidad, y al verse iluminadas por aquella última mirada, se quedan suspensas, vacilan en el aire y se ruborizan.

El viento corre de un punto á otro con silenciosa movilidad, dejando escapar por todas partes ese silbido ténue, que no hay letras con que poder escribirlo, y que quiere decir «silencio...»

Si el viento tuviera manos como tiene alas,

estoy seguro que en esta ocasion expresaria su pensamiento poniéndose el dedo en la boca.

De paso mece á los árboles como si quisiera dormirlos.

Las hojas cuchichean y el agua corre á tientas tropezando con todo lo que se la pone delante y murmurando como un ciego que va hablando solo.

La sombra se deja caer lentamente, estendiéndose poco á poco como una gota de tinta en un vaso de agua, y la noche se dá á luz.

Desde este momento empezamos á ver las estrellas.

El cielo se hace más azul para recibirlas.

El dia será más resplandeciente, pero la noche es más hermosa.

De dia se ve demasiado, es una luz muy fuerte que todo nos lo mete por los ojos.

No deja nada ni á nuestro deseo ni á nuestra imaginacion.

Es una especie de escalpelo que todo lo diseca.

Una habladora que todo lo dice, una indiscreta que todo lo enseña.

El secreto de la vida consiste en no ver ver más que un poco de las cosas y suponer lo demás.

Para todo enamorado la cara de la mujer que quiere es un conjunto de perfecciones.

Ninguna le parece mejor.

Hay, sin embargo, un caso en que esta regla general se ve únicamente comprometida.

Este caso es otra cara cubierta con un velo.

Estoy seguro de que los amantes se quieren más de noche que de dia, porque se ven menos y se imaginan más.

Ese color de rosa de que todos tenemos un poco para embellecer la palidez de lo que llamamos realidad, es un cosmético que necesita la sombra para brillar.

Un niño está siempre mucho más alegre que un hombre, porque ve menos; y un anciano está siempre mas triste que un jóven, porque ya lo ha visto todo.

Una de las cosas más bellas que hay en el mundo es el pudor; pues bien, analícese y veremos que el pudor no es más que un velo.

La noche brilla en medio de la oscuridad, como una mirada de mujer en unos ojos grandes y negros.

El que quiera sondear el corazon de un amigo ó de una mujer, que elija la armoniosa soledad de una noche tranquila.

Parece que entonces el corazon humano se

halla en presencia de la eternidad y se descubre entero.

En esos instantes en que todo es misterioso y fantástico, el alma se escapa como el perfume contenido en un vaso.

La noche es el momento de las íntimas confidencias.

El corazon humano, semejante á la magnolia, solo se abre en el silencio y en la oscuridad de la noche.

Como no nos vemos, nos parece que no somos nosotros mismos.

¿Qué nos importa de dia el ruido de la gente que pasa por la calle, ó el estrépito de un coche que al pasar hace temblar el pavimento?

A la una de la noche ya es otra cosa.

Los pasos solitarios de un transeunte que resuenan en las baldosas, á compás como los latidos de un reló, el murmullo de una conversacion que se pierde, el ruido de un balcon que se abre, una voz, un suspiro, un silbido, todo escita nuestra curiosidad y despierta nuestro interés.

De noche parece que acabamos de nacer, pues todo se presenta á nuestros ojos con una irresistible novedad.

El dia es un escándalo, la noche es un secreto.

De dia se ve lo que hay, de noche lo que se sueña.

De dia se ven los palacios, las ciudades, la pompa, el lujo y la soberbia de los hombres.

La noche borra con su mano invisible el espectáculo de nuestra grandeza, para que podamos levantarnos un poco sobre nuestra miseria.

El dia, presentándonos por todas partes la opulencia, el lujo, las sonrisas equívocas, las miradas atrevidas, los vestidos brillantes; en una palabra, la corteza de nuestro ser, nos va diciendo á cada paso: «hé aquí el hombre.»

La noche, desatando el hilo misterioso de nuestros sentimientos y de nuestras ideas, nos dice: «hé aquí el alma.»

De dia se ve la tierra, de noche el cielo.

De dia se trabaja, de noche se vive.

De dia el negocio, la oficina, el taller; de noche el amigo, el amante, la familia.

Todo adquiere durante la noche una inmensa solemnidad, todo se engrandece al contacto de esa sombra que cae sobre la tierra como un bálsamo.

Ese silencio sonoro, esa oscuridad brillante,

esa soledad llena de séres misteriosos que aparecen y desaparecen y cambian de forma y lugar á cada instante, parecen la revelacion de una vida incomprensible, de una naturaleza distinta, de un mundo desconocido.

El dia se ha hecho para la materia, la noche para el espíritu.

Hay una gran parte del alma que indudablemente despierta por la noche, y que pasa el dia sumergida en un profundo letargo. Acaso se dirá que esta parte del alma hace mala vida.

De noche es cuando el hombre se encuentra frente á frente de sí mismo.

Entonces es cuando se sondea á sí propio y registra minuciosamente los rincones de su memoria, los más ocultos aposentos de sus deseos y el fondo impenetrable de su conciencia, como de dia registra los secretos de su gabeta y examina las ocultas interioridades de sus bolsillos.

De noche es cuando hace sus terribles visitas el remordimiento; de noche es cuando los recuerdos se levantan de la sepultura del olvido como sombras evocadas por un conjuro; de noche es cuando el hombre se adivina, se siente, se habla y se reconoce.

No sé qué relaciones existen entre el mundo físico y el mundo moral, pero me acomete la sospecha de que si no hubiera noche no habria conciencia.

De dia el hombre se oculta á sus ojos entre los demás; de noche se descubre á sí propio, como una confidencia que se hace á sí mismo y que debe olvidar al amanecer.

La noche es un espejo en el cual se miran tranquilamente los corazones puros y del que huyen espantados los corazones perversos.

El estrépito de la vida se apaga, la luz se desvanece y el silencio y la oscuridad nos llevan poco á poco al borde de ese abismo que todos llevamos en el corazon.

Considerándolo atentamente, la noche es una especie de pantalla que nos rodea de sombra para que podamos vernos con toda claridad.

¡Cuánta justicia se encierra en ese terrible absurdo!

Nuestro pensamiento se nos pone delante como una luz que penetra como al través de los párpados y nos guia por el incomprensible laberinto de nuestro ser.

De dia el hombre es una máquina ó mejor dicho, el diente de una de esas ruedas que

forman el mecanismo de un pueblo, y que engranándose unas con otras, componen ese gran reló que se llama humanidad, que ha fabricado ya seis mil años de tiempo.

De dia el hombre es la herramienta más ó menos grosera de un taller en el cual labra minuto á minuto la parte que le corresponde de esa primera materia que se llama vida.

De dia el hombre no es más que la parte imperceptible de un todo, que va donde la llevan, que se dobla cuando la oprimen, que cede cuando la empujan.

De noche sacude, por decirlo así, el polvo del trabajo, y en medio de la oscuridad y del silencio se busca, se encuentra y se reconoce.

Entonces ó se estima ó se desprecia.

De noche construimos esas magníficas obras conocidas en la historia de la bella arquitectura con el nombre de castillos en el aire.

De noche fabrica cada uno las doce horas del dia siguiente, pintándolas á su gusto y cortándolas á su medida.

De noche es cuando se asoma á los ojos del jóven que siente en su alma los primeros latidos de un amor verdadero, la hermosa mujer á quien busca y que no ha visto todavía, y le dice: «Yo soy.»

De noche viene á pedirnos una caricia con sus ojos alegres, sus mejillas redondas y sus lábios sonrosados, el hijo que aun no hemos tenido.

De noche viene á buscarnos esa hada fastuosa que nos guarda un tesoro escondido detrás de cada dia.

De noche juegan con nuestro espíritu esa multitud de ideas incomprensibles que vagan por el mundo misterioso de la inteligencia sin haber encontrado su forma todavia.

De noche, en fin, es cuando el alma se levanta sobre la tierra, como el perfume sobre las hojas.

De dia se vejeta, de noche se medita.

¿Qué son las realidades del dia ante los misterios de la noche?

Lo que es la estrechez de una palabra á la inmensidad de un pensamiento.

Esto seria interminable, y es preciso acabar.

El hombre se disfraza al amanecer de vecino, de ciudadano, de autoridad, de escritor, de artesano, de amigo, de amante, de vago, de calavera ó de banquero.

Por eso de dia todo se convierte en bromas, riñas, engaños, algazara, tumulto, confusion, brillo y movimiento.

De noche suelta el disfraz y se queda de hombre.

Por eso de noche todo es serio, silencioso y solemne.

EL FUEGO.

La naturaleza, como las mujeres elegantes, tiene un vestido para cada estacion.

En cada una muestra flores distintas, pájaros diversos, colores diferentes, otro sol, otros perfumes, otros aires, otras nubes; casi pudiéramos decir que otra naturaleza.

Para cada estacion tiene su cielo, como tiene el hombre para cada época de su vida, una fisonomía distinta y un pensamiento nuevo.

El corazon humano es tambien un término-metro que señala los cambios de la temperatura por medio de un amor que muda de objeto, segun está el sol en Aries, en Leo, en Libra, ó Capricornio.

En la primavera, es el amor á la sombra; en la canícula, el amor á los baños; en el otoño, el amor al sol; en el invierno, el amor á la lumbre.

De esta pasion se puede decir, que tiene hoy esclavizado el sentimiento público.

El frio, semejante á un crítico imparcial profundo é irrecusable, hace sentir en todas partes los poderosos encantos, el irresistible atractivo de una chimenea encendida.

El amor á las mujeres, el amor á los hijos y el amor á la pátria no han tenido jamás tantos prosélitos.

Dicen que mirando correr el agua, suele curarse esa misteriosa enfermedad del alma que se llama tristeza; pero yo he observado que no hay nada mas triste que el invierno, que el agua cuando se hiela no corre, y he observado tambien que el agua se hiela todos los inviernos.

Así es que los tristes se moririan de tristeza, si la llama ágil y revoltosa no fuera en el invierno el consuelo de los tristes.

Ahora comprendo por qué el agua y el fuego son dos enemigos irreconciliables. Ambos se disputan el consuelo de los tristes, como los médicos la salud de los enfermos,

como los partidos la felicidad de los pueblos.

Permítanme ustedes que no me aparte de la chimenea: estoy triste y el cielo se ha vestido el traje con que suele aparecer los dias que nieva.

Aquí al amor á la lumbre dejaré caer sobre el papel mis pensamientos, que saldrán á luz vestidos de negro. La tinta es el trage de lute de los pensamientos.

Parece que salen á luz como los niños, llorando.

El alma se aflige al verse encerrada dentro del sombrío calabozo de la carne, y el pensamiento se resiste á sufrir las ligaduras de la palabra.

Extraño misterio: yo me pierdo en las profundidades de un absurdo que se me aparece bajo la forma de esta pregunta.

¿Por qué todo lo que es inmortal se muestra afligido al sentir sobre sus hombros el peso de la vida?

En vano se han inventado tintas de varios colores; siempre se escribirá con tinta negra.

La llama que se agita impaciente en el fondo de la chimenea, interrumpe mis reflexiones.

Se mueve con la vivacidad de una niña que quisiera absorver toda mi atencion.

Parece un espíritu compuesto de estos tres colores: azul, blanco y rojo.

Hay momentos en que se queda inmóvil, como si se sintiera detenida por un pensamiento repentino; pero pronto vuelve á su impaciente movilidad.

Ahora se empina derecha y brillante como la hoja de una espada, ya se deja caer lamiendo ansiosa la corteza de los troncos, chupando de ellos la sustancia que la anima, ya los rodea, los envuelve, los ciñe, los oprime, mientras ellos gimen, yo no sé si de placer ó de dolor.

El humo se escapa blanco y ligero por el cañon de la chimenea, jugando con el aire, como un alma que se escapa del cuerpo: la leña abrasada salta en chispas encendidas como si quisiera deshacerse del fuego que la consume, y entretanto la llama triunfa como una pasion desordenada.

Me parece la chimenea un pequeño teatro donde se representa un drama terrible.

La accion, el argumento, los personages, y el desenlace son siempre los mismos; pero el espectáculo es siempre nuevo.

Ved aquí una mujer de vida brillante, de naturaleza ardiente, que abrasa cuanto toca, que devora uno tras otro los objetos de su pasion, y que al fin débil, estenuada, consumida, espira sobre las cenizas de su última víctima.

Los hombres cerca de esta mujer no son más que troncos que viven el tiempo que duran, y brillan solo por el fuego que los consume.

Aquí al amor de la lumbre, al dulce calor de la llama que devora los troncos, se siente hervir en la cabeza una multitud de pensamientos brillantes y fugitivos como la llama, vagos como el humo.

¡Con qué placer me acerco ahora á este elemento misterioso que al mismo tiempo me llena de calor y de pereza!

¡Con qué dulzura se duerme un hombre en los brazos de una chimenea!

El fuego es el rey de la naturaleza.

Calienta y alumbra.

Sus colores son los del oro, los de la púrpura, los del acero.

Decidme si hay algun sentimiento que pueda existir sin el.

El alma no es más que la chispa de una llama que no se apaga jamás.

El amor, la poesia, la elocuencia, cada una de estas cosas tiene su fuego; por eso se dice: el fuego del amor, el fuego de la poesía, el fuego de la palabra.

¿Quién es capaz de esplicar la emocion ardiente que sacude las fibras del corazon del soldado, al escuchar la voz de «fuego.»

La pátria es el horno donde se funden los héroes.

La fé es la llama que enciende el alma de los mártires.

La virtud es la luz que ilumina á los santos.

Aun brilla el fuego que devoró las naves de Hernan-Cortés.

¿Qué corazon por duro que sea, no se deshace al calor profundo y reconcentrado de una mirada de fuego?

Decidme si hay alguna cosa más hermosa que el sol, más bella que un relámpago, más magestuosa que la inflamacion de un volcan, más imponente que un incendio, más agradable que una chimenea encendida.

El trueno es la voz del fuego.

¿Qué han dicho nunca unos ojos apagados?

El hombre no es más que un pedazo de leña á quien devora la llama de la vida; por

eso cuando caemos consumidos no somos más que un monton de cenizas.

Conozco mucha gente que no se ha ahogado nunca, pero no conozco á nadie que no haya sido abrasado alguna vez por el fuego de las pasiones.

Yo hago un silogismo que no tiene réplica.

El amor no es más que un poco de fuego.

Suprimid el fuego, y habreis suprimido la posteridad.

En el fuego hay algo de supremo, de divino, de inviolable: es tal vez la única cosa sobre la que no puede el hombre poner sus manos.

Como si quisiera conservar la pureza de su esencia, se rodea de aire encendido para detener los pasos del curioso que se le acerca.

¿Quereis alborotar á una familia, consternar un barrio y conmover á una ciudad? Pues no teneis más que echar al aire estas dos palabras aterradoras: «fuego, fuego.»

Gritad: «agua,» y todo el mundo lo oirá como quien oye llover.

Una gota de agua, ni limpia, ni mancha, ni apaga la sed, ni moja, ni pesa.

Una chispa de fuego lleva dentro de sí el terrible poder de abrasar al mundo.

Se vé la nube negra é hinchada que vá á derramar sobre la tierra torrentes de agua; ¿pero quién ha visto el rayo antes de que brille?

No hay en la naturaleza una sustancia que pese tanto como el fuego.

La mano más vigorosa no puede sostener dos minutos seguidos una brasa como una avellana.

No hay al mismo tiempo nada más leve que una llama: un soplo se la lleva.

Ante el fuego el hierro se dobla, el acero se rompe, el oro se ablanda.

Y ¡raro contraste! por él es duro el hierro, flexible el acero, puro el oro.

Delante de mí lo tengo llameante, ligero, insaciable; siempre el mismo y siempre otro.

Lo veo entretenido en devorar unos cuantos pedazos de encina que no se atreven á resistirlo.

¿A dónde irá así que consuma la última astilla?

Él está en todas partes.

Llamad con lo más frio que es el acero, sobre lo más insensible que es la piedra, y al primer golpe os saltará á los ojos en una nube de chispas.

¿Por qué una cosa tan limpia, tan brillante, tan ligera, deja tan negro el camino por donde pasa?

La infancia es una luz, la juventud una llama, la vejez un poco de ceniza.

MADRID.

Amanece por las mañanas, se visita por las noches, se anda por las calles, se espera en las antesalas, se engaña donde se puede, se toma en los cafés, se deja en las tiendas, se gana en el juego, se pierde en el trabajo, se juega en la Bolsa, se habla en el Ateneo, se engorda con a politica, se escribe sobre el papel, se miente en las conversaciones, se come del presupuesto, se bebe en buenas fuentes, se sabe de buena tinta, se sube por los amigos, se vive sobre el pais y se murmura en todas partes.

Al mismo tiempo la actividad de la poblacion se despliega en un movimiento incesante.

Se hace y se deshace, se va y se viene, se sube y se baja, se entra y se sale.

Unos corren, otros vuelan, algunos nadan, bastantes culebrean, muchos saltan y todos se se mueven.

Entretanto:

Visten los sastres, y los montes de piedad desnudan.

Curan los desengaños y los médicos inventan enfermedades.

Los hombres guardan la piel y las mugeres se despellejan.

Al aire no se le deja un momento de reposo.

Todos respiran.

Los que parecen más prosaicos inspiran.

Los que parecen más pacíficos conspiran.

Los que parecen más humildes son los que más aspiran.

Unos suspiran y otros espiran.

Los sentimientos cansados de su esterilidad se han dedicado á obras útiles, tomando cada uno á su cargo diferentes ocupaciones.

Asi es que el amor hace esquinas.

La caridad abre rifas.

La amistad vende.

La ambicion dora.

La envidia corta sayos.

El dolor mismo es una mina de lágrimas.

La alegría pinta cielos sin nubes.

La esperanza fabrica castillos en el aire.

La tristeza es un inmenso almacen de tintas negras.

El cariño forja lazos.

El ódio pasa su vida desatando nudos.

La desconfianza abre los ojos.

Pero la actividad humana no queda contenida en esos límites.

Una vez impreso el movimiento, la materia entra en accion estimulada por el ejemplo del hombre.

Es preciso ser ciegos para no ver que las casas son las que hacen las calles.

Que el agua hace ondas.

Que el cristal retrata.

Que el fuego es el fabricante más activo de toda clase de cenizas.

Una piedra colocada en medio de una calle que parece inmóvil, está reflexionando profundamente y reuniendo todas sus fuerzas para derribar al primero que pase si tiene la impremeditacion de no reparar en ella.

Una puerta cerrada es incansable; está siempre diciendo «atrás.»:

Todo es aquí vida, animacion y movimiento.

Los acontecimientos son los que permane-

cen inmóviles, y sin embargo ellos hacen algo.

Están detrás de la puerta empujándose unos á otros, porque ninguno quiere ser el primero en salir á la calle. Respetemos su pudor.

Todo lo más que se permiten es correr en forma de rumores esparciéndose al anochecer y desapareciendo antes de que asome la luz del dia siguiente.

Rumor es una cosa que no se sabe de dónde sale, y que no ha podido averiguarse todavía dónde se mete.

Se puede decir que es el eco de los pasos de los sucesos que se acercan.

El mar se oye antes que se vé.

Las tempestades se sienten antes que lleguen.

Cuanto más confusos son los rumores que se escuchan más hondo es el abismo que se acerca.

Los acontecimientos más graves tienen la costumbre de venir siempre sobre las puntas de los pies.

Cuando no se vé bien lo que viene, es señal de que es alguna cosa negra.

Transportando el pensamiento de los oidos á los ojos, podemos esplicar los rumores de una manera más clara.

Rumores son las primeras oscuridades de la tempestad que se adelanta.

Y es extraño lo que sucede con la oscuridad.

Para verla bien es necesario cerrar los ojos.

¿Quién se le habrá muerto que anda eternamente de luto?

Ni los celos, ni el amor, ni la ira ciegan tanto como la oscuridad.

Afortunadamente estamos en la plenitud del siglo de las luces.

Dentro de una caja de carton lleva el hombre el rayo de luz que rasga el velo de las tinieblas.

No puedo menos de llamar la atencion sobre un fenómeno digno de estudio.

En el siglo de las luces es precisamente cuando más los hombres chocan entre sí.

Ahora que todo se encuentra en perfecta iluminacion, es cuando es imposible dirigirse á ninguna parte sin tropezar con alguien.

Los gobiernos andan á tientas.

Los pueblos no saben por donde van.

Las leyes se pisan.

Los ministerios caen unos encima de otros.

Los intereses chocan por todas partes.

La opinion pública siempre extraviada.

Parece imposible que en medio de tanta luz, los hombres no se puedan ver.

Es increible que en el foco de tanta claridad apenas se distinga el talento de la audacia, la virtud de la desvergüenza, la verdad de la mentira.

Con tanta luz las mugeres se pierden, y no se encuentra un hombre. Las ideas se esconden, las palabras se vuelven atrás, y los hechos se oscurecen.

En medio de tanta luz no hay un ciudadano, por abiertos que tenga los ojos, que no necesite el lazarillo de algun periódico.

No hay un elector á quien no sea preciso llevar á votar de la mano.

¿Cuándo logra un pretendiente ver á un ministro?

A la autoridad se la vé en alguna parte?

Las situaciones no ven nunca su fin.

Tanta luz y todos suben sin que se pueda ver por donde han subido.

Sin embargo es preciso ser justos.

Se vé con claridad el dinero.

Se vé la luz de la oscuridad que nos rodea.

Por medio de esta confusion de luz y de sombras, todo se vé bajo sus distintos puntos de vista.

Lo que ayer era negro hoy es blanco, lo que antes fué bueno, hoy es malo, lo que ayer repugnaba hoy se ensalza.

Se vé venir.

Se vé medrar.

Se suelen ver las estrellas.

Se está viendo el hilo.

Se le han visto las orejas al lobo.

Se vé si cuela.

Se vé entre cortinas.

Se ven las caras.

Se ven las cartas.

Se ven muchas cosas que no habian podido verse antes.

Por eso nos vemos tan frecuentemente obligados á esclamar: ¡Qué cosas se ven!

Vemos bastante para no sospechar que dentro de poco no nos quedará ya nada que ver.

Mucho movimiento, mucha luz, mucha vida: eso es Madrid.

Movimiento que marea, luz que ciega, vida que mata.

Madrid: inmensa caldera donde hierven trescientos mil seres humanos.

Aquí aparecen todas las mujeres que se han extraviado; aquí se encuentran todos los hombres que se han perdido.

Madrid es bello como el vino y rico como el lujo.

En Madrid se vive muy bien.

Magníficos palacios, calles hermosas, paseos deliciosos, tiendas abundantes, fondas exquisitas, muchos teatros, innumerables cafés y mujeres hermosas.

Es imposible vivir mal donde hay todo esto.

La abundancia, la prosperidad, el lujo, la belleza y la elegancia se ofrecen por todas partes á la admiracion y al deseo, convidando á los hombres á gozar y á ser felices.

Un palacio lo tiene cualquiera, las calles son para todos, las tiendas pertenecen al dominio público, en las fondas hay siempre una mesa esperándonos, los paseos no se niegan jamás á recibirnos, los teatros nos llaman todos los dias, los cafés son nuestros, las mujeres se disputan el privilegio de agradarnos.

Ser vecino de Madrid es poseer un título, un derecho legítimo á la felicidad.

Asi es que en Madrid, no hay penas.

Están proscritas como un elemento contrario á la dicha universal.

La desgracia no asoma aquí por ninguna parte.

Los desgraciados desaparecen desde el momento en que empiezan á serlo y antes que empiecen á parecer que lo son.

Hay que ocultar los pesares como los remiendos en el vestido, como los rotos en la camisa, como los suspiros de las botas.

Para salir á la calle, cruzar los paseos, penetrar en los palacios y bullir en los cafés, es tan indispensable una sonrisa de satisfaccion y de contento, como un sombrero de última moda.

La pobreza, que es la mayor de las desgracias, se ha estirpado por medio de una ley sábia y profunda que ha declarado al pobre criminal, y al acto de pedir limosna delito de reclusion.

Los cojos disimulan su dolor, moviéndose por las calles con todas las contorsiones de la más viva alegria.

A los tuertos se les ve guiñándose á sí mismos el ojo, como una seña que hacen á los demás de sus secretas satisfacciones.

Los ciegos no se atreverian á presentarse en público, si no tuvieran el recurso de sus alegres cantares.

¿Qué desgracia puede entristecer á un jorobado cuando los sucesos más tristes lo

encuentran siempre encogido de hombros?

Mirad á esa caterva de mujeres perdidas que culebrean por las calles desmintiendo la desdicha de su vida con la sonrisa de sus lábios.

Aquí no hay penas.

Un entierro es una fiesta.

Caerse en medio de una calle, es una gracia que á todo el mundo hace reir.

Un marido engañado, no es más que un personaje cómico.

Una familia arruinada, es una cosa á la que se le echa tierra como á un cadáver.

Para entrar en Madrid, es preciso dejarse á la puerta los pesares, como al entrar en el infierno de Dante habia que dejarse toda esperanza.

Una camisa limpia, un vestido elegante, una cara alegre y un par de guantes; hé aquí el pasaporte.

Se entra por diversas puertas.

Si tienes palabras que ofrecer, entras por las puertas del parlamento.

Allí tienes butacas, salones, recado de escribir, platos apetitosos, porteros, criados y un palacio.

Tienes el derecho de pedir desde la pala-

bra hasta la presidencia del Consejo de minis-tros.

Tú no tienes que dar más que tu opinion, esto es, quedarte sin ella.

Si no posees el don de hacer leyes, puedes tener muy bien el don de hacer cortesías.

Entonces entras por la puerta de la buena sociedad.

Tendrás palcos en la ópera, plateas en la zarzuela, lugares de preferencia en todas las diversiones públicas, mesas abundantes, co-ches suntuosos, cigarros superiores y soberbias relaciones.

Me vas á decir que no tienes dinero, y voy á contestarte:

¿Acaso los demás no son ricos?

Tú no tienes talento, eso es verdad, lo sé yo de buena tinta, pero esa es tu fortuna.

No tienes dignidad, y esa es tu suerte.

No sirves para nada, precisamente tú eres el que más sirves para todo.

Los lacayos son generalmente torpes, y la buena sociedad no estaria bien servida si hom-bres como tú no vinieran á ser sus piés y sus manos.

Óyeme:

Cuando la Condesa de tal necesite saber

algo de lo que pasa en la casa de la Marquesa de cual, es preciso que se convine la circunstancia de que en aquel momento ibas tú á ir á su casa.

Es indispensable que tú sepas siempre lo que hace la Generala para que no lo ignore la Vizcondesa.

Hombre de juicio, tu mision es llevar la verdad de una parte á otra, por dura que sea, y darles á todos la razon que tú no necesitas.

Es preciso que sepas acercar un taburete, levantar una cortina y poner un abrigo.

Conviene que sepas jugar al volante con los niños que no tienen la necesaria discrecion para detenerse en el dintel de las puertas que están entornadas.

Colócate siempre entre dos amantes de manera que puedas acercarte á cualquiera de los dos con una cita ó con una advertencia.

Debe dolerte la cabeza siempre que te quedes solo con dos que pueden quererse.

Llama la atencion de la madre sobre cualquier objeto con tal que la obligues á volver la cabeza en direccion opuesta á aquel palco del cual sale todas las noches una seña misteriosa ó una mirada equívoca.

Los pliegues de los vestidos, las vueltas de

encage y el valor de las joyas te deben ser conocidos. Tú los has de esplicar mejor que una modista.

Tu corazon sensible no puede negarse á que tiendas tus brazos al diminuto perrillo que se niega á cruzar á pié las calles del Retiro.

En estas cualidades tienes la llave de tu prosperidad.

Tú no sabes el interés que inspira el hombre que nos trae una noticia, un recado ó un billete.

¿A dónde irá el mundo galante sin tu indispensable persona?

Tú eres necesario como un periódico, útil como un cartero, preciso como un lacayo.

¿No vale todo eso un lugar en la mesa, un asiento en el palco, y un rincon en el coche?

Si quieres ser más independiente y tener los palacios en tu casa, la mesa en tu comedor y los coches en tus caballerizas, entonces puedes entrar por las suntuosas puertas del deber.

Deber se ha creido que era el reverso del derecho. Definicion abstracta sujeta á diferentes opiniones.

Deber es no pagar.

La definicion ha de ser así, breve, clara y

precisa. ¿Pero tienes por casualidad la desgracia de tener vergüenza?

Entonces dobla la cabeza, inclina el cuerpo como si fueras á besar la tierra y entra en Madrid por la puerta del trabajo.

Trabajar es ser útil, pero no es siempre ser feliz.

Si vienes á gastar tu dinero, ven.

Si vienes á disfrutar la fortuna de otros, ya debias estar aqui.

Si vienes á trabajar, no vengas.

Sobre todo, ven alegre, porque las penas son las únicas cosas que aquí no pasan.

En Madrid se vive muy bien, porque los desgraciados están reducidos á no poder vivir.

Madrid es para los muy ricos, que en todo se meten y para los muy pobres que los meten en el Hospicio.

Los demás están aqui de paso, ó para la miseria, ó para la opulencia.

Esto es: para Madrid ó para San Bernardino

LA CARA.

Hé aquí una cosa en la que todos tenemos puestos los ojos.

Y sin embargo, no hay quien pueda verse la cara si no acude al recurso de mirarse en un espejo.

Nadie se hace cargo del sentimiento de curiosidad que nos impulsa á buscarnos al otro lado de esos pedazos de cristal, sin cuya prévia consulta apenas nos atrevemos á salir á la calle.

Parece que tomamos ese apunte para poder distinguirnos entre los demás.

Todo el que se acerca á un espejo dice interiormente: «voy á ver quién soy yo.»

Conócete á tí mismo, ha dicho la antigüedad con la voz de la filosofía.

Y esto nos ha parecido profundo.

Nada hay más superficial que un espejo, y sin embargo antes que la antigüedad y que la filosofía, habia dicho al hombre: «mírate.»

La cara y el espejo son dos cosas estrechamente unidas por ese vínculo misterioso que une el tacto á la mano.

El tacto es el que contínuamente nos está diciendo: esta es tu mano, este es tu brazo, este es tu cuerpo.

O en términos más breves.

«Aquí estás.»

Los espejos son los que todos los dias se nos ponen delante para repetirnos: esa es tu frente, esos son tus ojos, esa es tu boca.

Ó de otro modo más completo.

«Ese eres tú.»

Todo espejo es un lienzo dispuesto á reproducir instantáneamente nuestro retrato.

Semejantes al corazon de muchas mujeres, solo reproducen la imágen que tienen delante.

Suprímanse los espejos, y cada hombre tendrá de su cara esa idea confusa que nos queda de las cosas que hemos perdido.

La cara es una especie de contraseña que

es preciso comprobar todos los dias á la luz de los espejos para no confundirnos con los demás.

Un hombre sin cara vendria á ser un anónimo, una carta sin firma, una especie de sér clandestino.

La cara es un agente de policía que nos va denunciando por todas partes.

El mundo es una aduana, el hombre un fardo y la cara es la marca.

Un hombre sin cara seria una cosa imposible; por ejemplo, seria una moneda sin acuñar, una i sin punto.

Ese espacio comprendido entre la frente y la barba, nos sirve como de título por medio del que acreditamos la propiedad del resto de nuestro individuo.

La cara es una cosa inevitable.

Para nada se necesita tanto como para ser descarado.

Este palmo de tierra no se verá nunca libre del dominio de las facciones.

Dicen que la cara es el espejo del alma.

Esta es una idea que solo le ha podido ocurrir á las mujeres hermosas.

Equivaldria á decir: ningun tarro primorosamente labrado, puede contener veneno.

El verdadadero espejo del alma son los pensamientos.

¿En qué consiste la belleza de una cara?

Es posible que nos lo diga un pintor trazando sobre el papel unas cuantas líneas puras y correctas.

Pero esa es la belleza que los pintores ven por la punta de sus pinceles.

Cada uno de ellos tiene otro modelo, otra cara llena tal vez de incorrecciones, que por medio de una maravillosa fotografía ha ido á grabarse en el corazon.

Para una madre no hay nada más bello que la cara de su hijo.

La cara de la mujer más hermosa, no vale tanto como la cara de la mujer más querida.

Repase cada uno su memoria y es posible que todos encontremos algun recuerdo perdido en el fondo de nuestro corazon que pueda servir de testigo en este momento.

Hay mujeres que no serian tan bellas si no tuvieran algunos defectos.

Por eso un lunar en una obra de arte, es una imperfeccion al mismo tiempo que en la cara de una mujer es una belleza.

Verdaderamente caras no hay más que las de las mujeres.

Nosotros solo sabemos lo que cuestan.

Supongamos que el alma es un pensamiento: pues bien, la cara es la palabra de ese pensamiento y la naturaleza no acierta siempre á expresarlo.

Por eso Sócrates no tuvo cara de Sócrates, ni Neron cara de tigre.

Pero al fin la cara es un libro en el que cada uno lee á su manera.

Se nos obliga á llevar pegado en la frente esta especie de anuncio que va pregonando por todos los sitios que atravesamos; mas á cada uno se nos permite el uso especial de una coleccion de caras, segun los casos y las circunstancias.

Hé aquí una cara cuyas líneas puede trazar cualquiera segun su capricho.

Es indiferente que tenga la boca grande ó pequeña, la frente ancha ó estrecha, la nariz larga ó corta, los ojos oscuros ó claros.

Lo que importa es que esta cara pertenezca á un hombre que no sepa qué hacerse; que se encuentre en ese momento en que todos los libros son insípidos, todas las mujeres insustanciales, todos los amigos impertinentes.

Mírese bien y se verá una cara de fastidio.

Llaman á la puerta, se abre y entra una carta.

La carta contiene un solo renglon que dice: «Amigo mio, nos ha caido la lotería.»

Estas palabras entran por sus ojos como un rayo de luz por el cañon de una chimenea; y la cara de fastidio se convierte por la accion química de su rayo de luz, en una cara de pascuas.

Otra vez llaman á la puerta y otra carta penetra en la habitacion.

Es una carta escrita por las cuatro carillas.

Su vista empieza á devorar renglones y la cara de páscua, por un movimiento casi imperceptible, se va trasformando en cara de perro.

La carta está escrita por otro amigo que necesita dinero para salir de un apuro.

Tambien podemos hacer uso de las caras de piedra.

Sirven como las murallas para cerrar el paso á todo.

Pero las más útiles son las caras de baqueta porque son el reverso de toda clase de pudor.

Colocad á una niña de quince años entre su padre y su novio: observadla bien y vereis que

tiene una cara para mirar á su padre y otra distinta para mirar á su novio.

La cara que la doncella encuentra todas las mañanas en el lecho perfumado de su opulenta señora, ¿es la misma cara que á la noche vemos todos en el teatro?

La cara no es más que un efecto de perspectiva.

Una superficie sobre la que refleja más ó menos bellamente la luz del sol ó la luz del gas.

Solamente es una gran cosa cuando aparece interiormente iluminada por la luz de los sentimientos puros, por los rayos de un alma bella, por los reflejos de un corazon hermoso.

Entonces la cara es el cielo.

EL BAILE.

El que fije su atencion en estos dias y considere la marcha magestuosa de la humanidad, por enemigo que sea de los tiempos presentes, no podrá negar el activo movimiento de la época en que vivimos.

Hay una palabra estampada por la severa Academia de la lengua en las frias columnas del Diccionario, que, semejante á un resorte, tiene en sí la facultad de poner en movimiento á todo un pueblo con solo repetirla solemnemente en grandes caractéres colocados sobre la impasible seriedad de las esquinas.

Esta palabra arrebatadora salta hoy de todos los lábios y tiene en contínua movilidad y agitacion hasta los más pacíficos habitantes de la monarquía.

Singular combinacion de sílabas que arrastra en pos de sí á cuantos encuentra al paso y conmueve á los corazones más frios.

El amante más satisfecho y más tranquilo, siente á pesar suyo una inquietud que no lo deja reposar un momento.

El padre que ha formado poco á poco el corazon de sus hijos, si los años no le dejan moverse, tiembla involuntariamente al pronunciar entre dientes esa palabra conmovedora.

El marido que descansa en la fé de una virtud nunca desmentida, se pasea por los anchos ó estrechos límites de su aposento, dando vueltas en su imaginacion á una idea revoltosa que lo inquieta desde que ha resonado en sus oidos la palabra agitadora.

Todo se pone en movimiento.

¿Qué sucede?

La voz de cuatro empresas más ó menos alegres ha gritado á la vez por los cuatro ángulos de la capital esta palabra: Baile.

El Carnaval es una página que el hombre pensador no debe doblar con indiferencia, porque en ninguna parte como en el baile puede estudiar el filósofo con más provecho las caprichosas actitudes de la humanidad.

Seria inútil ir á sorprender el baile en el

misterioso orígen de su primer movimiento; pero es seguro que Adan y Eva llevaban dentro de sí el gérmen inquieto de todas las futuras contradanzas.

Hay que creerlo así al ver cómo la humanidad se nos presenta en el umbral del mundo bajo la forma coreográfica de una pareja.

Y es indudable que de allí parte esta danza interminable en que todos bailamos y cuya cadena no se ha interrumpido todavía ni siquiera un instante.

Claro es, por más que la historia guarde sobre el particular un discreto silencio, que á los danzantes no se les puede negar el mérito de una respetable antigüedad.

Hoy están en el legítimo ejercicio de sus funciones con arreglo á la constitucion particular de cada uno.

El espíritu público palpita en estos momentos bajo los precipitados compases de un wals, ó salta irresistiblemente al impulso de una polka.

Se puede decir que la multitud hierve al calor de la música.

Baile en el Teatro Real, baile en la Zarzuela, baile en el Circo, baile en Capellanes. Y para que las nobles y severas líneas con que

Dios ha trazado la cara del hombre no vayan á ser una censura impertinente, y para que el pudor con que Dios ha adornado la cara de la muger no vaya á contener la alegría y la franqueza, todos estos bailes se anuncian con una circunstancia que nos pone á cubierto de los más legítimos escrúpulos.

Todos son bailes de máscaras.

Cualquiera diría que la mayor parte de las gentes que asisten á este movimiento de la humanidad, tienen vergüenza y se tapan la cara.

La diversion consiste en agitarse en medio de una multitud de séres anónimos, como si la mayor alegría del hombre consistiera en no conocer á sus semejantes.

Pero todo ello no es más que un conjunto de bromas.

Mirándolo con reflexion, todo ello no es más que un delicioso contrasentido.

Un alegre disparate que puede expresarse de esta manera:

La humanidad se disfraza para darse á conocer.

Es decir, que se tapa la cara para que se la conozca perfectamente.

Sin duda el baile es el distintivo más inequívoco del ser racional.

Hablan los papagayos, cantan los ruiseñores, el perro es fiel, el elefante casto, el mono ingenioso, la hormiga avara, la abeja industriosa, el caballo dócil.

Solo el hombre baila.

Me parece que he dicho esto otra vez, y si es asi, entiéndase que ahora no hago más que repetirlo.

Yo he pensado muchas veces por qué los negros tienen esa pasion invencible por el baile, que no han podido vencer los rigores de la esclavitud.

Forma un verdadero contraste el baile, que es la expresion viva de la alegría, con el negro, que es un sér eternamente cubierto de luto.

¿Cuál es la ley de esa extraña confusion del bullicio y de la tristeza?

Los negros, que parecen los encargados de representar el duelo contínuo de la humanidad; los negros, que vienen á ser como la sombra de los demás hombres, tienen la sustancia del baile infiltrada en la médula de los huesos.

El negro tiene siempre una cantidad poderosa de energía, una suma considerable de fuerza, y un tesoro inmenso de contento para bailar.

Para el negro, bailar es vivir.

Esto parece una terrible ironía de la naturaleza.

Meditando profundamente sobre tan oscuro contraste, se me ha ocurrido esta reflexion:

Los negros han debido saber, á pesar de su ignorancia, que se les ha intentado negar el derecho de llamarse hombres.

Ellos no disponen de prensas, ni de parlamentos, ni siquiera de un ejército para hacer lo negro blanco, y han echado mano del baile como argumento invencible para probar que ellos son tambien hombres.

«Yo pienso, luego existo:» ha dicho un filósofo.

El negro desatándose en elocuentes contorsiones, dice: «Yo bailo, luego soy hombre.»

El baile considerado individualmente, es el derecho que tiene todo ciudadano de publicar sus movimientos con arreglo á la música.

Baile en general es una série de movimientos personales que empiezan en el rigodon, que es una necedad, y acaban en el wals, que es una locura.

Bailar es hacer en presencia de mucha gente lo que no hacemos nunca cuando estamos solos por no reirnos de nosotros mismos.

El baile se estiende por todas partes y bajo todas las formas:

Desde las danzas fúnebres que se bailaban en la antigüedad al rededor de los muertos, hasta la medicina que cura las mordeduras de cierta araña venenosa haciendo bailar á los enfermos.

No es solamente un placer, un honor fúnebre, una medicina; hay tambien una enfermedad terrible que hace á los enfermos ir á buscar la muerte bailando.

Ese conjunto de saltos, de movimientos y de contorsiones que forman la expresion más viva del regocijo y de la alegría, suele ser una cosa muy séria.

El baile que distingue al hombre de los brutos, distingue á los hombres entre sí.

Hay bailes nacionales.

Esta es la manera tradicional con que cada pueblo expresa su pasion á moverse.

Especies de dialectos llenos de gracia, de naturalidad, de expresion y de poesía.

Hay el baile culto, que es á los bailes nacionales lo que el insoportable frac á los airosos trajes de nuestras provincias: sus extremos son:

Ese circunstancial rigodon, que parece una reflexion bailada ó un cálculo en movimiento,

y ese wals que no es más que un torbellino siempre igual, sucesion interminable de vueltas, sin más accidentes visibles que el vértigo de los que bailan y el mareo de los que ven bailar.

Viaje rapidísimo al rededor de infinitos peligros para la inocencia, para el pudor y para la honestidad.

Es casi imposible que no caiga mareada una mujer que valse mucho, y yo he observado que á las mujeres les es muy difícil valsar poco.

El baile es más todavía.

Para presentarlo con todas las garantías de decencia y de formalidad posible, necesito una madre.

Afortunadamente el mundo no se acaba y tengo donde escoger.

Esta madre es preciso que sea madre de una hija: le pido lo menos que se necesita para ser madre.

En honor de la verdad, es una señora digna de respeto.

Ha sabido hacer de su hija, que es bella, una jóven honesta.

En honor tambien de la verdad, esto es algo más difícil que ser madre.

Estamos en un salon en donde no se baila, pero contiguo á otro donde se baila.

Me es de todo punto indiferente que estos salones formen parte de un edificio público ó estén encerrados dentro del santuario de una casa particular.

Ello es un baile, y para mayor tranquilidad de todos advertiré que no necesito que sea baile de máscaras.

La madre descansa sosegadamente en un ángulo del salon donde no se baila, mientras la niña pasea con sus compañeras el salon donde se baila.

Yo me acerco á la madre, si no hay otro que quiera hacerlo, y la digo:

—Esa tranquilidad, señora, me prueba que no sabe usted lo que pasa.

La madre abre á un mismo tiempo los ojos para expresar su admiracion, y la boca para decir:

—¡No sé nada!

—Mejor seria que usted no lo supiera, si no fuera peor el que deje de saberlo.

Claro es que con estas misteriosas palabras despierto en ella tres cosas, que en mi opinion no han dormido jamás; el temor, el interés y la curiosidad.

Advierto que aunque el baile no es de máscaras, yo me he propuesto dar una broma.

La madre me dirige casi á un tiempo estas dos misteriosas palabras ¿Qué hay? ¿Qué hay?

Yo me acerco á su oido y le digo:

—He visto á Emilia.

—¡Y qué!

—Me ha causado pena.

—¡Cómo!

—El brazo de un jóven rodeaba su cintura.

—Es imposible.

—Sus rostros se hablaban casi juntos, sus manos unidas, sus miradas inquietas.

—¡Qué está usted diciendo!

—Se oprimian, se estrechaban, se confundian uno en otro...

El rostro de la madre se enciende y corta mis palabras.

—Eso no puede ser, dice levantándose.

—Señora, yo lo he visto.

—Pues yo tambien quiero verlo.

Apoya en mí su brazo, que siento temblar, y la llevo al salon donde se baila, y Emilia se presenta á los ojos de su madre como yo se la habia bosquejado, esto es, valsando...

La madre me mira, se sonrie, me reconviene y me abandona tranquila y satisfecha.

¡Un *wals!* He aquí una palabra que todo lo escusa.

Como si en un wals, la cintura no fuera cintura; ni el brazo, brazo; ni la mano, mano.

Un novelista francés dijo al entregar á su hija al que se la habia pedido por esposa. «Os llevais un verdadero tesoro; es jóven, es bella, es rica, y no ha leido ninguna de mis novelas.»

Dichoso mortal, si la hija del novelista hubiera podido añadir: «Ni he valsado jamás.»

LA LISONJA.

¿Saben ustedes lo que es un poco de jabon extendido disimuladamente sobre la superficie de una baldosa?

Pues viene á ser un pretexto que nuestros pies aprovechan para irse siempre que se les pone delante.

Una especie de argumento repentino cuya luz nos hiere como un relámpago y en cuya virtud nos convencemos prácticamente de que para medir la tierra no es necesario saber geometría.

El hombre más vigoroso y más ágil, no tiene defensa contra esa pequeña cantidad de jabon que suavemente se ha interpuesto entre el pavimento que pisa y las suelas de sus zapatos.

Una vez puesta la planta sobre la suavidad de esta sustancia, no hay más remedio que caer: porque siempre que los pies se van, el hombre se queda... tendido.

La lisonja es un poco de jabon.

Jabon suave y perfumado que se diluye en una cantidad de palabras corrientes, que se deslizan á nuestro alrededor como las ondas del aire que respiramos, como los reflejos de la luz que nos alumbra.

El ruido de la lisonja es á nuestros oidos lo que el brillo del oro á los ojos del avaro.

Así como el oro es el espejo donde se mira la codicia, así la lisonja es la tersa superficie donde se refleja la vanidad.

Todos los venenos no son amargos, y hay algunos que son demasiado dulces.

La lisonja y la injuria se parecen como la víbora y el escorpion: ambos son venenosos.

La diferencia que hay entre uno y otro consiste en que la víbora muerde y el escorpion lame.

No hay puerta que se nos cierre si llamamos á ella con la voz de la lisonja.

Todos los vicios deben su poder á la adulacion.

El juego presenta á los ojos del que quiere

seducir, la contínua perspectiva de la ganancia. Constantemente hace sonar en sus oidos el ruido del dinero que debe ganar.

La lisonja es la gota de agua que taladra la piedra.

Es tambien ese vacío que abren á nuestros ojos todos los abismos.

Esos vacíos que nos arrastran con la fuerza misteriosa del vértigo.

Los hombres más soberbios se doblan con la mayor facilidad para recoger la lisonja que se deja caer á sus piés.

Si los pretendientes en vez de llenar el papel de las solicitudes con los méritos que han contraido y los servicios que han prestado, lo llenaran con las altas cualidades del ministro á quien suplican, serian más atendidos.

Y habria en esto una verdadera justicia ó una gran equidad.

A Newton se le hizo grande hombre porque descubrió la gravitacion universal.

Colon es un genio porque andando por el mundo tropezó con América.

Dante es inmortal porque paseando su ardiente pensamiento por los vastos dominios de su inmensa inteligencia, vió con perfecta claridad su *Divina comedia*.

¿Y qué hay de particular en todo esto?

Newton encontró lo que estaba en la naturaleza.

Colon lo que estaba sobre la tierra.

Dante lo que tenia dentro de sí mismo.

Pero ¿qué mérito tiene encontrar lo que hay?

La más pequeña lisonja tiene por lo general más mérito que cualquiera de esos tres grandes descubrimientos.

La maravilla está en descubrir lo que no existe.

Encontrar el talento en la necedad.

La virtud en los vicios.

La grandeza en la miseria.

La fuerza en la debilidad.

La sabiduria en la ignorancia.

¿Con qué podemos pagarle al hombre que nos descubre una bella cualidad que nosotros mismos ignorábamos?

La lisonja tiene la lengua de azúcar y la palabra de miel.

Es, por decirlo así, la golosina de la humanidad.

Golosina que empuerca la inteligencia y estraga el corazon.

La lógica de la lisonja es irresistible.

Hay en todo hombre una propension particular á creerse distinto de como es.

Por eso hay tantos poetas, tantos oradores, tantos ministros.

Esta propension es una especie de plano inclinado que hace más resbaladizo el jabon de la lisonja.

No le hareis creer á un hombre corrompido en la virtud de las mugeres.

Os será imposible convencer á un avaro de que el oro es un metal despreciable.

Pero si ese hombre corrompido ó ese avaro tiene sesenta años, podreis convencerle de que todavía es jóven.

La lisonja es una bella mentira que siempre estamos dispuestos á creer.

Las mugeres hermosas prefieren un espejo á un amante, pero las mugeres feas prefieren siempre los amantes á los espejos.

Muchas mugeres se cansan de ser queridas, pero ¿tiene alguien noticia de que alguna muger se haya cansado de ser hermosa?

El amor es un infeliz que carga casi siempre con las culpas de la lisonja.

Yo os doy á elegir entre esa coleccion de madres que circulan por las calles, que aparecen por los teatros, y sombrean si pue-

de decirse así, la brillantez de los salones.

Para muger, para amante, para amiga elegiríais cualquiera; pero estoy seguro que para madre eligireis la mejor.

Esta madre es preciso que tenga una hija.

Pensad bien que es una madre digna de serlo.

Una madre que quisiera hacer de su hija el tabernáculo de todas las virtudes.

La rodea con la tierna solicitud de su vigilante cuidado, como el árbol envuelve con sus hojas más finas la delicada flor en cuyo seno ha de cuajar el fruto.

Se puede decir que la madre es el fanal de la hija.

Se la vé al través de la atmósfera suave que alrededor de ella ha formado el cariño de su madre, como se vé un rayo de sol sumergido en el agua.

Esta niña lleva consigo la más feliz de las desgracias: es rica.

La fortuna, esa loca que pasa su vida llenando unos bolsillos y vaciando otros, le ha arrojado al pasar por junto á ella la lisonja del oro.

Es difícil que una muger rica no parezca hermosa.

El oro es el cosmético que más embellece.

El número de los hombres que dan vueltas alrededor de esta criatura, puede expresarse de este modo.

Uno que la ama, y ciento que la adulan.

Uno que solo ha reparado en lo tierno de su corazon, y ciento que no han visto en ella más que lo pingüe de sus rentas.

Todos han tenido ocasion de decirle que es hermosa.

Sus adornos son los de más gusto.

Sus vestidos los más bellos.

Todos han podido echar su gota de dulce veneno en el fondo de aquel corazon inocente.

La envenenan en presencia de la madre.

Es más, su madre misma prefiere entre todos aquel que ha encontrado el pliegue más airoso de su vestido, el color del adorno que dá mas limpieza á su semblante, el rizo que con más gracia cae sobre su frente.

El momento más feliz de esa madre tan buena, es aquel en que más vivo es el cáustico de la lisonja que ha de levantar en el alma de su su hija la inflamacion de la vanidad.

En cambio el amante no ha encontrado todavía un soplo de aire bastante discreto que lleve

en silencio á los oidos de la hermosa niña una palabra de cariño.

El que se atreva á amarla tendrá que sufrir el enojo de la madre.

El amor es un peligro, un lazo tendido á su virtud.

La lisonja es una cosa permitida, delicada, hasta honesta.

Asi se ven siempre las cosas en el mundo.

La lisonja, esa mentira descarada que nadie cree más que aquel á quien va dirigida, es la felicidad de la madre y la perdicion de la hija.

Asi se forma esa multitud de mugeres que colocadas entre un amante y un espejo, miran más al espejo que al amante.

Todas esas que prefieren al cariño de uno la adulacion de muchos.

Si la lisonja pudiera alguna vez decir la verdad, sabriamos entonces las mugeres que ha perdido y los hombres que ha inutilizado; los corazones que ha llenado de aire y las cabezas que ha llenado de humo.

LA CONVERSACION.

Hay un placer superior á todos los placeres, que se halla al alcance de todas las fortunas, propio de todas edades, y que forma en Madrid la ocupacion constante de trescientas mil personas.

He dicho que es un placer, y debo añadir que es un vicio y que es al mismo tiempo una necesidad.

Por severo que sea un hombre consigo mismo, por grande que sea el dominio que ejerza sobre sus inclinaciones, sacrifica á menudo sus deberes, sus intereses y hasta sus más tiernos afectos, á ese placer, á ese vicio y á esa necesidad que continuamente nos incita.

En medio de una calle, al volver de una esquina, en paseo, en los cafés, en las oficinas, en los talleres, en las casas particulares, con enfermos, con sanos, con niños y con viejos, lo mismo con las mujeres que con los hombres, en todas partes nos sale al encuentro y bajo todas las formas nos persigue.

No hay manera de resistir á su seduccion, ni medio de evitarla, ni fuerza para vencerla.

Este placer, este vicio, esta necesidad es una cosa que se llama conversacion.

Es la espuma lijera y movible que aparece y desaparece incesantemente producida por el oleaje de la sociedad.

Es un hilo interminable formado de cabos sueltos que se atan y se cortan por cualquier parte, y que aun mismo tiempo marchan en todas direcciones como los hilos de una red.

La conversacion es una especie de abismo insaciable que con nada se llena.

El tiempo, la política, las ciencias, las artes, la literatura, la filosofía, el amor, los defectos agenos, todo entra y todo se pierde en las inmensidades de una conversacion.

Es una luz fosfórica que se contrae y se dilata alternativamente, que se apaga y vuelve á

encenderse, y que en todo encuentra materia para alimentarse.

Especie de raton que todo lo mina, que por todas partes se mete y que por cualquier parte sale. No hay manjar que no muerda ni cuerpo que no roa.

Una conversacion generalmente no se sabe ni dónde empieza ni dónde acaba.

Fatiga una conferencia, cansa una discusion, marea un discurso y un libro llega á caerse de las manos; pero una conversacion atrae como el mar. Semejante á la cola del lagarto, se reproduce tantas veces como se corta.

Es una especie de serpiente, cuyos complicados anillos nos envuelven y nos estrechan por todas partes.

La humanidad se agrupa obligada por el vínculo de la conversacion.

El hombre se defiende alguna vez de las seducciones de una mujer, suele triunfar de la ambicion y tiene fuerza para huir de sus propios vicios; pero es imposible pasar por el borde de una conversacion sin precipitarse en ella.

A las doce de la noche, con un frio de diciembre, dos hombres salen de un café, de un teatro ó de una tertulia: al fin de la calle

deben separarse, porque sus respectivas casas no están en una misma direccion.

Al llegar á la esquina se detienen; las palabras de uno y otro se enredan de manera que no hay forma de desatarlas.

El asunto les ofrece una variedad inagotable.

Se despiden una vez, dos veces, tres veces, inútilmente, porque detrás de cada despedida brota una nueva faz del asunto, una nueva corriente de palabras, un nuevo hilo que los sujeta.

De repente el reloj más cercano toma la palabra y dá la una; hacen un esfuerzo supremo y huyen el uno del otro; todavía tienen que decirse algo y cruzan sus últimas frases de acera á acera, y no dejan de hablar hasta que dejan de oirse. Si fuera posible estar dentro de ellos, se veria que cada uno continúa consigo mismo la conversacion que parece cortada.

No hay frio que pueda luchar con el calor de una conversacion, porque no hay nada que anime tanto como ese roce contínuo de las palabras que se empujan unas á otras, se reproducen, se cortan y se revuelven en interminable laberinto.

Sin el recurso de la conversacion ignoro

yo qué pretesto tendrian para vivir muchas gentes que conozco.

Hay quien pasa su vida buscando siempre conversacion.

Entre los peligros de Madrid está indudablemente el de encontrarse con uno de esos que hacen de la conversacion un oficio y de la palabra una profesion.

No hay forma de llegar á tiempo á donde se vá, si nos sale al encuentro ese obstáculo invencible.

Hay momentos en que la conversacion se arrastra desfallecida como una culebra medio muerta.

Cualquiera puede haberse visto en uno de estos momentos difíciles en que se comprende la utilidad de los habladores.

Nada hay más extraño que una corta reunion de personas empeñadas en tejer unas cuantas frases que se niegan á aparecer en la punta de la lengua.

En ese instante mudo en que cada uno busca una palabra cualquiera que echar en el platillo vacío de la conversacion, se entreabre una boca y pregunta:

—¿En qué piensa Vd?

En esta pregunta habria indudablemente la

semilla de una conversacion si el hombre á quien va dirigida hubiera tenido la precaucion de estar pensando en algo.

La respuesta por consiguiente es de cajon, pero de cajon vacío.

Respuesta que empieza por dos ó tres arrugas en la frente, pintadas por la mano maestra de las cejas que se levantan; á lo cual sigue un movimiento de la boca, que parece un movimiento político, porque el lábio inferior se dilata magestuosamente hasta colocarse encima del superior.

Los hombros á su vez se encojen como si fuera enorme el peso de la pregunta, y la respuesta concluye con estas tres sílabas:

—En nada.

Digan lo que quieran los gramáticos, los gestos son la verdadera ortografía de la lengua.

La cara es la verdadera gramática, la boca no es más que el diccionario.

La expresion más elocuente es siempre la expresion de la fisonomía.

Hay palabras que, semejantes á unas tijeras, cortan la conversacion en cualquier punto que la encuentren.

Despues de esa pregunta y de esa respuesta

hay que buscar por otra parte el hilo de la conversacion.

Cada uno se devana los sesos interiormente sin encontrar el cabo perdido.

Momento de silencio en que se puede asegurar que todos están allí, y en que se puede creer que cada uno está en otra parte.

No hay nada más estúpido que esa mirada que dirigimos, por ejemplo á una silla, cuando estamos pensando, v. gr., en dar un paseo.

Por eso el hombre que está pensando en no pagar, mira á sus acreedores sin conocerlos.

Este es un fenómeno que habrán experimentado la mayor parte de los hombres que prestan dinero.

En la visita en que nos encontramos se verifica esa cosa, tan rara y tan frecuente.

Hay un hombre que tiene clavados sus ojos en la mujer que se le ha puesto delante, al mismo tiempo que está profundamente ocupado en pensar en otra.

Mirar tenazmente á una mujer será una impertinencia para los que la vean con los ojos de marido, de padre ó de amante; pero ella, que lo vé con sus ojos de mujer, es de una opinion enteramente contraria.

Pensar en una mujer no es lo mismo que

pensar en otra, porque no hay nada más opuesto entre sí que dos mujeres.

Así que la ofensa más grande que se le puede hacer á una mujer es pensar en otra mujer.

Sobre todo si ella por una fatal equivocacion de las medidas tiene la boca grande, los ojos pequeños, los dientes largos, el pelo corto, la frente estrecha, la barba escasa y la nariz abundante.

Y si la otra, por uno de esos fenómenos tan frecuentes, es á los ojos de todo el mundo el reverso de la medalla.

Regla general: la mujer que se vé muy mirada, se pone inmediatamente en movimiento, como un reloj á quien se le dá cuerda.

Si tiene la boca grande, encoje los lábios.

Si tiene los ojos pequeños, los cubre con el velo de los párpados.

Si es baja, se empina.

Si es pálida, puede hasta ponerse encarnada.

Todo esto sucede durante los minutos de silencio en que ha caido la conversacion.

La mujer ha hecho en ese tiempo todo ese conjunto de muecas que las bellezas dudosas tienen á su disposicion para decir claramente:

«No somos tan feas.»

La mirada del hombre permenece fija como un clavo en una pared, al cual lo mismo le daria estar clavado en una puerta.

Y entre una puerta y una pared hay tan profunda diferencia, que la primera sirve para abrir camino y la segunda para cerrarle.

Y no tenemos noticia de que ningun clavo haya mostrado jamás empeño especial en verse clavado en una pared ó en una puerta.

Los clavos, salva la opinion de los carpinteros, son lo mismo que las miradas indiferentes: se clavan en cualquier parte.

La mujer ha consumido el tesoro de sus gestos inútilmente.

Esta situacion necesita una salida, y entreabre la boca del modo más pequeño posible para dar suelta á una sonrisa perfectamente artificial, y á estas tres palabras tan naturales:

¿Qué mira Vd?

La pregunta hace aquí el efecto de una luz, pues el hombre ve entonces lo que estaba mirando.

Los circunstantes hacen un movimiento, y se siente como que respiran, pues ven en esa pregunta el hilo perdido de la conversacion.

De la respuesta va á salir una madeja, y cada uno se dispone á coger un cabo.

El hombre vacila; se muerde primero los lábios como si quisiera sujetarlos, se sonrie despues, y deja caer como una losa sobre la conversacion reciennacida, esta palabra fria y mortal:

—Nada.

La conversacion es como la atmósfera, que se forma de las emanaciones de la tierra, y que anuncia los movimientos de la temperatura.

Es como un espejo que reflejára objetos que no se sabe dónde están.

En las conversaciones, como en el semblante se marcan los indicios de la enfermedad.

Las conversaciones son los latidos del pecho que determina los grados de calentura.

Cuando se habla de todo, es evidente que no hay nada de que hablar; pero cuando no se habla más que de una cosa, entonces la conversacion parece una profecía repetida á un mismo tiempo por millares de bocas.

No es, por lo tanto, la conversacion una cosa tan frívola, tan ligera y tan insustancial como parece á primera vista.

Ese eco contínuo que nos persigue por todas partes, que se mete en nuestra casa y hace sus instrumentos de nuestros criados, de nuestra mujer y de nuestros hijos, es irresistible.

Es la gota de agua que rompe la piedra.

El hombre, tan formal, tan sério, tan grave, y justo cuando es juez, ó ministro, ó banquero, médico ó diputado, cómico ó padre de familia, es cruel, injusto y frívolo cuando se entrega al vicio, al placer y á la necesidad de la conversacion.

En el seno de la confianza, en el recinto privado de una conversacion, se hacen horribles sacrificios.

¡Pobre, amigo, pobre vecino, pobre familia que sirve de pasto á la conversacion!

La conservacion es una diosa implacable que no se sácia de víctimas.

La mujer, tan tímida, tan puderosa, tan sensible, desuella con la risa en los labios á la que fué su compañera de colegio, desnuda sin avergonzarse á la que tiene la desgracia de no saberse vestir, y hiere con mano segura á todas las que se atreven á disputarle los cabellos negros, la mirada dulce ó el aire distinguido.

Es una cosa muy séria, que hemos convenido en llamar pasatiempo.

Seguidla con atencion, y la vereis que por todas partes va dejando un rastro de sangre.

Es un crímen que no está penado en el Código, porque todos lo cometemos.

Elíjanse seis personas, pónganse al rededor de la mesa de un café, ó en el pasillo de un teatro, ó en el tocador de una mujer elegante, ó en la antesala de un ministro, ó al rededor de la chimenea de una casa particular.

Colóquese cerca de ellas un taquígrafo, oculto como un mal pensamiento, y que copie íntegra la conversacion en que se enreden esas seis personas.

Tradúzcase, y ¿á que no hay uno de los seis que se atreva á poner su firma al pié de esa conversacion escrita?

Hé aqui lo que es la conversacion.

Ved lo que se escribe y por ahí sacareis lo que se *charla*.

LAS MUJERES.

Hé aquí un artículo de primera necesidad, que es á la vez un artículo de lujo como si dijéramos el pan y el coche; aquello sin lo que no se puede vivir; aquello sin lo que no se puede brillar.

¿Qué son las mujeres? Todo el mundo lo sabe, porque es imposible ignorarlo. Las mujeres son la *cara mitad* del género humano.

¡Qué bien dicho está esto!

Cara: hé aquí el artículo de lujo. Mitad: esa es la parte indispensable del artículo de primera necesidad.

Todo esto puede encerrarse muy bien en la exactitud incontestable del siguiente absurdo:

La mujer es un bello adorno que es absolutamente indispensable para la vida de la humanidad.

Por grande que sea nuestro orgullo, por indomable que sea nuestra soberbia, no saldremos nunca de esta humillante definicion:

Cada hombre no es más que la mitad de una mujer.

Ellas á lo menos pueden decir con cierta satisfaccion: cada una de nosotras somos la mitad de un hombre.

Llevando los términos de este problema á una solucion matemática, venimos á parar á un resultado incontestable.

No hay manera de eludir la ingénua exactitud de la aritmética.

Si cada hombre es la mitad de una mujer, diez hombres reunidos no pueden arrojar más que la suma total de cinco mujeres: si cada mujer es la mitad de un hombre, diez mujeres juntas equivalen á cinco hombres.

Ó la ciencia de los números es una vergonzosa superchería, ó lo que he dicho no tiene vuelta de hoja.

Consideradas bajo el punto de vista del lugar que ocupan en el órden social, tambien es de ellas la ventaja.

Las mujeres marchan delante en todos los movimientos de la humanidad, pues solo así puede verificarse el contínuo fenómeno de que los hombres anden siempre detrás de las mujeres.

He presentado una demostracion matemática, y acabo de exponer un argumento arrancado de la historia de todos los tiempos: ahora voy á valerme de una observacion cuya fuerza comprenderán pertectamente todos los que estén iniciados en los secretos del comercio.

Yo pregunto: ¿hay algo que valga más que una mujer?

Ó de otra manera: ¿hay algo que cueste más?

Para amar á un hombre, ellas no necesitan más que contar con su corazon: para amar á una mujer, el hombre necesita contar, ante todo, con su bolsillo.

Para los que no miden por el dinero el valor de las cosas, tengo otra pregunta.

Si las mujeres no valen nada, ¿por qué se las guarda tanto?

Se pierde un hombre, y como los agentes de algun tribunal no se tomen el trabajo de buscarlo, no hay quien se dedique á averiguar su paradero.

Parece que no se ha perdido gran cosa.

Pero se pierde una mujer, y todos los hombres se dedican á buscarla.

Parece que se ha perdido el mundo.

«Fragilidad, tú tienes nombre de mujer.»

Esto ha dicho un grande hombre, sin caer en la cuenta de que la mujer no puede ser frágil por sí sola.

El gran poeta inglés nos ha sorprendido con un pensamiento que se halla formulado en todas las lenguas desde que hay vasos de cristal, platos de porcelana y tazas de China.

Todas las cocineras del mundo se habian anticipado al grande hombre.

Será difícil encontrar una que antes no hubiera dicho alguna vez por lo menos:

«Señora, se han roto seis vasos, cinco platos y dos tazas,» en lugar de decir: «Señora, los he roto.»

El hombre fuerte, inteligente y sábio, puede caer diez veces al dia; pero la mujer débil, ignorante y tímida, no puede tropezar ni una vez en su vida.

Es decir: la piedra no es dura, porque hay una gota de agua tenaz y contínua que al cabo la rompe.

El hombre no puede resistir á una mirada

cariñosa ni á una sonrisa afable, ni á una palabra tierna; pero la mujer es preciso que resista á las miradas, á las sonrisas, á las palabras, á las súplicas, y á las amenazas. ¿Se quiere saber lo que seria un hombre convertido en mujer? Pues véase lo que son aquellos á quienes el poder, el talento ó la riqueza, ha rodeado de contínuas adulaciones.

Las hemos de envolver en el humo de nuestras lisonjas, y no han de tener vanidad.

Hemos de abrirles los ojos y no han de ver.

No las queremos más que hermosas, y han de querer ellas ser honestas.

Las empujamos, y no han de caer.

¡Pobres mujeres! Las hemos prohibido todos nuestros defectos, y además los suyos.

Otro grande hombre ha dicho, que la mujer es el bello defecto de la naturaleza.

Su belleza consistirá sin duda en ser mujeres, y su defecto en no ser hombres.

Más bien debe entenderse de esta manera:

Su belleza consiste en no ser hombres, y su defecto en ser mujeres.

Acaso entre el hombre y los ángeles habia demasiada distancia, y Dios puso á la mujer.

Observen de qué mujeres es de quien el hombre se queja. Véase cuáles son para él las

inconstantes, las frágiles, las ingratas, las crueles.

El amante se queja de su querida; el marido de su esposa; el libertino de las que pierde; el indiferente de todas aquellas en que puede fijar sus ojos y comprometer su corazon.

Es decir, que el hombre se queja de la mujer que ha elegido, ó de aquellas entre las que se halla la que él puede elegir.

Parece que en ese número entra toda la bella mitad del género humano.

Pero medítese bien.

Ningun honbre ha elegido á su madre: todas las madres son buenas; yo no conozco á ninguna madre que no sea mujer, y apenas hay alguna mujer que no llegue á ser madre.

¿Qué finje el hombre para conquistar el cariño de una mujer?

Amor.

¿Qué finje la mujer para esclavizar al hombre?

Belleza.

El hombre tiene que valerse de un sentimiento; á la mujer le basta un poco de arte.

La mujer dice siempre: «me ama.»

El hombre no dice más que: «me gusta.»

Es noble, dicen ellas, es generoso, es valiente: ¡qué talento! ¡qué buen corazon!

Nosotros decimos: «es blanca, es curiosa: ¡qué pié! ¡qué ojos! ¡qué garganta!»

Para atraer á las mujeres hácia nosotros, para obtener su confianza, fingimos virtudes; ellas por el contrario, se valen de las apariencias de algunos vicios.

Por regla general, el hombre esclaviza á la mujer convenciéndola de la profundidad de su cariño, de la inmensidad de su ternura: en una palabra, haciéndola creer que la ama.

Por regla general, la mujer ejerce sobre el hombre el imperio de su caprichosa voluntad, haciéndole creer que puede amar á otro.

Si fuera posible penetrar en lo más recóndito del corazon de un hombre enamorado, encontraríamos á menudo á la vanidad oculta detrás de la pasion.

Si fuera posible descubrir el fondo del corazon de la mujer más frívola, veríamos el amor oculto detrás de sus aparentes ligerezas.

El hombre disimula sus defectos morales, y la mujer sus imperfecciones físicas.

Ellos seducen por la pasion; ellas por la coquetería.

Imaginemos dos amantes que tratan de dominarse mútuamente; que pretenden, por de-

cirlo así, echar el resto de sus recíprocas seducciones.

Él fatiga su imaginacion buscando el medio más eficaz, y hace el inventario de los recursos posibles.

Riquezas.—Con esto puede despertar su avaricia, pero no su cariño.

Poder.—Con esto se inflamará en su corazon el fuego del orgullo, y se apagará la luz de su ternura.

Gloria.—Esto le servirá para admirar, pero no para querer.

Ni riquezas ni poder ni gloria: hay que buscar otro camino.

La imaginacion se desespera, batalla con las sombras del entendimiento, hierve entre las dificultades que se oponen á su deseo, hasta que al fin salta un rayo de luz.

No es una idea, es un sentimiento lo que lo ilumina.

Necesita una desgracia que consolar, un sacrificio que hacer, un infortunio que combatir.

Por ejemplo: hay una casa donde se alberga una familia pobre; esta familia se compone de tres niños, que uno no ha salido todavia de la cuna, otro aún no puede andar sin el auxilio de las manos, y el tercero no se atreve á correr

sin peligro de caerse: completa este cuadro lo único que puede completarlo: una madre.

De repente la casa es presa de un incendio: entre el humo que sale por las junturas de las puertas, se escapan los gritos de la madre desesperada y de los niños afligidos.

Nadie se atreve á penetrar en aquel edificio que respira humo por todas partes y que cruje devorado por el incendio.

Un hombre se presenta; aparta á la multitud que le estorba el paso, empuja vigorosamente con entrambas manos la puerta, que cede, y desaparece detrás de un torbellino de llamas.

Poco despues se abre un balcon, y el hombre aparece en él con un niño en los brazos, y aquel niño se salva: luego aparece con otro y se salva tambien: luego aparece con el tercero, y luego con la madre.

A este recurso no hay corazon de mujer que se resista: él ha triunfado.

Ella busca á su vez el medio más seguro de encadenarlo á su cariño, y echa sus cuentas de este modo.

Inocencia: se fastidiará.

Recato: no le agradaré.

Amor: si él averigua lo que le quiero, ¿no me olvidará?

Ni inocencia, ni recato, ni amor: hay que buscar otro camino.

Esta vez el rayo de luz viene de fuera y hiere sus ojos despues de haberse reflejado en la superficie de un espejo; levanta la cabeza, se mimira y se sonrie.

Trenza sus cabellos con gracia, ajusta su talle, descubre de su garganta lo necesario para que el deseo adivine lo demás: la mano busca un fondo oscuro para que se destaquen bien sus bellos contornos y su limpia blancura; el pié se adelanta sobre la alfombra pequeño y atrevido.

Ante estos recursos no hay hombre que se resista: ella tambien triunfa.

Llega el momento en que se ven; él aparece con el cabello chamuscado; sus manos están marcadas por el incendio, y su rostro señalado por el humo: lo siguen las bendiciones de la multitud enternecida y la gratitud inmensa y eterna de una madre.

Ella resplandece con todos sus encantos.

Se miran, se contemplan y se adivinan.

Ella dice: ¡qué bueno es! y él exclama: ¡qué hermosa está!

¿Cuál de los dos es mejor?

¡Mujeres! solo llegais á ser malas despues

de haber tratado mucho á los hombres.

Para que llegueis á ser despreciables, es preciso que empeceis por ser la admiracion, el encanto, y la felicidad de los mismos que os desprecian.

¿Cuántas veces la mano del hombre salva á la mujer de la perdicion y de la ignominia?

Y ¡cuántas veces no nos. devuelven ellas la virtud, la esperanza y la felicidad!

Lo digo con franqueza: yo desearia ser mujer, si no perdiera, al serlo, el dulce privilegio de admirarlas y quererlas.

EL TIEMPO.

El tiempo es el gran matemático que resuelve todos los problemas, el gran curioso que todo lo averigua, el gran hablador que todo lo dice.

El tiempo es el que dá á luz los más ocultos secretos, los más profundos misterios.

Semejante al mar, revuelve en sus profundidades cuanto cae bajo su dominio, lo oculta, lo extravía y al fin lo arroja sobre la playa.

Cuando todos los acontecimientos que hoy dan vueltas á nuestro alrededor ocultándose á nuestras miradas, sean, por decirlo así, sucesos muertos, el tiempo expondrá á nuestros ojos sus cadáveres desnudos.

Hay un dia más ó menos lejano que llegará indudablemente para descubrir todos los se-

cretos que se esconden en las sinuosidades de la luz artificial á cuyos reflejos pasan como sombras los sucesos de hoy.

Preciso es doblar la cabeza y encogerse de hombros ante la incomprensible manera con que están dispuestas algunas cosas.

Pensemos sériamente en este disparate tan profundo y tan verdadero:

Hoy es un dia que no podemos ver claro hasta mañana.

Por eso á la luz que arrojan sobre nuestro espíritu los últimos instantes de la existencia, se ven con tanta claridad, con tan cruel exactitud, todas las oscuridades de la vida.

Es decir, que el hombre no vé bien nada de lo que ha hecho durante los años que ha vivido, hasta que la muerte empieza á nublarle los ojos.

Véase cómo vamos adquiriendo poco á poco el conocimiento de nosotros mismos.

Hasta que llega el hombre á los quince años, no sabe que ha sido niño.

Hasta que cumple cuarenta, casi ignora que ha sido jóven.

Hasta que el peso de la edad lo encorva como si lo obligára á tener fija la mirada en la sepultura abierta á sus piés para recogerlo, no

sabe que hace ya veinte años que es viejo.

El tiempo todo lo descubre.

Ese vago indiferente á todo, cuya única ocupacion es pasar, es el que todo lo sabe.

El tiempo es el que descubre el tejido de las telas más artificiosamente trabajadas.

Yo no sé donde vá que no quiere irse cargado con el peso de ningun secreto.

¡Cuántas historias ignoradas hoy, sabremos mañana!

Hay en esto un respetable sentimiento de humanidad.

Las disecciones no se hacen más que sobre los cadáveres.

No hay cirujano que se atreva á llevar la punta fria de su escalpelo á las entrañas de un hombre vivo, para ver en ellas la causa de la enfermedad que quiere combatir.

La vida inspira tan profundo respeto que no se la puede abrir para que nos revele los misterios de la enfermedad.

¿Habia de ser el tiempo más cruel que un cirujano?

¿Habia de entretenerse en descarnar los sucesos antes de que fueran cadáveres?

Seria verdaderamente un asesinato.

No tenemos derecho á exigirle que cometa

un crímen por satisfacer nuestra curiosidad.

¡Qué bien hechas están todas las cosas para llenar el fin á que se hallan destinadas!

Ved si nó cómo se refugian en el recinto inviolable de la vida las más terribles enfermedades.

Ved cómo se apoderan de un hombre, cómo se entierran en sus entrañas y desde allí arrogantes por la inviolabilidad del asilo en que se han refugiado, desafian al médico y se burlan de la medicina.

No hay específico que llegue á donde ellas están, no hay instrumento que se acerque á herirlas, porque han puesto delante de ellas como una muralla, la vida del enfermo.

Así que han devorado las entrañas, así que han chupado toda la sangre y han paralizado los músculos y han helado el corazon; entonces se escapan llevándose hasta el último suspiro de la víctima, dejando á las averiguaciones de la ciencia el mudo espectáculo de un cadáver.

Aquí entra perfectamente el escalpelo, penetra en los misteriosos lugares por donde ha pasado la muerte, la ciencia toma nota de los estragos que á sus ojos se presentan y escribe muy satisfecha la historia de la enfermedad.

Pero el muerto no resucita.

Al cadáver se le echa tierra.

Los sucesos vivos no se pueden disecar.

No se puede llegar á sus entrañas.

No es posible abrirlos para que la luz entre á señalarnos las causas que los ponen en agitacion y en movimiento.

Mañana, cuando el cadáver de todo lo que hoy pasa esté sobre la pila de las disecciones, entonces veremos con perfecta claridad las oscuridades que nos rodean.

Entonces, en las entrañas ya frias del cadáver, encontraremos la explicacion clara de este confuso cuadro de síntomas que tenemos hoy delante de los ojos.

Entonces comprenderemos la accion misteriosa y deletérea de los humores que se han infiltrado en la sangre.

Veremos el corazon corrompido, podrida la cabeza, envenenadas las entrañas.

Solo el tiempo puede hacer este terrible descubrimiento.

¡El tiempo! esa cosa impalpable, que se nos escapa por todas partes, que es tan alegre en la primavera, tan tempestuoso en el verano, tan triste en el otoño, tan frio en el invierno.

El tiempo, que es á la vez nuestra vida y

nuestro castigo, nuestro cómplice y nuestro juez.

El tiempo, que pasa como si tal cosa por la superficie de la tierra, conteniendo á las semillas que esperan su voz para romper las ligaduras que las contienen y levantar sobre millares de caprichosos vástagos, nuevas generaciones de flores.

Ese que con solo pasar, minuto á minuto, cuaja los frutos que se esconden entre las hojas apiñades de los árboles, como esconde el niño avergonzado la cara fresca y sonrosada en el regazo de su madre.

El tiempo que una á una deshoja todas las flores, y uno á uno desnuda á todos los árboles, que convierte el agua en una piedra, que quebranta las rocas, que destruye los pueblos, que acaba con las generaciones.

Ese que es la desesperacion de todas las mujeres que van á cumplir cuarenta años; la esperanza de las que no han llegado á quince; el fastidio de los holgazanes; el verdugo de los que trabajan.

El tiempo, que descubre las canas, que señala el sitio donde han de aparecer las arrugas, ese se encargará mañana de enseñarnos lo que es el dia de hoy.

Dejémosle que pase, seguros de que no se llevará ningun secreto.

Este es el tiempo en general; el tiempo presente en particular debe ser un tiempo muy estrecho.

Véase ese incesante afan con que las dos terceras partes de la humanidad trabajan para salir del dia.

Los que viven con más desahogo es porque han encontrado el secreto de vivir en la inmensidad del tiempo pasado ó en los espacios sin límites del tiempo futuro.

Estos dos secretos tienen sus nombres que son el crédito y los cosméticos.

El crédito que es el recurso encontrado para que muchos hombres puedan vivir hoy con la fortuna que podrán tener mañana.

Ese bolsillo imaginario del cual se saca tanto dinero real y efectivo.

Los cosméticos son la media vuelta á la izquierda de esa media vuelta á la derecha.

Es vivir precisamente con la juventud que se ha derrochado.

El hombre busca el dinero en la fortuna que todavía no ha podido conseguir, y la mujer toma su belleza de una juventud que ya ha consumido.

En el momento en que una mujer ha llegado á los treinta años, se detiene como fatigada, reflexiona sériamente y elige entre los dos términos fatales que se le presentan: ó seguir adelante ó retroceder.

La que no vé en la vejez un remordimiento, y en la juventud que ha consumido un crímen; la que tiene en su corazon y en sus virtudes un recurso permanente para agradar á un mismo tiempo á los niños, á los jóvenes y á los ancianos; la que no encuentra en el espacio de su vida ningun período que merezca suprimirse; la que no hace de sus años faltas que necesite disimular; en fin, la que no se avergüenza de haber nacido antes que sus hijos, sigue adelante.

Es decir, deja que las primeras canas campeen orgullosas entre sus cabellos negros ó rubios; deja que las primeras arrugas asomen á su frente como la señal de pensamientos graves; deja que el respeto se una al cariño y la veneracion al afecto.

No le teme á la vejez, porque como las flores olorosas conserva despues de marchita el perfume de su bondad.

No teme desnudarse de los encantos de su cuerpo, porque tiene para seducir los encantos de su virtud.

UNIV. OF CALIFORNIA

La que ha hecho de su hermosura el único refugio de su alma; la que no ejerce más imperio sobre el corazon del hombre que el atractivo pasagero de una tez fresca, de unos lábios encarnados, de unas formas correctas; la que á fuerza de oirse llamar hermosa ha creido que no puede dejar de serlo; la que comprende que la primera cana será en ella la señal del primer desprecio, y la vejez una irrision; la que, en fin, todo lo vé al través de la luna de su espejo, esa se planta, como si una semilla carcomida pudiera echar raices.

Se planta, es decir, rasga su partida de bautismo como un padron de ignominia, y como Dios á las aguas del Occeano, se dice á sí misma: «de aquí no pasarás.»

El tiempo la empuja, pero ella asida á los restos de su belleza, como el náufrago á una tabla, lucha sin tregua, flotando sobre los años que caen sobre ella sin conseguir hundirla.

Combate feroz, solo comparable al que el pobre sostiene con su miseria y el avaro con el dinero de los demás.

Esa muger recose, zurce y remienda todos los harapos de su hermosura para encubrir la desnudez de su alma.

Como los criminales busca la sombra; su pu-

dor se ofendería de esa claridad desvergonzada con que el sol enseña todas las cosas.

No puede sufrir sin conmoverse una mirada persistente, y baja los ojos temerosa de que el cosmético infiel haya descubierto, no los secretos de su corazon, sino los pliegues de su cara.

Esta hermosura resplandeciente que sin ofender á su padre, ni introducir perturbacion ninguna en la familia, puede asegurarse que es hija de un perfumista, de un peluquero y hasta de una doncella, huye honestameate de los hombres que se le acercan demasiado.

Es el movimiento instintivo que nace de la fragilidad de sus encantos.

Esas mujeres como toda obra de arte, tienen sns admiradores.

Llevan en pos de sí esa corte de necios que se apresuran á recibir su patente de hombres á la puerta del tocador en donde el veneno de los cosméticos rejuvenece por algunos instantes la belleza de la mujer y envejece para siempre el corazon de muchos jóvenes.

Estas mujeres que parece que alquilan la juventud, y que tienen á sueldo á la hermosura, que cada dia, ó mejor dicho, cada noche se presentan á nuestros ojos asombrados más jóvenes que el dia anterior; estas mujeres que

moririan niñas, si fuera posible engañar á la muerte, viven en el tiempo pasado.

¿Y quién hay que no consuma una parte del tiempo que está por venir?

¿Quién no disfruta de antemano el placer de la dicha que espera?

¿Quién no siente el dolor de la desgracia con que ha de encontrarse mañana?

¿Qué es el tiempo futuro más que un crédito constantemente abierto á nuestras esperanzas, á nuestros temores y á nuestros deseos?

Si se echa bien la cuenta, veremos que apenas hay quien viva en el dia en que vive.

Veremos que el tiempo presente es el tiempo en que menos vivimos.

La vida del hombre se divide en dos partes casi iguales.

La primera se compone de esperanzas; la segunda de recuerdos.

Vivimos la primera parte de nuestra vida en el tiempo futuro; la segunda en el tiempo pasado; esto es, al revés de como parece que vivimos: hoy en mañana; mañana en ayer.

La juventud es una cosa que va: la vejez una cosa que viene.

Examínese cada hombre y verá que se encuentra en una de estas dos situaciones: Ó to-

do lo vé en el risueño espejo del tiempo futuro ó en el triste espejo del tiempo pasado.

Para él todo va á ser ó todo ha sido ya.

Hoy es siempre una especie de cero interminable colocado entre dos séries de guarismos, un paréntesis abierto entre ayer y mañana; el espacio que se deja entre dos renglones para que no se confundan.

Lo presente no será nada hasta que haya pasado; lo futuro será algo mientras no llegue.

El tiempo es el único ser que jamás nos abandona. Nos saca de la cuna, para llevarnos al sepulcro.

El que todo lo tapa es al mismo tiempo el que todo lo descubre.

MR. HERMAN Y EL HOMBRE-CAÑON

Estamos en presencia de dos hombres extraordinarios que á un mismo tiempo se disputan nuestra atencion.

¿Quién es Herman?

Herman es una especie de símbolo.

Es la representacion viva de una cosa que tiene muchos nombres.

Se llama razon moderna, filosofía moderna, derecho moderno, justicia moderna.

Se llama tambien prestidigitacion.

A primera vista Herman no es más que un jugador de manos.

Esto es; un saco lleno de incidentes inesperados, de sorpresas imprevistas, de efectos maravillosos.

¿Qué hace Herman?

La verdadera contestacion de esta pregunta se encuentra admirablemente encerrada entre dos interrogaciones.

¿Qué no puede hacer Herman?

El espíritu revolucionario por una transmigracion misteriosa ha venido á tomar la forma de dos manos, en las cuales todo se transforma, aparece y desaparece segun la voluntad del que las dirige.

Es el sofisma práctico.

No creer lo que se le ve hacer, seria casi negar la evidencia.

La razon avergonzada se oculta sin saber explicarse lo que admira, y el prestidigitador, si no convence, subyuga.

Y parece mentira que la razon se resista á creer en sí misma al verse de bulto.

Lo que Herman ejecuta todas las noches, es lo que la razon hace todos los dias.

La razon prueba con palabras, Herman con hechos.

La ha traducido con irresistible exactitud.

La prestidigitacion es á la razon humana, lo que el mono al hombre: su caricatura.

De la misma manera que Herman prueba que en el fondo de un huevo se oculta una

moneda de oro, nos ha probado la razon que en la discusion está la luz.

Hay, sin embargo, una diferencia que debe consignarse á pesar de que salta á los ojos.

Con la moneda de oro que sale del huevo no hemos podido todavía comprar nada; pero con la luz que sale de la discusion hemos visto muchas veces las estrellas.

El asombro que Herman produce, es el mismo que el error causa.

Es el entusiasmo con que nos inflaman las ideas en que no creemos.

La prestidigitacion está en el fondo de todos los grandes sucesos.

La más admirable de todas las prestidigitaciones, es la que poseen algunas mujeres, con la cual impiden que los años pasen por ellas.

El interés es el primer prestidigitador del mundo.

Nadie como él transforma los hombres, los sucesos y las opiniones.

Mucho más hábil que la virtud y que la verdad, hace de un perverso un santo, de un corazon frio un corazon tierno, de un pobre un rico.

El interés que está en todas partes, menos en la literatura dramática de estos dias, ha

puesto la prestidigitacion á una altura á que Herman no alcanza.

Ha hecho de la prestidigitacion una verdadera ciencia, de la cual arrancan luminosos axiomas que pasan á enriquecer la abundante mina de los conocimientos humanos.

El estético más escrupuloso se ve precisadoá bajar la cabeza ante esta profunda verdad:

La mujer más fea deja de serlo al lado de un dote de cincuenta mil duros.

El dolor no tiene más remedio que encogerse de hombros y reconocer que los duelos con pan son menos.

No hay un hombre á quien le caiga el premio gordo de la lotería que no sea otro hombre al dia siguiente.

¿El papel no es contínuamente objeto de las prestidigitaciones del interés?

¿No es el interés el que pasa á los hombres políticos de un partido á otro?

La belleza más intratable tiene siempre una sonrisa para el más rico.

Será capaz de sonreirse aunque tenga los dientes feos.

Herman no puede llegar nunca á tanto, porque un hombre no conseguirá jamás reunir la

habilidad y el talento de que ha sido dotado el interés.

Sin embargo, es un objeto de admiracion.

Tiene la maravillosa facultad de acertar el pensamiento.

Yo quiero despojarle de la gloria que pueda adquirir con semejante privilegio.

En esta época que cada uno tiene su modo de hablar, no hay más que un solo pensamiento.

Es un pensamiento personal reducido á estas dos letras: *Yo*.

Nadie piensa más que en sí mismo.

Obsérvese bien el movimiento de la sociedad y se verá claramente que cada uno sigue el camino que va á parar á él.

Como cada uno no tiene costumbre de verse más que á sí solo, cuando aparece retratado con la multitud, se mira y no se conoce.

Por eso no vé en los juegos de Herman un sarcasmo á su razon ni una caricatura de su egoismo.

Está delante del prestidigitador como un ciego que recobrara repentinamente la vista delante de un espejo.

¡Qué asombro se causaria á sí propio!

Preguntaria lleno de admiracion y curiosi-

dad la esplicacion de aquel fenómeno que producìa él mismo.

¿Qué cosa más extraordinaria, más nueva y más incomprensible que Herman?

Herman es la sociedad.

El último juego que Herman hace sin saberlo, es llevarla corriendo detrás de sí mismo.

Nunca caerá ella en la verdad de este absurdo.

Volvamos la hoja y tropezaremos con el reverso de la medalla.

El hombre-cañon es la espalda de Herman.

Es un sér excesivo, una especie de elefante humanó, á cuyo conjunto seria un verdadero abuso llamarle economía animal.

Geográficamente considerado es una montaña, y mecánicamente examinado es una fuerza viva de algunos caballos.

Investiguen los filósofos modernos con arreglo á la doctrina de Kant ó de Heghel la razon histórica de este Goliath contemporáneo.

Examinen si es el resultado de una condensacion inevitable y autonómica de los elementos constitutivos de Hércules, ó si procede más bien de un principio constitucional de Sanson incubado al través de los siglos y encarnado en la edad presente.

La verdad es que descubierta la fuerza del vapor, la fuerza del derecho y la fuerza de la palabra, la fuerza del *hombre-cañon* debe ser á los ojos de la filosofía una especie de arcaismo.

La naturaleza al producirle ha incurrido sin duda alguna en un error de fecha, confundiendo sin saberlo dos épocas que el tiempo ha separado de manera que no pueden juntarse.

Así es que al ver al *hombre-cañon*, se vé clara y perfectamente que la naturaleza ha hecho una barbaridad.

No se necesita un grande esfuerzo filosófico para convencerse de que no tiene razon de sér, puesto que la naturaleza misma lo presenta como un abuso de la fuerza.

Sin embargo, el *hombre-cañon* debe tener á los ojos de los hombres prácticos más importancia de la que á primera vista parece.

Las bromas pesadas, las cuestiones graves, el empuje de los acontecimientos, la presion de las circunstancias, la inflexibilidad de la lógica y la resistencia de la ley, son para él obstáculos insignificantes.

Véasele en el Circo de Price ó enmedio de la plaza de Toros levantar sobre sus hombros un cañon de á ocho con la misma soltura pue pu-

diera hacerlo una cureña, y resistir una explosion de la pieza con la misma impasibilidad que una muralla.

Véasele entretejer su cuerpo en los tirantes de dos briosos caballos, asirse con las manos á un objeto que le sirva de apoyo, y en vano el látigo cayendo sobre los caballos y los caballos levantándose sobre el pavimento, querrán doblar la tension formidable de aquellos músculos que se señalan en la piel como las montañas sobre la tierra.

Si el arranque irreflexivo de los caballos, más dispuestos á correr que á tirar, no es una prueba completa, míresele vencer el esfuerzo lento, tenaz y constante de un par de bueyes que doblan avergonzados sus cabezas y hunden inútilmente sus anchas pezuñas en la tierra sin poder adelantar un paso.

Dígase ahora si para este hombre puede haber bromas pesadas, ni cuestiones graves, ni empujes, ni presion, ni inflexibilidad, ni resistencia.

Pero la gran medida de su fuerza no debe medirse por el sacudimiento del cañon, ni por el arranque impetuoso de los caballos, ni por la testaruda violencia de los bueyes.

La gran prueba no se encuentra anunciada

en los carteles, ni se halla prevista en el programa del espectáculo.

No es una cosa dispuesta de antemano y preparada convenientemente; es una prueba espontánea que resulta como el sonido al choque de dos cuerpos sonoros.

Calcúlese la rapidez del movimiento que nos arrastra en la época presente, teniendo en cuenta el poderoso impulso con que debe precipitarse un cuerpo tan grave como la humanidad, al descender ansiosa por la pendiente del abismo en cuyo fondo deben estar los pensamientos más profundos en cuya busca vamos.

Calculada esta fuerza que nos empuja como un torbellino, calcúlese la que sería necesaria para contenerla.

Pues bien, yo he visto á esa humanidad bajo la forma de ocho mil espectadores, quedarse parada ante la monstruosa fuerza del *hombre-cañon* como los caballos y como los bueyes.

He visto más: la he visto suspensa, pendiente de sus rudos miembros, oprimida por la fatiga de la fuerza que hacia el mismo que la sujetaba.

Yo no sé la fuerza que se necesita para tener á un tiempo á ocho mil espectadores con

la boca abierta; pero me parece que es el *máximum* de fuerza á que se puede llegar.

El público acude á la fuerza del *hombre-cañon*, y los espectáculos del Circo de Price para ser en todo invariables, reunen en cada funcion un número igual de espectadores, esto es, un lleno diario.

Del Circo de Recoletos al Circo de la plaza del Rey, hay la distancia á que naturalmente se hallan colocados un ejército y un Congreso, una guerra y una discusion, el fuego de la palabra y el fuego de la artillería; la distancia que media entre una nota diplomática y una carga á la bayoneta; la que hay en fin entre la habilidad y la fuerza.

Así es que del Circo de caballos al teatro del Circo, no hay más que un paso.

Mr. Herman está detrás del *hombre-cañon* como la idea detrás de la palabra, como el alma detrás de la cara.

Cuando la fuerza como un grito de los tiempos bárbaros viene á encadenar nuestra atencion, y á imponernos el tributo del asombro y la contribucion que todas las noches se paga en el Circo de Price, la habilidad no podia permanecer ociosa dejándose arrancar por la fuerza las conquistas alcanzadas con la virtud

maravillosa de tantos cubiletes y de tantos juegos de manos.

Mr. Herman se habia despedido del público sobre sus doscientas veces, anunciando todos los dias la última funcion.

Si habia agotado el repertorio de sus juegos desde la quinta funcion, dentro de su habilidad estaba el recurso de un nuevo juego que llamára al público al teatro por espacio de muchas noches.

Por poco que buscára en el laberinto de sus escamoteos, debió parecerle pronto la idea que buscaba, y los carteles que debian estar en el secreto, empezaron á gritar de esquina en esquina:

Última funcion de Mr. Herman.

El público que aún no habia penetrado en los secretos de la prestidigitacion, tomó el anuncio al pié de la letra, sin caer en la malicia de que se trataba de un juego.

Aquí empieza el prodigio de la habilidad.

Mr. Herman empieza á sacar últimas funciones en tanta abundancia, que no ha concluido todavía. Todo el mundo ha pagado repetidas veces la última funcion de Mr. Herman, y sin embargo Mr. Herman no ha dado todavía su última funcion.

Y á un mismo tiempo, la gente arrastrada por la fuerza del *hombre-cañon*, llena el Circo de Price, y atraida por la última funcion de Mr. Herman, llena el teatro del Circo.

La habilidad mucho más exigente que la fuerza, una vez puesta en el camino de las últimas funciones, habia de buscar un nuevo recurso que oponer á los indomables músculos del *hombre-cañon*.

Mr. Herman solo podia acometer semejante empresa, y comprendiendo en toda su profundidad la fuerza de un bolsillo no satisfecho en combinacion con el principio de enseñar divirtiendo, hace del teatro una escuela, de la prestidigitacion una materia más de la instruccion pública, del público una coleccion de alumnos, y anuncia que cada noche vá á enseñar uno de los misteriosos secretos de sus raros prodigios.

Verdaderamente Mr. Herman no tiene derecho para disponer de unos conocimientos cuyo secreto forma el patrimonio de todos los prestidigitadores.

Es indudable que esa especie de desamortizacion hecha en su exclusivo beneficio, es un despojo.

Pero se trata de enseñar:

¿Quién no quiere aprender aunque no sea más que lo preciso para engañar á sus semejantes?

¿Quién no se deja engañar una vez siquiera por saber cómo podrá él engañar á otro?

Estamos, pues, asistiendo á la lucha de los tiempos bárbaros con los tiempos modernos, la lucha de la fuerza y de la habilidad.

Estos dos hombres extraordinarias vienen á ser la síntesis de la época, á saber:

La punta de la lengua y la punta de la espada: juegos de palabras y juegos de armas: la superchería y la fuerza.

EL CORAZON.

Segun la medicina, el corazon no es más que la regadera del cuerpo humano.

Una especie de bomba que comprimiéndose y dilatándose alternativamente, lanza raudales de sangre por las misteriosas vertientes de las venas.

Mecánicamente considerado, es el muelle real de este reloj eternamente descompuesto, que se llama hombre.

Un aparato admirablemente construido, pero nada más que un aparato.

La medicina y la mecánica se sientan al pié de ese descubrimiento con la satisfecha tranquilidad del viajero que ha terminado su camino.

Hé ahí el corazon segun la ciencia.

Nosotros ponemos la mano sobre él y lo sentimos gólpear incesantemente como si quisiera que no olvidáramos que vá siempre con nosotros.

En sus latidos hay algo de impaciencia, algo de esa precipitacion que en sus movimientos llevan las cosas que acaban pronto.

Parece que la rapidez incesante con que se agita es una voz sin palabras que nos está gritando siempre: «esto vá á escape.»

Yo creo algunas veces que es un sér escondido dentro de mi sér, encargado de contar los instantes de mi vida.

Terrible cronómetro que no pierde ni un átomo de tiempo.

Sus latidos son como los golpes sordos de una piqueta inexorable que vá minando lentamente los cimientos de un edificio.

El dia que el ruido cesa, el edificio se desploma.

Para los médicos solo arroja la sangre que nos dá la vida.

Observadlo bien, y vereis que cuando se siente oprimido, empuja hácia los ojos torrentes de lágrimas.

El corazon se puede decir que es el cerebro de los sentimientos.

La cabeza nos dice: piensa; el corazon nos dice: siente.

La inteligencia discurre, el corazon adivina.

Lo que en la inteligencia es un cálculo, en el corazon es una esperanza.

La razon hubiera ya convertido en virtudes todos los vicios si hubiera podido seducir al corazon.

La inteligencia más grande no vale tanto como un corazon hermoso.

La inteligencia propone, el corazon manda.

Para medir bien la diferencia que hay entre la filantropía y la caridad, debe tenerse presente que la primera es una idea y la segunda un sentimiento.

La lógica del corazon dispone de argumentos irresistibles.

Nada más fácil que tener veinticinco años. Á poco de nacer los tiene cualquiera.

Un hombre de veinticinco años tropieza un dia con una hermosa cabeza plantada gallardamente sobre un cuerpo lijero y gracioso.

Esta cabeza tiene una cara, esta cara tiene una boca fresca como una rosa que acaba de abrirse y dos ojos que no debieran cerrarse nunca.

Este tropiezo es una mujer, y Madrid está lleno de estos tropiezos.

Dos corazones jóvenes se entienden al instante, porque el corazon es mucho más perspicaz que la inteligencia.

Se ven: este es el exordio.

Se miran: esta es la exposicion.

Se hablan: esta es la conclusion.

La fuerza lógica de este discurso produce á la vez en ambos un mismo convencimiento. Los dos se separan seguros de que han nacido el uno para el otro.

Hágase del amor una idea y esos pobres amantes no se convencerán jamás.

La serpiente del paraiso con todo su talento hubiera luchado mucho tiempo sin convencer á Adan para que probára el fruto prohibido.

Así debió comprenderlo, cuando desechando todos los persuasivos recuerdos de su diabólica imaginacion, adoptó por toda figura retórica, la hermosa figura de Eva.

Todo hombre enamorado es un sér á quien por un procedimiento incomprensible, se le ha subido el corazon á la cabeza.

Por eso discurre de una manera que nos parece loco.

Aqui hay un padre severo.

Ha vaciado su voluntad en el molde frio de la razon.

Discurre con una lógica incontestable.

Todo el mundo es de su parecer, excepto su hija.

La cuestion es muy sencilla: se trata de elegir un marido.

El padre ha puesto los ojos de su razon en uno: la hija ha puesto los ojos de su corazon en otro.

El padre hilvana una série de reflexiones profundas, y sostiene su idea con argumentos incontestables.

La hija oye y calla: realmente no tiene nada que contestar, y el padre se restrega mentalmente las manos celebrando el triunfo de su razon y la eficacia de su lógica.

Entretanto el corazon de la hija late apresuradamente, como si quisiera aturdirla con su contínuo martilleo.

Al otro dia el padre observa que su hija ha comido poco.

Al otro dia nota que está demasiado pálida.

Y al dia siguiente la sorprende llorando.

Estos tres argumentos formulados sucesivamente, destruyen toda la fuerza de su convencimiento.

Una sombra de tristeza, un poco de palidez y unas cuantas lágrimas, acaban de mofarse de un cúmulo de razones que parecian indestructibles.

No quiera Dios que una mujer ó un niño os pidan una iniquidad por medio de una lágrima ó de una caricia, porque de seguro os convencerán.

Examinad bien vuestra gabeta.

Los números inflexibles os señalarán con la sangre fria que los distingue, la cantidad precisa de dinero que forma toda vuestra fortuna.

El último duro os dice resueltamente que no hay más.

Pero hay en la joyería que está enfrente de vuestra casa, un brazalete que se ha empeñado el joyero en que vale lo menos el doble de vuestra fortuna.

Teneis una hija, una amante ó una esposa que ha hecho de ese brazalete el objeto constante de su pensamiento.

Vuestro corazon tiene tambien su aritmética y echa sus cuentas.

El brazalete cuesta el doble de vuestro dinero, pero la alegría de una hija, la sonrisa de una amante ó la tierna satisfaccion de una esposa, valen mucho más que el brazalete.

Esto es casi una especulacion, y el corazon es un bolsillo inagotable.

Vuestro dinero se dobla.

Para el corazon no existen imposibles.

La elocuencia seria bien poca cosa si solo tratára de convencer.

Si no conmoviera, no haria nada.

El estilo es el hombre, ha dicho uno y todos lo hemos repetido, y esto para mí quiere decir que el hombre es su corazon.

No todos los cadáveres están en el cementerio: muchos circulan insepultos fingiendo una vida que han perdido.

El hedor de sus pensamientos, la frialdad moral de sus palabras, os dirán cuáles son los que pasean en el mundo un corazon muerto.

Un tonto, inspira desden.

Un hombre de talento, admiracion.

Un corazon corrompido, ódio.

Un corazon generoso, cariño.

La sensibilidad es la inteligencia del corazon.

Un hombre sin corazon es una estátua que parece que piensa.

Una mujer sin corazon es menos todavía: es una estátua que se mueve.

LA CAMPANA DE LA ALMUDAINA.

Hace ya muchos dias que las vibraciones de una campana tienen conmovida á la poblacion de Madrid.

El eco ha repetido por todas partes sus notas graves y profundas, y el público se ha llenado de interés, de curiosidad y de entusiasmo.

No se trata de ese campaneo precipitado y confuso con que las torres de Madrid anuncian á la poblacion descuidada la misteriosa improvisacion de algun incendio.

Apenas hay fuego suficiente para quemar incienso en los altares de los poderosos, y en Madrid está asegurado de incendios hasta el tabaco que se vende en los estancos.

Tampoco es el bullicioso repique con que

las campanas volteando frenéticamente reparten en todas direcciones la estrepitosa alegría de un fausto suceso.

Bajo este punto de vista ellas han comprendido el aire que corre, y desde la altura de su posicion permanecen mudas, ásiduamente ocupadas en morderse la lengua.

Tal vez si fueran dueñas de sus acciones doblarian lentamente como en los dias de las grandes solemnidades fúnebres.

Acaso sus notas lastimeras irian de casa en casa llamando á la multitud para que fuera á llorar de dolor ó de vergüenza sobre algun cadáver ilustre de algun triste suceso.

Pero las campanas han recibido de la experiencia grandes lecciones y hace mucho tiempo que no mezclan su voz de bronce ni á la alegría ni á los pesares públicos.

Parece que se han trazado como regla de conducta vivir ignoradas, y permanecen silenciosas como si hubiesen renunciado al derecho de pedir la palabra en los grandes sucesos.

Es posible que no quieran llamar sobre sí la atencion de nadie. ¡Se han visto tantas veces expuestas á ser hechas cuartos!....

La campana que hoy resuena en los oidos de todos los habitantes de Madrid, es una cam-

pana atrevida que arrastra todas las noches al público hácia la plaza del Rey; lo apiña á la puerta del teatro del Circo, lo hace entrar, cubre con él todas las localidades, le impone silencio, y solo con la cuerda que está asida á ella lo subyuga tres veces, lo aterra otras tantas, y otras tantas lo hace estallar en una explosion de aplausos.

Los que tengan la curiosidad de formar la lista de las campanas célebres, deben añadir á ella *la Campana de la Almudaina*.

¿Cómo está fundido este instrumento maravilloso cuyo imperio consiste en no sonar?

Reunid á todos los campaneros del universo y preguntadles qué efecto puede producir una campana que no suena.

Habia en Mallorca un jóven oscuro, en cuya cabeza debian bullir los elementos de un drama.

Buscaria naturalmente para tejer su obra un hilo, y se encontró un cordel.

A esta cuerda ató primero una campana, despues sujetó á ella con un lazo vigoroso y sencillo, la vida del nieto de Jaime el conquistador, y en el mismo lazo sujeta en seguida la vida de la hija de Centellas, gobernador de Mallorca, por medio de una sublevacion del pueblo.

Este es el nudo: en él están perfectamente cogidos el corazon de una madre y el corazon de un padre: el efecto es completo.

El nudo se vá apretando cada vez más, y el príncipe y la hija del gobernador van á perecer sin remedio: el mismo Centellas es el que al fin vá á tirar de aquella cuerda terrible. Para cortar la sublevacion tiene que cortar la cabeza del príncipe y la de su hija.

Sus manos están asidas al cordel en presencia de la madre del príncipe helada de espanto. No hay más que tirar de la cuerda, y todo ha concluido.

¿Cómo se desenlaza esto rápidamente y sin ninguna víctima?

Me atrevo á dar un año para que lo piense cualquiera sin acertarlo.

¿Cómo se puede tirar de esa cuerda y que no suene esa campana?

El recurso os vá á hacer reir, pero ved la representacion y el efecto os conmoverá.

Los nudos de esta accion dramática están en un cordel, el desenlace tiene que estar en el cordel mismo.

Si en el momento de tirar Centellas de la cuerda teneis la feliz ocurrencia de desatarla de la campana, la cuerda caerá por su propio

peso y la campana permanecerá muda.

Esto es lo que sucede.

¿Pero quién desata la cuerda?

El mismo que hubiera hecho sonar la campana si la insurreccion que triunfaba hubiera sido vencida, Un traidor.

La campana de la Almudaina es un drama de cuatro grandes efectos sostenidos por un mismo recurso.

Yo creo que se puede leer esa obra muchas veces sin adivinar lo que es.

Nada de extraordinario hay en los caractéres, nada sobresaliente en los diálogos.

Su verdadero mérito, su derecho incontestable á la estimacion y al aplauso público, están en la magnitud de sus efectos y en la sencillez de sus recursos.

El señor Palou entra en la literatura por el gran pórtico. Por él han entrado García Gutierrez, Florentino Sanz y Adelardo Ayala.

La campana de la Almudaina, leida, no se puede comparar con *El Hombre de Estado*, ni con *El Trovador*, ni con *Don Francisco de Quevedo*; pero puesta en escena, colocada entre los bastidores, ha revelado la existencia de un autor dramático que puede hacer el número cuatro de los tres que he mencionado.

Esa campana, cuyo sonido hubiera muerto en el acto á la hija de Centellas y al nieto de don Jaime, ha resucitado á la empresa del Circo que agonizaba; ha despertado el drama histórico que dormia tranquilamente, y ha conmovido al público que parecia insensible á las emociones del drama, desde que la zarzuela lo tiene embriagado de risa.

El teatro del Circo ha dado una verdadera campanada.

La empresa está tirando de un cordel mágico que llena de oro sus arcas.

Si Mendizabal fuera en estos momentos ministro de Hacienda, *La Campana de la Almudaina* deberia ser á estas horas un recurso del Estado.

Hartzenbusch la refundiria, Mendizabal la hubiera fundido.

El autor de este drama habrá oido decir que el público se escapa y lo ha sugetado.

Lo llama á son de campana y lo ata con una cuerda.

Allí lo tiene suspendido del cordel: codo con codo en las butacas, codo con codo en los palcos, codo con codo en las galerías: solo le deja libres las manos para que aplauda.

Mientras que por todas partes se proclama la

libertad del ciudadano y se rompen las cadenas de la esclavitud, un jóven desconocido llega y ata á todo un pueblo libre al cordel de una campana. Esta es la campana que hace muchos dias resuena en los oidos del público.

Ignoro lo que la Academia española pensará de este drama digno del éxito que ha merecido.

Es posible que la integridad académica tropiece en algun adjetivo mal colocado, en algun giro algo dudoso, en algun régimen poco castellano ó en alguna asonancia poco escrupulosa.

¡Qué horror! dirá la Academia.

Y en efecto, es una lástima que el señor Palou se haya atreyido á tener mucho talento antes de saberse de memoria el diccionario de la lengua.

A pesar de esto, tengo el honor de presentar á ustedes un poeta dramático que se llama Palou y un drama de mucho mérito que se titula *La Campana de la Almudaina*.

EL HILO DE LOS SUCESOS.

En todo hilo hay una propension natural y manifiesta á enredarse.

La costurera menos atenta á los fenómenos que producen los elementos de su oficio, sabe esto perfectamente.

Así es que no hay una sola de esas criaturas cuya vida es una sucesion interminable de puntos, que al recibir la madeja de seda con que ha de dar vida al futuro vestido, no la devane cuidadosamente para evitar el peligro de que se enrede.

Esto es elemental en el arte de coser.

Porque el hilo y el tiempo son dos cosas que las mujeres que saben su oficio deben consumir en una misma proporcion.

Desconfiad de toda mujer que al hacer la cuenta del dia no salga á lo menos á punto por minuto.

Una madeja enredada es siempre una costura sin hacer, un tiempo mal gastado y un hilo perdido.

El hilo de los acontecimientos, es un hilo que tiene la misma propension que todos los hilos.

Siempre que no se le devana cuidadosamente, se enreda: es el vicio constitucional de todo hilo.

Por eso en el gabinete de un hombre de Estado suele encontrarse lo mismo que en el fondo del costurero de una mujer descuidada.

Esto es, una *maraña*.

Y fijando atentamente la consideracion sobre el objeto representado por la palabra maraña, admira la actividad, el talento, el ingenio que despliega el hilo para enredarse.

¡Qué infatigable obstinacion opone siempre á la paciencia de la mujer que quiere desenredarlo!

Los ojos se pierden en un laberinto de hilos que se cruzan, se enroscan y se confunden, y los dedos se extravian en una confusion de nudos que se suceden, se estrechan y se defien-

den, como si la vida de cada uno de ellos dependiera de la vida de los demás.

El cabo que se busca es precisamente el que no parece; todos los accidentes del enredo parecen empeñados en ocultarlo.

El hilo entretanto serpentea maliciosamente, se adelanta y retrocede, se une y se separa, aparece y desaparece, formando un conjunto que marea, que produce vértigos, donde las manos se fatigan y los ojos se cansan, donde se pierde la vista y el tacto, y cuyo tegido es cada vez un misterio más profundo, un secreto más religiosamente guardado.

Hay en muchas cosas una terrible desproporcion.

Por ejemplo: con qué facilidad se baja una pendiente, y en cambio ¡cuánto trabajo cuesta subirla!

Veinte años de vida, que quieren decir, veinte años de pesares, de disgustos, de inquietudes, le cuesta al hombre llegar al dominio de su razon.

Y ese tesoro tan lenta, tan trabajosamente adquirido, lo pierde en un solo momento de locura.

Una de las grandes intrigas del dinero es haber conseguido que sea mucho mayor el nú-

mero de los hombres que lo gastan, que el número de hombres que lo ganan.

El mismo duro ofrece una cruel resistencia á todo el que quiere ganarlo, y una pasmosa facilidad á todo el que quiere gastarlo.

Una mujer no necesita más que recibir en sus ojos el despacho telegráfico que envie á su corazon la electricidad de una mirada, para sentir en el fondo de su alma el fuego activo de una pasion profunda.

El relámpago no es más rápido, ni el rayo más pronto.

Pero ¡qué raudal de lágrimas no necesita para apagar despues el incendio de su corazon!

Los vicios se adquieren con tanta facilidad, que muchas veces no sabe uno darse cuenta de cómo los ha adquirido.

¡Y cuánto tiempo, cuánta reflexion y cuánta virtud no son necesarias para destruirlos!

Todo hombre necesita, para nacer, nueve meses de preparacion.

Seguidle, y vereis cómo no necesita más que un instante para morir.

Poned en manos de un niño de tres años una madeja de hilo.

Al momento la madeja se habrá convertido en un enredo maravillosamente combinado.

Si teneis costumbre de reflexionar sobre las cosas frívolas, convendreis en la absurda exactitud que vá encerrada en esta exclamacion:

¡Qué ingeniosa habilidad hay en las manos de la inocencia!

De las manos del niño, pasad la madeja á las manos de la mujer.

Por grande que sea su destreza, apelará ante ese intrincado enigma, á la eficacia de sus tijeras, como Alejandro apeló á su espada.

Despues de agotar todos los recursos diplomáticos que la naturaleza ha puesto en los dedos finos y delicados de una mujer, echará mano á su espada y cortará el enredo.

Hecha esta observacion que no puede ser desmentida, es preciso convenir en que un niño tiene más talento que una mujer.

Ó digamos que la casualidad es más ingeniosa que la inteligencia.

¿Por qué no ha de ser lo mismo bajar que subir, ser tonto que tener talento, nacer que morir, enredar que desenredar?

¿Por qué la ignorancia, la locura, ó la casualidad, han de producir esos complicados enredos, contra los que el talento, la prevision y la habilidad luchan y se gastan, como un

cuchillo que se empeñára en cortar una piedra?

Las circunstancias, esa multitud de accidentes que se combinan de infinitas maneras, para producir la variedad inagotable de sucesos, que hace tan amena la vida de estos tiempos, son lo que los números á la cantidad.

Á cualquiera que se tome el trabajo de examinar con atencion un vaso que se derrama, debe ocurrírsele que en él se verifica el fenómeno de las circunstancias.

Allí no hay más que un conjunto de gotas de agua dispuestas de modo que la primera es tan absolutamente indispensable como la última para que el vaso se derrame.

El hecho más sencillo es siempre el resultado de una elaboracion minuciosa de circunstancias que suelen escaparse á nuestra penetracion.

Las desgracias son las cosas que ocurren con más facilidad.

Nada más fácil que romperse una pierna, que perder una fortuna, que recibir un desengaño ó una ingratitud.

Y sin embargo, cada una de estas desdichas necesita un conjunto de pormenores perfectamente tejidos y enlazados que han de pro-

ducirla; como la complicada y oculta máquina de un reloj produce el movimiento de las agujas que señalan la hora.

Un hombre despierta por la mañana despues de haber dormido toda, ó una parte de la noche, circunstancia precisa sin la que le hubiera sido imposible despertarse.

Este hombre tiene la felicidad de no saber qué hacer de esa hermosa mañana que le entra por los ojos, despues de haber entrado por los balcones de su habitacion entreabiertos maliciosamente como la boca de una mujer á quien la naturaleza le ha concedido unos dientes perfectos.

Realmente este hombre no tiene ningun motivo sério que le obligue á salir á la calle, y hasta experimenta esa dulce pereza que nos cierra con tanta amabilidad la puerta de nuestra misma casa.

Pasar la mañana tendido en una butaca, contando las flores de los tapices, es una bella perspectiva.

Una vez averiguado el número de veces que un dibujo está repetido en la alfombra, en la pared ó en el techo, queda todavía el recurso de entretenerse con los caprichos á que el humo de un cigarro se entrega desde el momen-

to en que se le deja la libertad suficiente para esparcirse en el aire.

Todavía hay un libro muy formalmente colocado sobre una mesa inmediata, que puede proporcionar la amena ocupacion de ser hojeado con los dedos unos cuantos minutos.

Tambien hay un piano que no se niega nunca á golpear sus sonoras cuerdas, si hay alguien que tenga el capricho de pasarle las manos por las teclas.

Detrás de las persianas discretamente entornadas, como los ojos de una mujer cuando mira lo que no quiere ver, puede muy bien pasarse media hora observando lo que pasa al otro lado de los cristales de la casa de enfrente.

Queda aún una vecina más ó menos jóven, ó más ó menos bella, que es capaz de hacer de su balcon el entretenimiento de todos los vecinos que no sepan qué hacerse.

Con tantos recursos para pasar agradablemente una hermosa mañana, es preciso ser un loco para salir de casa.

Decididamente este hombre que no tiene nada que hacer, se entrega con la mayor actividad y sin perder ni un solo minuto, á la ocupacion de no salir á la calle.

Una resolucion por insignificante que parez-

ca, es una cosa que nos cuesta siempre mucho trabajo, y que despues de adoptada, nos deja tiempo para que podamos ocuparnos en otros asuntos.

Así es que este hombre no podrá menos de restregarse las manos con la satisfaccion del que ha concluido una obra que lé quitaba tiempo para entregarse á otra.

La organizacion más activa se pasmaria de lo que trabajan los hombres que no saben qué hacerse, si fuera posible reunir en una sola cantidad la suma total de lo que hacen.

Perder á una mujer ó á una familia, perder una gran fortuna y perder la salud, son cosas que parecen muy fáciles, porque las llevan á cabo esos hombres activos que pasan su vida sin tener que hacer.

Nuestro hombre no sale de su casa; es cosa resuelta. Dejémosle un momento entregado á sus numerosas ocupaciones en su magnífica casa construida, *vervi gratia* en el centro de Madrid.

A lo último de la calle de Fuencarral, por ejemplo, vive una mujer, que tiene que hacer en esta hermosa mañana una compra, una visita ó un encargo.

Como el pudor es una cosa tan natural en

las mujeres, esta se viste perfectamente para salir á la calle. La cosa es bien natural.

Al ajustarse una falda de color de tórtola, uno de sus adornos ha tenido el capricho de engancharse en una de las molduras de su elegante tocador; y como á una mujer cuando la llama el espejo no reflexiona, da dos pasos precipitados y la falda, por seguirla, deja la mitad del adorno desgarrado en los dibujos salientes de la moldura.

Esto es lógico.

Todo vestido que se rompe es entre las mujeres una voz irresistible que pide otro vestido, y esta mujer se lo pide por de pronto á su doncella, reservándose el derecho de pedírselo despues á su marido.

Esto es incontestable.

La doncella trae otra falda verde sembrada de flores menudas. No es esa la que queria, pero es tarde y no puede perder tiempo despues de haber perdido la falda de color de tórtola, y un momento despues está en la calle.

Cruza una y luego otra y luego todas las que se le van poniendo delante, hasta que llega á una en que dos coches y un carro han formado el nudo más gracioso del mundo.

Esto en Madrid es muy frecuente.

Ó es preciso esperar á que el nudo se deshaga, ó hay que dar un largo rodeo y echar por otra calle.

Esto es un dilema.

Ciertas mujeres prefieren andar una hora á esperar un minuto, y por eso se las vé andar todos los dias por todas partes buscando amantes y maridos que pudieran muy bien esperar en sus casas.

La calle que atraviesa en este momento es precisamente la misma en que se levanta la casa del hombre que hemos dejado metido en la asídua tarea de no salir á la calle.

La acera por donde se desliza esta mujer que ha roto su falda de color de tórtola, es la que se tiende enfrente de los balcones del hombre ocupado.

El momento en que pasa, es el instante mismo en que nuestro hombre para disimular sus averiguaciones acerca de lo que ocurre en la casa de enfrente, ha bajado honestamente sus ojos hasta las baldosas de la acera.

Su mirada se siente herida por un relámpago verde oscuro con flores menudas.

Las mujeres mismas no saben muchas veces lo que es un vestido.

Dos mujeres que tengan dos vestidos igua-

les, pueden volver loco á un hombre, si el hombre no tuviera bastante con una para perder el juicio.

El vestido verde con flores menudas desaparece detrás de la esquina, y el hombre ocupado se siente de pronto oprimido por ese calambre moral que se llama duda.

La duda graciosa de aquel vestido desapareciendo detrás de la esquina, es para este hombre un verdadero relámpago á cuya luz vé en su imaginación la figura de una mujer.

Aquel aire y aquel vestido son suyos; luego, debe ser ella.

Ella es el nombre con que bautizamos á la mujer que el amor nos mete en el alma.

Con esa palabra profunda parece que queremos decir que no hay otra en el mundo.

Para salir de la duda no hay más remedio que salir de casa: una levita y un sombrero son cosas que los hombres tienen siempre á la mano; las escaleras se bajan mucho más fácilmente que se suben, y las calles están siempre abiertas para todos.

A la última palabra de este raciocinio ya está en la calle, y se lanza como un rayo detrás de aquel relámpago verde con flores menudas.

Al volver la primera esquina el vestido relampaguea un instante y desaparece al volver la esquina siguiente.

Cuando se anda muy deprisa no se les deja tiempo á los piés para que vean el terreno que pisan, y las baldosas más graves suelen levantarse á veces con cierto disimulo para dejar caer á los que no llevan los ojos en la suela de las botas.

En esta calle habia una baldosa entretenida en ver lo que pasaba por encima de su compañera.

Los hombres no ven las baldosas que se levantan cuando es una mujer la que llevan delante de los ojos, porque llevar una mujer delante de los ojos equivale á llevar una venda

En este caso el pié llega, se engancha en el borde de la piedra y no tiene más tiempo que el preciso para tirar bruscamente del individuo, dejándolo caer sobre las baldosas, que por muy duras que sean, no se han negado nunca á recibir á nadie.

Nuestro hombre se levanta con esa cara que todos tenemos para el momento de una caida, y al ponerse de pié averigua que se ha roto una pierna.

¡Cuánta circunstancia, cuánto pormenor

cuánto detalle ha sido preciso para que una pierna se rompa!

¡Qué bien ha tejido la casualidad todos los hilos para venir á parar á romperle la pierna en medio de la calle á un hombre que habia decidido no salir de su casa!

La cirugía podrá decir lo que quiera de esa pierna rota, pero ella no es más que la cantidad que arroja una suma de circunstancias, un enredo maravillosamente fabricado por el hilo de los sucesos.

LA MEDIDA DEL TIEMPO.

Vuelvo á tomar la pluma para anudar el hilo roto de estas séries de renglones que hemos convenido en llamar artículos.

Esta amiga íntima de mis pensamientos, ha permanecido sepultada en los negros abismos del tintero, esperándome con esa paciencia con que las cosas esperan á los hombres en el camino de la vida.

Como la herramienta colgada en el taller del artesano enfermo, mi pluma ha permanecido clavada en el tintero, aguardando el dia de trabajo.

Al cabo de dos meses nos encontramos como dos amigos que hace mucho tiempo que no se han visto.

Sale á recibirme del fondo del tintero húmeda, como si ella tambien llorara; negra, como si ella tambien estuviera de luto.

La medida del tiempo no son las horas ni los dias, ni las semanas, ni los meses, ni los años, ni los siglos.

Un reló y un almanaque no determinan bien la lentitud ó la rapidez del tiempo.

Ellos marcan periódos que parecen iguales, pero que representan para cada uno cantidades distintas.

Un año de alegría es un soplo, un dia de pena es un siglo.

Dos meses pueden no ser más que un instante y pueden ser tambien una eternidad.

Llegad á la puerta solitaria de esas casas mudas en las que se alberga la miseria.

En Madrid es preciso buscarlas con atenta mirada, pues se ocultan como las canas debajo del tinte, como las arrugas debajo del cosmético.

Aquí es preciso teñirse las penas y pintarse la alegría.

En la tierna poesía de estos tiempos es cosa averiguada que una sola perla vale más que un torrente de lágrimas.

¡Si fuera posible averiguar la inmensa can-

tidad de lágrimas que cuesta un solo diamante!

Mas para la prosperidad de la industria y del comercio de las piedras preciosas, conviene que esto sea una incógnita eterna.

Llegad, digo, á la puerta solitaria de una de esas casas mudas en que se esconde la miseria.

Hay muchas, aunque á primera vista no se vean.

La luz del lujo es una luz muy particular; no ilumina más que lo que brilla, y Madrid lleva su lujo y su grandeza como una linterna detrás de la que se oculta.

Semejante á las luciérnagas deja ver el brillo y esconde el gusano, alumbra para que no se le vea.

Antes de empujar la puerta de esa casa, fijémonos en dos puntos importantes.

Veamos primero qué hora es segun el reló más acreditado.

La única virtud del reló más honrado, es no mentir.

Bajo la palabra de uno de estos séres que pasan su vida latiendo como los corazones humanos, podemos asegurar que son las nueve de la noche.

Si esto lo hubiera dicho un hombre, podria dudarse; si lo hubiera dicho una mujer, debe-

ria no creerse; pero lo ha dicho un reló y es preciso que sea verdad.

Nosotros somos verdaderamente felices.

Nuestra vida no tiene más inquietudes, que esas impaciencias con que el hastío de un placer nos empuja á otro placer.

No se crea, sin embargo, que alguna vez no se llenan de lágrimas nuestros ojos.

Nosotros tambien lloramos.

Por ejemplo, cuando una chispa del jabon perfumado con que suavizamos la piel delicada de nuestras manos tiene la indiscrecion de saltarnos á los ojos.

Lloramos tambien si nos hiere el rostro el viento helado de una mañana de diciembre.

Hay tambien una especie de constipados que nos hacen llorar abundantes lágrimas.

Si los pañuelos del bolsillo tuvieran la facultad de hablar, ellos solos podrian contar nuestras lágrimas.

Al tropezar con las nueve de la noche no podemos menos de observar que el dia ha pasado como un soplo. Este es el segundo punto.

Dos horas de tocador, el almuerzo, algunas visitas de confianza, estrenar un coche, las amigas, el paseo, comer... todo esto pasa como un rayo, y ójala no fuera más que esto.

¡Las nueve! El tiempo huye como un pájaro que se escapa de entre las manos.

No hay dia para nada.

Ahora ya podemos entrar.

La puerta gime al abrirse y gira lentamente como si estuvieran agotadas sus fuerzas.

Un pasillo estrecho conduce á una habitacion oscura.

El cuadro está reducido á muy pocos muebles y á mucha familia.

Un enfermo, una anciana, una jóven, un niño... allí hay de todo, menos pan.

Hace veinte y cuatro horas que desapareció el último.

Veinte y cuatro horas, segun el reló; un instante, segun nosotros; un siglo para aquella familia que ha contado los minutos con la ansiedad de la miseria.

El tiempo no es igual: el reló es una superchería que no puede engañarnos.

Preguntadle á una madre que espera á su hijo ausente, si hace mucho tiempo que no lo ha visto.

Podrá hacer un dia, un mes, ó un año; pero ella siempre os contestará: un siglo.

Si habeis tenido la fortuna alguna vez de ser queridos por una mujer tierna y delicada,

habreis observado qué rápido es el tiempo que pasa en las dulces confidencias del cariño.

Despues de muchas horas de esta tierna é inexplicable intimidad, coged el sombrero ó preguntad al reló si es hora ya de separarse.

Todos habreis oido siempre la misma exclamacion:

¡¡¡Tan pronto!!!

Hay una ocasion en que el tiempo, por un misterio incomprensible de nuestro corazon, es á la vez un soplo y un siglo.

Ya lo sé. Lo he aprendido y no lo olvidaré nunca.

Pero sea una madre la que os diga cómo se realiza esa verdad imposible.

Sobre sus rodillas incansables sostiene dos niños que se disputan el calor de su seno, sus besos y sus sonrisas.

Son sus hijos.

Si ellos lloran, se aflige; si rien, se alegra; si juegan, juega con ellos; si duermen, vela.

Parece que al darles la vida se ha quedado sin ninguna; vive porque ellos viven.

Un dia recuerda el cielo que los ángeles no son para la tierra, y aquellos ojos tan puros se cierran para siempre y aquellas bocas tan dulces y tan tiernas no vuelven á sonreir.

Dejad que pasen muchos tiempos y preguntadle á esa madre por sus hijos, y ella os dirá que era ayer cuando los tenia sobre sus rodillas, que todavía los oye, que aún siente en su seno el calor de sus mejillas.

No dejeis que pasen más que tres dias, menos aún, unas cuántas horas, y ella os dirá que hace un siglo que no los ha visto.

¿Cuánto tiempo me ha estado esperando la caprichosa pluma con que escribo? No lo sé.

El almanaque me dice que dos meses.

Mi corazon me dice que un siglo.

Mis recuerdos me dicen todos los dias que fué ayer.

LA VIDA PRIVADA Y LA VIDA PUBLICA.

No hay un cuarto.

Esta frase de cuya exactitud pueden responder por lo menos dos terceras partes de los habitantes de Madrid, encierra dos significaciones diversas y que son á la vez igualmente ciertas.

En virtud de esta doble escasez, se verifican dos movimientos ascendentes que son inmediatamente seguidos de otro.

Hé aqui el órden dn estos tres movimientos que nos elevan orgullosamente á la altura digna de los tiempos en que vivimos.

Todos los caseros suben sus casas.

Todos los usureros han puesto su dinero en las nubes.

El resto de los hombres pone el grito en el cielo.

El hecho es el siguiente:

Madrid no cabe en Madrid.

Esta es una cuestion de capacidad que los caseros únicamente podian resolver, porque los caseros son capaces de todo.

La casa es un género de propiedad que tiene circunstancias muy particulares.

A primera vista no parece más que una finca urbana.

Observándola más despacio nos encontramos con que es un capital más ó menos respetable empleado en piedra, en madera, en yeso y en ladrillos que rinde todos los años otro capital.

Ó de una manera más clara: una casa es una especie de gabeta donde el casero esconde una cantidad de dinero que mensualmente va extrayendo del bolsillo de los inquilinos.

A esta extraccion contínua sela llama alquiler.

Alquiler no es una palabra, por más que se halle comprendida en el Diccionario de la lengua.

Alquiler es una cantidad cuya definicion no

es posible encontrar en ningun tratado de aritmética.

Es una cantidad absurda, pero real y positiva, que el casero recibe todos los meses en oro, en plata, ó en papel.

Al llegar aquí no puedo menos de reirme de los matemáticos.

Ellos dicen con el aplomo de la vanidad satisfecha, que cantidad es todo aquello que es susceptible de aumento y disminucion.

Lo que no pueda aumentarse y disminuirse no es cantidad.

Hasta ahora han tenido razon.

El alquiler tal como se presenta á la consideracion de los inquilinos de Madrid, no habia aparecido aún.

Rectifiquemos á esa ciencia vanidosa que todo lo quiere saber con precisa exactitud.

Desde hoy debemos decir: Cantidad es todo aquello que puede aumentarse ó disminuirse, exceptuando el alquiler que va en prodigioso aumento, sin que haya esperanza de que pueda disminuirse alguna vez.

El que tiene una casa en Madrid, tiene una renta que puede hacerla crecer segun su capricho ó segun su avaricia.

La codicia, ese saco roto que no ha podido

llenarse nunca, es el único límite que hoy encuentra el aumento constante de los alquileres de las casas.

La Providencia nos ha dado esta vida que llevamos siempre con nosotros, para la que solo necesitamos respirar y comer.

Pero al imponernos la penosa obligacion de esa vida, encargó muy formalmente á la naturaleza que nos rodeara de aire y que cubriera de frutos á los árboles y de semillas á la tierra.

La sociedad ha querido tambien echarla de Providencia y nos ha impuesto esa otra vida estrecha y oscura que se llama vida privada, y para la que solo necesitamos las cuatro paredes que forman el hogar doméstico.

Pero al imponernos esa obligacion, no encontró á la mano una naturaleza rica y expléndida y confió á los caseros el cuidado de levantar á nuestro alrededor las cuatro paredes de nuestras casas.

Procediendo así, la Providencia y la sociedad han colocado al hombre en la contingencia de dos alternativas que vienen á ser una misma, por más que se juzguen de distinta manera.

Véase una.

Aquí un casero que tiene, por ejemplo, la costumbre de retirarse tarde.

Madrid, aunque brilla mucho, no es un pueblo bien iluminado; y á ciertas horas de la noche la mitad, de las luces se apagan con la escusa de que se les quita el gas.

Es cosa averiguada que toda luz que se apaga produce en el acto oscuridad.

El casero se adelanta hácia una esquina que sale sobre la acera con el mayor silencio, como si quisiera espiar lo que pasa en la calle.

En Madrid hay una numerosa policía, pero en mi opinion es mucho mayor el número de los que no quisieran verla.

Detrás de la esquina hay un hombre embozado dos veces; una en su capa, que sabe Dios de quien seria antes, y otra en la sombra, que no es fácil robársela á la noche.

El casero llega al punto en que la esquina se dobla como un adulador, y se encuentra repentinamente con una mano que le oprime la garganta y con dos bocas; la de una pistola que le muerde el pecho sin pronunciar una palabra, y la de un hombre que le propone por lo bajo la pronta solucion del siguiente problema:

«La bolsa ó la vida.»

Si esto no ocurriera en medio de una profunda oscuridad, me atreveria á decir que todo ello pasa como un relámpago.

Tres minutos despues entra el casero en su casa oprimido por el enorme peso del dinero que ha tenido que dejarse en la esquina.

Al otro dia este suceso es público, la opinion se alarma y los tribunales averiguan.

Entretanto el casero se entrega á sus honradas y ordinarias ocupaciones.

Aquí empieza la otra.

Segun unos estados que tiene á la vista, hay en Madrid una gran desproporcion entre el contenido y el continente; es decir, que Madrid no cabe en Madrid.

Ó de otra manera más precisa: que sobra gente y faltan casas.

Ó de otro modo más práctico: que se puede dar otra vuelta más al tornillo con que se hace salir el dinero de los inquilinos.

Averiguado esto, no hay más que coger el sombrero, abrocharse la levita para que el corazon no pueda salir por ninguna parte, ponerse la cara de casero y tomar la escalera.

Poco despues se tira de un cordon, suena una campanilla, se abre una puerta, y el casero, semejante á una bomba, cae en medio de una familia que se vé asaltada repentinamente con esta imperiosa alternativa:

«Más alquiler ó á la calle:» ó lo que es igual, «la bolsa ó la vida.»

Aquí la pistola no tiene cañon, ni llave, ni caja, ni pólvora, ni bala; pero es tan mortal como si tuviera todo eso.

Si el casero asaltado en la esquina la noche anterior hubiera tenido otra vida donde alojarse, de seguro no hubiera entregado su bolsa; pero la sacrificó al temor de encontrarse repentinamente arrojado á la calle de la eternidad.

La familia discurre del mismo modo, y prefiere sudar mensualmente un doble alquiler, á encontrarse de repente en medio de la calle.

Como el casero quiso conservar la vida que le dió la Providencia, el inquilino quiere conservar su vida privada.

Establezcamos, sin embargo, la diferencia que existe entre el ratero que nos acomete al volver la esquina y el casero que nos asalta al abrir la puerta.

El primero lo hace en la calle y enmedio de la noche: el segundo en nuestra propia casa y en medio del dia.

El uno se arroja sobre nosotros con un puñal ó con una pistola en la mano: el otro nos estrecha poniéndonos una ley al pecho.

El hecho viene á ser el mismo, la única diferencia está en el arma.

De esta manera el alquíler va subiendo como una inundacion, como deberian subir las aguas del diluvio.

Ó se hace una arca como la de Noé, ó nos ahogamos.

Para vivir en Madrid bajo un techo y entre cuatro paredes, es preciso resignarse á no tener más dinero que aquel que nuestro casero quiera dejarnos.

Ha dicho un escritor francés, que *negocio* era el dinero de los demás.

Yo creo que en Madrid tener una casa es tener en la mano el dinero de los que viven en ella.

La vida pública se vá poco á poco comiendo á la vida privada, y los caseros suben las casas á la vez que el Ayuntamiento las estrecha.

Para convencerse de la exactitud de esta observacion, no hay más que fijar la vista sobre el plano de Madrid.

En él se ve el movimiento verificado por las calles que se ensanchan y las casas que se estrechan.

Hay en esto algo de monstruoso.

Saturno en medio de los extravíos insacia-

bles de su brutal apetito, no pasó de comerse á sus hijos.

Las calles, que se pueden considerar como hijas naturales de las casas, porque es evidente que sin casas no habria calles, llevan más allá las necesidades de su estómago: se comen á sus madres.

Pero esta monstruosidad está dentro de la naturaleza.

¿De qué se habian de alimentar las calles más propia y naturalmente que de aquellas casas que se han unido para darles el ser?

Por un sentimiento de maternidad que nadie se atreverá á ofender, las casas se van dejando devorar por las calles.

Si en esto no se quiere reconocer la accion de una ley natural, será preciso convenir en que es la accion de una ley de policía urbana.

El Ayuntamiento, cediendo á las sugestione de una profunda filosofía, se ha convencido de que el ciudadano no es más que un transeunte.

Ha oido decir que el hombre no hace más que pasar rápidamente por la tierra, y ha formulado su pensamiento en esta palabra: paso.

Palabra que aplicada á Madrid quiere decir calles.

Tan embebido se encuentra en la profundidad de este pensamiento, que en mi opinion su bello ideal debe ser una poblacion en la que las casas dejen en completa libertad á las calles.

Una poblacion, por ejemplo, en la que las casas estuvieran fuera de la ciudad, para que no pudieran poner impedimento ninguno al desarrollo, ensanche y perfeccion de las calles.

La solucion del problema depende de una sola averiguacion.

Consiste en saber cómo pueden hacerse las calles prescindiendo completamente de las casas.

En virtud de este pensamiento, Madrid se está engrandeciendo de una manera muy singular.

Las calles se ensanchan y las casas se estrechan.

El ciudadano indudablemente va ganando terreno en la calle, y es muy justo que lo pierda en la casa.

Si como transeunte goza el privilegio de tener á su disposicion calles espaciosas, justo será que como vecino se resigne á vivir pegado á la pared.

Para el ayuntamiento la cuestion es muy sencilla y está reducida á una pregunta y á una respuesta.

En Madrid hay un público que se compone de trescientos mil habitantes.

¿Cómo se dá espacio á esa masa para que pueda circular libremente por Madrid?

Esta es la pregunta: la respuesta nos sale ella misma al paso en esta forma:

Ensanchando las calles.

Luego queda una série de cuestiones particulares, que saliendo del dominio público, entran en el sagrado recinto de la vida privada.

Cada familia resolverá la suya como pueda, metiéndose donde quepa.

La obligacion del ayuntamiento es dar calles; las casas deben buscárselas los que las necesiten para su uso particular.

Mientras el público circula libremente por las calles, los vecinos se ahogan en las casas.

De aquí resulta una propension irresistible que todos sentimos á formar parte de esa masa que á todas horas se derrama por las calles, por las plazas y por los paseos, y que se llama gente.

Para vivir en Lóndres es preciso ser lord; para vivir en Madrid es preciso ser público.

La vida privada se va reduciendo en la misma proporcion que la vida pública se va ensanchando.

Así se vé que los hombres públicos son los que viven con más desahogo.

El hogar doméstico se va estrechando cada vez más, al mismo tiempo que la plaza pública va ganando espacio.

Por eso no debe extrañarse que quepan muy cómodamente en todos los sitios públicos hombres y mujeres que no caben dentro de sus familias.

Por eso las virtudes domésticas van cediendo un puesto á las virtudes públicas.

De aquí resulta la explicacion de un fenómeno de que no es fácil darse cuenta á primera vista, y que se presenta á mis ojos bajo una forma aritmética.

Yo digo: ¿Cuántos hombres reunen bastantes virtudes y bastante talento para hacer la felicidad de una mujer y de una familia?

—Pocos.

Esta respuesta no la doy yo. La dan todos los padres, todas las madres que tengan una hija honrada y que experimenten en el fondo del alma el vivo sentimiento de su verdadera felicidad.

Yo vuelvo á decir: ¿Cuántos hombres reunen bastantes virtudes y bastante inteligencia para hacer la felicidad de la pátria?

—Todos.

Tampoco es mia esta respuesta. La dan esa multitud creciente de hombres que se disputan sin cesar la direccion del Estado.

¿Será más fácil ser padre de la pátria, que padre de familia?

¿No habrá algun elector escondido en las oscuridades del cuerpo electoral, que alguna vez á lo menos no haya dado su voto á quien de seguro le hubiera negado la mano de su hija y tal vez la administracion de sus bienes?

La vida pública es más cómoda, tiene menos exigencias que la vida privada.

Para alcanzar esos homenajes que todos los dias se tributan en los periódicos, en los discursos, en los teatros, en los paseos y en las calles, se necesita mucho menos que para conseguir el tierno cariño y el honroso respeto de una familia.

Los aplausos de la multitud se arrancan con una frase estudiada, con una lisonja hábil, a las pasiones ó á los vicios del auditorio

La admiracion de las gentes la alcanza fácilmente cualquiera mujer que no sea fea y que arrastre por las espaciosas calles de Madrid la anchurosa falda de un soberbio vestido.

Un poco de audacia y un poco de talento.

Hé aquí todo lo que necesita un hombre público.

Una poca belleza y mucho lujo.

Hé ahí todo lo que necesita una mujer pública.

La vida privada exige mucho más.

Tiena la impertinencia de pedir un poco por lo menos de todas las virtudes.

Exige unas costumbres puras y una conciencia tranquila.

Esto es pedir demasiado.

Y en cambio, ¿qué dá?

Nada.

El respeto de los hijos, el cariño de la esposa y el aprecio de unos cuantos amigos.

La vida pública es mucho más liberal: dá gloria, aunque sea una gloria semejante á la luz del relámpago; dá títulos, honores; dá grandeza y fortuna.

En vista de esto, ¿qué español no experimenta á cada momento en el fondo de su ambicion el secreto impulso de echarse á la calle?

¿Qué mujer convencida por el espejo del atractivo de su belleza y deslumbrada por el brillo de sus propios adornos, no siente á cada instante el deseo de entregarse á la admiracion pública?

Convengamos en que cuando la policía urbana ha empezado á estrechar en Madrid los ya estrechos límites del hogar doméstico, para dar ensanche á las calles, la vida privada habia empezado ya á reducirse estrechada por la vida pública.

El plano de Madrid, en el cual se ve á las casas ir cediendo el paso á las calles, puede inspirar muy serias reflexiones.

¡Las calles! ¿Será este el terreno que se prepara para que den su última razon todas las opiniones?

¡Las casas! Mirándolas bien es como se comprende que la arquitectura tiene tambien sus paradojas.

Las dos terceras partes de las casas de Madrid no son más que sofismas por medio de las que se engaña á los que pasan por la calle.

Las calles espaciosas son una verdadera necesidad.

Hagamos justicia á la prevision de este ilustre Ayuntamiento.

En un pueblo donde pasan cosas tan grandes, donde todo pasa, se necesitan calles muy anchas para que todo pueda pasar.

UN ECLIPSE DE SOL.

Hé aquí un suceso que nos ha hecho levantar los ojos al cielo por algunos minutos.

Eso es todo lo que he podido observar durante el espectáculo.

Mis conocimientos astronómicos no me han ayudado á hacer más curiosas observaciones; pero levantar los ojos al cielo cuando tan fijos los tenemos en la tierra, me parece á mí una observacion digna de estudio.

Echad la sonda en este pensamiento y vereis cómo es profundo.

Y sin embargo, ¿qué cosa más natural que levantar los ojos al cielo cuando la tierra se oscurece?

¿A qué parte pueden dirigirse los ojos del

hombre pidiendo luz en las grandes oscuridades de la tierra?

Otra observacion enteramente opuesta se me ha ocurrido tambien al mismo tiempo.

La sabiduría humana que anda por todas partes buscando la luz, ha venido esta vez de todos los puntos del globo buscando la escuridad.

Estos son los dos fenómenos que he podido comprender.

De manera que el eclipse ha producido por lo menos dos maravillas, que si no asombran, es porque á la altura del siglo diez y nueve no debe haber nada que nos asombre.

Levantar los ojos al cielo, es un acto que bien considerado pertenece á aquellos tiempos oscuros en que la luz de la moderna filosofía no habia iluminado la tierra; á aquellos tiempos en que la luz no venia de la discusion, sino del cielo.

Tiempos en que Noé encontraba en el cielo como en las páginas de un libro infinitamente sábio, el anuncio del diluvio y la salvacion de su familia.

Aquellos tiempos en que Moisés pedia al cielo y recibia de él las leyes de su pueblo.

Tiempos oscuros en que tres sábios de Orien-

te buscan en el cielo el guia que habia de conducirlos á las puertas de Belen.

El eclipse, haciéndonos levantar los ojos, nos ha hecho imitar por algunos momentos al pueblo de Israel, cuando al salir del desierto vió tenderse delante de él los fértiles campos de la tierra prometida: todos miraban al cielo.

De seguro los astrónomos nó habian pensado en estos efectos del eclipse.

El cielo ha sido para nosotros un teatro; el sol y la luna los actores, el drama un eclipse y el público una gran parte de la tierra.

Los anuncios de la funcion habian aparecido primero en los almanaques y despues en los periódicos.

Hemos acudido á una diversion que ha podido escitar la curiosidad, pero no el asombro.

¡El cielo es una cosa tan vista!

Casualmente está colocado de un modo que no hay punto de la tierra desde el cual no pueda verse.

Los primeros hombres pudieron asombrarse: entonces seria un espectáculo nuevo; ¿pero despues de seis mil años ha de llamar nuestra atencion lo que estamos viendo todos los dias?

Y el sol ¿qué género de novedad podia ofrecernos? ¿No es el mismo todo los dias?

En el espacio de tantos siglos no ha hecho más que levantarse al amanecer, tender sus rayos por todas partes y desaparecer á la tarde en el mar, detrás de una montaña, en medio de una llanura, donde le pilla.

La luna no es tampoco una invencion que pudiera escitar vivamente nuestro interés.

Siempre la misma palidez, la misma melancolía, la misma soledad.

La mujer más vulgar sabe mejor que ella colocarse á media luz, fingir unos ojos que no tiene y una cara que no ha tenido nunca.

La luna del espejo más insignificante posee muchos más recursos para entretener nuestra curiosidad.

La única novedad era el eclipse.

¿Y qué es un eclipse?

Una cosa tan natural, tan lógica, que se hallaba prevista muchos años antes de que sucediera.

Un hecho averiguado antes de realizarse.

Un secreto sabido, un misterio descubierto.

La sencillísima operacion de colocarse la luna entre el sol y la tierra como una pantalla entre la luz y los ojos.

¿Y habia de asombrarnos en el cielo lo que estamos viendo en la tierra todos los dias?

¿Qué es la locura más que un eclipse de la razon?

¿No se eclipsan, sin que la ciencia lo anticipe, las estrellas de los hombres?

¿Qué fama no se ha visto eclipsada?

Así es que el eclipse ha pasado como una sombra, sin dejar en la tierra ni el más ligero rastro, ni la impresion más fugitiva.

Hemos hecho lo que hacemos siempre que se eclipsa nuestra felicidad, siempre que la sombra de la desgracia cae sobre nuestro corazon.

Levantar los ojos al cielo.

Porque el cielo es siempre el mismo para los hombres.

Siempre tiene un rayo de luz que nos ilumine, un reflejo que nos guie, una estrella que nos consuele.

No hay más remedio que mirar al cielo cuando no hay en la tierra un punto donde fijar los ojos.

Nos rodea por todas partes como los brazos de una madre de la cual pretendemos huir.

La naturaleza entera se abre como una flor por mirarlo.

Los montes se empinan unos sobre otros para acercarse más á él.

Los árboles tienden sus brazos cargados de

fruto como si quisieran atraérselo por la riqueza de sus dádivas.

Los perfumes huyen de la tierra y se levantan como si solo hubieran nacido para él.

El agua es transparente solo por retratarlo, y sale de las entrañas de la tierra solo por verlo.

El cielo es esa mirada inmensa que nos sigue por todas partes, que penetra en nuestro corazon y nos consuela, que alumbra nuestra alma y nos anima, que se refleja en nuestra conciencia y nos juzga. Por eso el afligido levanta los ojos y el criminal los baja.

Es una especie de voz que nos está diciendo siempre: mira.

La ciencia misma, esa averiguacion fria que va penetrando como un cuchillo; ese escalpelo que busca el secreto de la vida en el cadáver de la naturaleza, se vé detenida y se sienta fatigada esperando un rayo de luz que solo puede venir del cielo.

Pero ¿de qué cielo estamos hablando?

¿Qué significa ese cielo vulgar, antiguo, imposible de toda mejora y negado á todo adelanto?

Cielo que condena á los astros á marchar por caminos precisos.

Cielo cuyas leyes no se discuten, cuyos prin-

cipios no se conocen, cuyo sistema no se comprende.

Cielo que las revoluciones de los astros no le conmueven, ni las nubes más negras lo manchan, ni millones de estrellas lo ocultan.

Este cielo no corresponde á la altura de nuestros tiempos.

Quédese ahí como un monumento arqueológico, como una tradicion antigua que sirva á lo menos para señalar el atraso de aquellos tiempos oscuros en que el cielo fué hecho.

Cielos, los de la tierra.

El cielo de la riqueza, el cielo de la hermosura, el cielo del poder, el cielo de la fama, el cielo de las pasiones, el cielo de la razon.

Cielos que nos deslumbran, que nos hacen bajar los ojos y que arrastramos por la tierra.

La sabiduria humana despues de andar tantos siglos buscando la luz, ha venido ahora detrás de la oscuridad.

Esta es mi segunda observacion.

La ciencia ha corrido apresuradamente á ver el efecto que producia en el salon de la tierra una pantalla puesta delante de un quinqué.

El cielo se reiria muchas veces de los hombres si no les tuviera lástima.

Aunque la oscuridad es una cosa negra, yo

no puedo menos de sacar de esa circunstancia, que he podido observar una verdad que aquí parece absurda.

La sabiduría humana es un libro, cuya última página está siempre en blanco: debia decirse en negro.

NO HAY NIÑOS.

He llegado á sospechar que el órden de los números aplicado á los años, ha experimentado una gran perturbacion.

Es decir, que por lo que yo observo, se llega en estos tiempos á tener veinte años mucho antes que á tener diez y seis.

Ó de otra manera: apenas hay niños.

Parece que la inocencia no quiere detenerse mucho tiempo sobre la tierra y nos vuelve la espalda antes de que hayamos podido sustituirla con la razon.

Es curioso ver cómo empezamos á ser hombres antes de haber dejado de ser niños.

Hay flores tan fugitivas que mueren casi al mismo tiempo que nacen, como si la pena de haber nacido les causara la muerte.

Madrid es una especie de paraiso donde la inocencia se pierde muy pronto.

No hay nada más triste que esos hombres de diez años y esas mujeres de ocho que tan frecuentemente se encuentran en Madrid.

La civilizacion no ha querido sujetar sus pasos precipitados al acompasado movimiento de la naturaleza.

La civilizacion no podia permitir que la inocencia ejerciera el monopolio de la infancia y fecundando la tierra con el prodigioso *guano* que ella misma elabora en sus entrañas, ha producido esa mezcla monstruosa de niño y de hombre que forma el conjunto de la generacion que nos empuja.

Madrid es el pueblo más alegre del mundo; solo hay aquí una cosa triste: los niños.

Se les ve con esa pena con que miramos los frutos que se pudren antes de haberse sazonado.

Verdes aún y podridos ya.

¡Cuánta malicia en esos ojos de ocho años, en los que brilla todavía un relámpago de inocencia!

¡Qué palabras en esos lábios sonrosados aún por la aurora de la vida!

¡Qué ideas en esas pequeñas cabezas, tan li-

geras y tan graciosas que parecen hechas solo para llevar coronas de flores!

¡Cómo hablan estos hombres de diez años!

¡Cómo miran estas mujeres que apenas han cumplido ocho!

Me parecen pequeñas y graciosas vasijas de barro bruñido en las que la civilizacion va depositando gota á gota el veneno que destila.

Hé aquí cómo se empalman las dos generaciones que tenemos á la vista.

Los viejos pervierten á las niñas.

Las viejas á los niños.

La generacion que se vá, se detiene para recibir en sus brazos á la generacion que se adelanta.

Así se incuba lo viejo en lo nuevo.

Así el niño recibe el gérmen de la decrepitud.

Morir sin dejarles nada á nuestros herederos, seria una repugnante avaricia.

Justo es que al morir les dejemos toda nuestra fortuna, toda esta inmensa sabiduría en que nos revolvemos.

Es preciso que puedan decir que son nuestros herederos.

Les dejamos en nuestro testamento un Madrid modelo de civilizacion.

Los niños son una especie de espejos que reflejan todo lo que ven.

Y como los ojos de los niños son unos instrumentos nuevos, que no están gastados por el uso, todo lo ven.

En Madrid se vive como si no hubiera niños.

Nada se esconde á la mirada curiosa de estos séres, de estos puñados de tierra tan llenos de vida y tan dispuestos á fecundar el gérmen que en ellos se deposite.

Ni los libros que corrompen el corazon y las ideas.

Ni las estampas que semejantes á un corrosivo borran el pudor que Dios ha puesto en el alma como el principio de todas las virtudes.

Ni el ejemplo, esa pendiente que cada vez más rápida nos lleva de la mano al fondo del abismo.

Madrid lleno de atractivos para despertar el incentivo de los vicios y las pasiones de los viejos, no le oculta nada á los niños.

Esta civilizacion que es la muerte de la poesía, de las artes, de los sentimientos, es tambien la viruela de la inocencia.

Niños os encontrareis en las casas de juego.

Niñas en las casas de prostitucion.

Pequeños hombres y pequeñas mujeres que

los vicios recojen porque la sociedad los tiene abandonados.

Hay una estadística que no se ha hecho.

Seria una vergüenza, un dolor y un asombro presentar en la desnudez de unos cuantos guarismos el número de niños que todos los años, que todos los dias entran en las cárceles, en los lupanares y en los garitos.

Escuelas públicas donde se enseña la práctica del vicio, cuya teoría se enseña en otras cátedras públicas tambien.

Decidle á una madre en cuyo seno duerme dulcemente el hijo de sus entrañas, que se han presentado algunos casos de viruelas, de crup ó de cualquiera de esas otras enfermedades que son el verdugo de los niños.

Al momento la vereis rodear al hijo de su alma de todas las precauciones, de todos los cuidados que puedan impedir el contagio.

No lo apartará ni un momento de sus brazos, como si quisiera formar con ellos alrededor del niño un cordon sanitario.

No le dejará respirar más que su propio aliento, que ella pondrá con sus lábios en la boca de su hijo despues de haberlo purificado en su corazon con el perfume de su cariño.

Esta madre no descansa, no duerme, no vive.

El crup, las viruelas... ¡qué terribles enfermedades!

Veamos la otra cara de la medalla.

El niño tiene diez años.

La naturaleza lo ha hecho hermoso y los cuidados de su madre lo han hecho sano y robusto.

Decidle á su madre que en la misma calle donde él vive se han presentado dos casos de dos terribles enfermedades.

Una casa de juego y una casa de prostitucion.

De diez padres á quienes se participe esta noticia, siete se encogen de hombros, dos disertan algunos minutos sobre la corrupcion de las costumbres, y uno se acuerda que tiene un hijo de diez años.

Yo pregunto:

¿Será más terrible la muerte del cuerpo que la muerte del alma?

¿Por qué examinamos con tanto empeño la salud de la nodriza que ha de amamantar á nuestros hijos, y apenas averiguamos quién es, qué piensa, qué sabe el hombre que ha de amamantar su entendimiento?

¡Pobres padres! Teneis para vuestros hijos escuelas, colegios, institutos, universidades. Los gobiernos están encargados de señalàr los maestros á quienes habeis de entregar el alma inocente de vuestros hijos.

Esos maestros, cuando no los nombra el favor, la amistad ó la intriga, los nombra la suficiencia: el que parece que sabe más historia, más química, más leyes ó más medicina, ese puede ser tambien elegido.

El maestro de vuestros hijos puede ser ó amigo del ministro, ó hermano de algun elector influyente, ó un orador temible, ó un periodista incansable ó un sábio.

De esto estais seguros.

Pero ¿dónde encontrareis los títulos que os aseguren la rectitud de sus sentimientos, la pureza de sus costumbres, la piedad de su razon; en una palabra, su religion, su moral, su virtud?

La perversion que desciende de los lábios de los maestros, las sombras y los errores que se enseñan en vez de la verdad y de la luz, es mil veces peor que la sangre viciada que el niño recibe del pecho de su nodriza.

Un niño enfermo inspira compasion, pero un niño corrompido inspira horror.

Pero yo pregunto otra vez.

¿Por qué tanto cuidado para que el niño no lleve á sus lábios un alimento demasiado fuerte para la delicadeza de su estómago, y tanto abandono para dejarle llenar su entendimiento con los brevages de tanto libro envenenado?

Lo reservamos de la humedad, del sol, del aire, del calor, del frio.

Cualquiera de estas cosas puede alterar su salud, debilitar su constitucion, quebrar el frágil vídrio de su vida.

Pero un libro malo, un maestro corruptor, un amigo pervertido, son cosas que apenas nos llaman la atencion.

Estoy seguro que ninguna madre llevará á su hija á la casa de un enfermo, cuya tos pueda despertar la sospecha de que está tísico.

Pero no dudeis que esa misma madre llevará á esa misma niña á todos los teatros, á todos los bailes y á todos los salones.

Esa misma madre, que le prohibirá aspirar un perfume demasiado fuerte para sus nervios, la habrá dejado ya que aspire, página á página, la atmósfera deletérea que se escapa de toda esa brillante literatura de nuestros tiempos.

Antes que una niña sepa qué palabras son las que mejor sientan en su boca de ángel, sabe perfectamente qué color, qué adorno, qué cinta realza más la hermosura de su cara de mujer.

Dá una verdadera tristeza ver en Madrid estos hombres de diez años que fuman, que juegan, que blasfeman.

Esas niñas que, apenas han cumplido nueve años, y ya han adquirido todos los secretos de la coquetería y de la vanidad.

La naturaleza se venga de esta violacion de sus leyes.

Por eso vemos usureros de veinticinco años.

Decrépitos que no han cumplido todavía treinta.

Libertinos que no han pasado de quince.

Almas heladas en medio de la primavera de la vida.

La juventud que viene detrás de nosotros, presenta una terrible precocidad.

Adquiere todos los vicios de la vejez, y no conserva ninguna de las virtudes de la juventud.

¡Qué razonables son todas sus locuras!]

¡Con qué formalidad se corrompe!

¡Qué dignamente se envilece!

¡Qué bien se pierde!

No podemos negar que es hija de su madre.

Es posible que sea una generacion *ilustrada*; pero es imposible que sea una generacion buena.

EL TANTO POR CIENTO.

El mundo financiero debe estar en estos dias descontento de sí mismo, con ese pesar que el jugador de la lotería experimenta cuando una simple unidad se interpone entre el número que ha salido premiado y el número de su billete.

Por más que á los hombres entregados asíduamente al activo trabajo de tejer esas redes misteriosas y sutiles en que el dinero cae con tanta facilidad, se les considere superiores á todo sentimiento humano, seria una verdadera injusticia privarles del derecho de tener corazon.

Esa víscera sin la cual no es posible vivir, es preciso que sea algo más que una bomba encargada de regar las interioridades de la materia humana, para que el hombre pueda asegurar que la siente latir en el fondo de su pecho.

Algun sentimiento es forzoso que haya en el corazon del hombre moderno, de ese sér sacado del polvo de la tierra por la virtud creadora de un nuevo Dios para que pueda confundirse con el resto de los hombres.

Asi es que el *interés* al hacer al hombre, al vaciarlo en su cuño como podia haberlo hecho con un pedazo de metal al fundir una moneda, le ha dejado el gérmen de un sentimiento verdaderamente tierno.

En el corazon de ese hombre, no se puede negar, hay amor.

Y para que nadie pueda despojarle de este único sentimiento, para que nadie alegue á él derecho ninguno, ese amor es el amor propio.

Esta cuerda vibrará hoy dolorosamente herida en el corazon de los hombres de negocios.

Deberán golpearse el bolsillo como los demás hombres se golpean la frente, cuando se ven

sorprendidos por la luz de un descubrimiento que ellos mismos andaban buscando.

Sentirán lo que hubiera sentido Colon, si otro antes que él hubiera descubierto el nuevo mundo; lo que hubiera sentido Descartes, si otro se le hubiera anticipado á unir el álgebra á la geometría, como se une el alma con el cuerpo.

Y verdaderamente es un sarcasmo de la fortuna.

Las acciones de los caminos de hierro, las acciones de minas, las acciones de todos los Bancos, las acciones más vergonzosas, hasta las acciones de guerra, habian caido sucesivamente bajo el imperio del *negocio*.

Parecia que era imposible encontrar una accion nueva que no estuviera prescrita por este agente activo y calculador.

El arte frio y positivo de hacer dinero no habia pasado aún de las realidades de la vida.

Ignoraba que en las regiones del espíritu, en ese mundo interior que el hombre lleva en la cabeza, pudieran encontrarse acciones de un interés inmenso.

Habia sin embargo escondida en los misteriosos espacios de una inteligencia vigorosa una accion inesperada.

La suma total de todas las acciones que componen la fortuna irresistible de un banquero, no dan un interés más vivo, ni más permanente que el que lleva en sí esta accion poderosa.

En la Bolsa no se ha presentado jamás una accion de un interés tan creciente; entre los *efectos públicos* no se encuentra otro semejante.

Y para que la irrision sea más completa, esa accion es una mentira, y para mayor vergüenza del *negocio*, esa accion es una verdad.

Es una accion dramática: se trata de una comedia.

Yo comprendo perfectamente que la usura se sienta mordida en el corazon por la serpiente de la envidia.

Que un poeta dramático, por grande que sea, se apodere de eso que se llama *tanto por ciento*, y saque de él más sustancia de la que hasta hoy han podido sacar todos los banqueros juntos, es un suceso irritante; es una usura que el talento le ha robado á la avaricia.

Aquí hay, sin duda, una injusticia de la suerte.

Hasta ahora *el tanto por ciento* no habia producido más que dinero.

¡Parece mentira! ese mismo tanto por ciento acaba de producir un caudal de honra, una mina de entusiasmo, un tesoro de gloria.

¿Cómo se ha verificado este admirable acontecimiento?

Ayala es un hombre que tenia papel y se le ocurrió la idea de hacer una jugada.

El secreto estaba en elevar al último grado de interés unos cuantos cuadernillos de papel blanco que eran por de pronto la suma de su capital efectivo.

Volvió los ojos hácia dentro y sondeó las profundidades de su inteligencia, del mismo modo que un banquero registra los rincones de su caja en el dia solemne de una especulacion infalible.

Como en un espejo maravilloso vió dibujarse dentro de sí mismo los contornos fantásticos de un gran negocio.

Su pensamiento era grave y agudo, y cavando, cavando, se hizo profundo.

Esta operacion debió abrir en su idea un surco semejante á un canal.

Hé aquí una profundidad de la que salió un rayo de luz.

Este canal venia á ser la boca de la mina.

Era preciso anudar la creacion de la fantasía

con la realidad: el canal de Castilla se presentó como un punto de partida, y el papel dócil como un niño prestó su limpia superficie á estenderle hasta el otro lado de Zamora.

Este es el primer paso.

Paso hondo como un abismo, en el que intenta ahogar más adelante la honra de una mujer, la fortuna de un hombre, la dicha de dos amantes, la rectitud de un amigo, y la fidelidad de dos criados.

Como se vé, la jugada es completa.

A la voz de este negocio, acude como el avaro al ruido del oro, una de esas almas frias como la Bolsa, encerrada tranquilamente en un bolsillo humano que suena con el nombre de Roberto.

Esta es el alma del negocio.

Detrás de este personage aparece Petra, que arrastra á su marido hasta el borde del abismo abierto á sus ojos en el canal de Zamora.

Petra es una mujer cuyo corazon pasaria muy bien en el mercado por moneda corriente, y Gaspar es un marido á quien su mujer hace pasar por todo.

Andrés es un hombre que ha perdido su fortuna y su conciencia. Luisa es una criada que tiene dos grandes defectos, á saber: ocho mil

reales ahorrados y un novio que se llama Sabino.

Sabino es á Luisa lo que Petra á Gaspar; esto es, la pendiente que nos hace rodar hasta el fondo.

Todos estos personages forman la red del negocio.

Dos amantes ricos, generosos y nobles son tambien necesarios, como son necesarias las víctimas en todo sacrificio.

Una quinta comprada por un rasgo de delicada ternura; una ruina inesperada; una dehesa en Zamora; una venta por carta de gracia. Todo esto se reune, se ordena y se mueve con admirable precision, formando poco á poco un nudo prodigioso que ahoga y suspende, que aterra al espíritu y levanta las ideas.

Todo esto forma un conjunto que se llama *El tanto por ciento*.

Comedia ó drama para la literatura; verdad, terrible verdad para la conciencia.

Obra maestra, tersa como un espejo que nos finje la verdad con inflexible exactitud.

El *tanto por ciento* era una cortina detrás de la que pasaban desconocidas, inconcebibles escenas, y Ayala ha descorrido esa cortina con su mano vigorosa.

El negocio se ha escandalizado de sí propio y corre por Madrid negándose á sí mismo.

Hay gritos dolorosos que son la señal más segura de que se ha puesto el dedo en la llaga.

La mayor parte de esas gentes que viven del *tanto por ciento*, ignoraban quizá que el tanto por ciento pudiera ser otra cosa que una ganancia lícita.

Ya saben lo que es.

¡El dinero puesto en escena! ¡El tanto por ciento procesado! ¡El negocio azotado en público! Esto es horrible.

Si las gavetas tuvieran entrañas, serian en estos momentos dignas de compasion.

Pero seamos justos.

Los hombres de negocios tienen más pudor que los hombres de talento.

Ayala ha expuesto á la vergüenza sin ningun miramiento, lo que el banquero más descarado tendria oculto en el último rincon de su cartera.

Es posible que las letras de cambio estén afligidas, pero las bellas letras deben estar orgullosas.

Y sin embargo, nunca el *negocio* ha gozado de tanta celebridad.

Ningun tanto por ciento ha conseguido tan universal aceptacion.

Los banqueros deben consolarse de este negocio en que aparecen tan desnudos con la seguridad de la siguiente noticia:

El tanto por ciento pasará á la posteridad.

EL VERDUGO.

Hay un sér extraño, incomprensible, que oculto á las miradas de todos, surge de vez en cuando del fondo de la sociedad, aparece un momento en la superficie de la multitud, atrae sobre sí los ojos de la muchedumbre, y vuelve á hundirse desapareciendo como un relámpago tragado por la oscuridad.

Más bien que hombre parece una sombra.

En él se verifica un fenómeno incomprensible: vive en medio de los hombres á una inmensa distancia de cada uno de ellos.

A su alrededor hay siempre trazado un círculo que nadie traspasa.

Entre él y los demás hombres, hay una distancia imposible de vencer.

Parece que la atmósfera que lo rodea es mortal para todos menos para él.

Una bala de cañon lanzada por el ímpetu de la pólvora encendida, no se abre paso al través de la multitud tan pronto como este sér inexplicable.

Como si fuera una grandeza de esas que todo lo subyugan, no hay más remedio que retroceder cuando él se adelanta y apartarse cuando él pasa.

El vaso en que bebe, se rompe para que no vuelva á servir.

Si cae, nadie le tenderá la mano para que se levante.

El dinero no se le da, se le arroja.

La sociedad es para él un desierto: vive solo en medio de los hombres.

Es hombre y no es ciudadano.

La naturaleza todo se lo permite, la sociedad todo se lo niega.

Viene á ser como la última pieza de una máquina, como el último tornillo de un terrible aparato.

Es, como si dijéramos, el hilo de la cuchilla, la punta de la espada, el nudo del dogal.

Sus apariciones se anuncian siempre por medio de siniestras señales.

Este hombre no falta nunca en su puesto.

Cubierto con la ignominia que todos arrojamos sobre su rostro, huye de nuestra vista, se esconde á nuestras miradas y espera.

Espera en su escondite, como el bisturí espera en su estuche el momento en que el mismo enfermo le grita para que acuda á separar de su cuerpo la pierna gangrenada.

Perecen los pueblos, se cambian las costumbres, se transforman las ideas: este hombre ni perece, ni cambia ni se transforma.

Siempre es el mismo.

La série de los hombres extraordinarios se vé frecuentemente cortada por largas interrupciones.

De Homero hay que ir á Dante, de Alejandro á Julio César, de Julio César á Napoleon.

Moisés no ha tenido todavía sucesor.

Hoy nos hace falta un gran mecánico, mañana un gran político, ó un gran filósofo, ó un un gran diplomático.

Estos grandes hombres no nacen cuando hacen falta: nacen cuando nacen.

Sucede con ellos lo que con los premios de la lotería, y es que siempre llegan á tiempo.

Los pueblos pasan á menudo por circunstancias angustiosas y llaman á un hombre y ese hombre no parece.

Las razas se agotan, las dinastias desaparecen, las familias se acaban.

Este hombre parece inalterable y eterno.

Todavía no se le ha llamado una vez que no haya dicho: «aquí estoy.»

Muere uno y nace otro.

Es una continuacion no interrumpida.

Nunca falta uno.

Su semilla fructifica siempre.

Si se considera la ignominia á que se sugeta, el horrible destierro á que se condena, la pobreza á que se obliga, y la repugnancia invencible de que se hace voluntariamente objeto, este sér parece una víctima.

Si se le mira en el terrible ejercicio de sus funciones, en medio de la plaza pública sobre un tablado, destacarse sobre el cuadro oscuro de la multitud apiñada; si se le ve asir al reo que la justicia le entrega, sentarlo sobre el fatal banquillo, hincar la rodilla, pedir perdon al que ha ofendido á Dios, á los hombres y á la naturaleza, alzarse de nuevo y ahogarlo de repente por un terrible movimiento de su brazo; no se puede dudar: ese hombre es el Verdugo.

¿Qué raza es esta que no se extingue?

¿Qué terrible misterio preside á la contínua incubacion de este sér que nunca se acaba.

No es loco, su razón puede ser tan perfecta como la razon de los demas.

No es un criminal que ha puesto entre la sociedad y él el abismo de sus negros delitos.

Si fuera posible sorprenderlo en el abandono de su casa, en el seno de su familia, acaso encontrariamos alguna virtud doméstica que admirar; quizá muchas.

¿De dónde sale este hombre?

¿Qué pasion ó qué sentimiento, qué vicio ó qué virtud lo empujan á ser el filo de la cuchilla, la punta de la espada, el nudo del dogal?

El criminal se explica, el Verdugo se ve.

El uno se comprende, el otro es un misterio.

Nos encontramos delante de un terrible enigma encerrado dentro de las líneas de una figura humana.

¿Qué clase de hombre es este que se envilece voluntaria y públicamente por un miserable salario?

La mujer pública se vé arrastrada por la seduccion de todos los vicios.

El ladron se ve empujado por la codicia.

El asesino por la venganza.

Pero al Verdugo, ¿qué lo seduce?

¿Qué venganza, qué codicia, qué seduccion pesa sobre este hombre?

Lo último de la sociedad no es la muger perdida, ni el ladron, ni el asesino, porque detrás de todo esto aparece siempre el Verdugo.

¿Qué especie de dinastía es esta?

¿En qué molde misterioso y terrible se funde este hombre que no tiene fin?

Él vive de la muerte.

Todo criminal condenado á la última pena pasa por estos tres términos: pasa del poder de la Justicia á los brazos de la Religion, de los brazos de la Religion á las manos del Verdugo.

La Justicia juzga, la Religion consuela, el Verdugo mata.

Al otro lado del cadalso hay un hombre siempre: el Verdugo empieza donde el criminal acaba.

Tú, sabiduría humana, que todo lo averiguas y todo lo explicas, dínos: ¿no tienes ni siquiera un átomo de luz que dejar caer sobre la profunda oscuridad de este misterio?

Llenamos de honores al soldado que defiende á su pátria, y hay sin embargo que obligarlo por la fuerza ó comprarlo con el dinero.

Hay quien dá toda su fortuna por no serlo; hay quien huye y se esconde; hay quien se hace criminal porque no lo hagan soldado; hay en fin, quien se mutila para no poder servir á su pátria.

El número que forma estas clases, constituye una gran mayoría.

Haced voluntario el servicio de las armas, y habreis suprimido el ejército.

Declarad gratuitos los puestos más honrosos del Estado, y apenas tendreis quien los sirva.

Quitadle á los generales el sueldo y las prerogativas; quitadle á los ministros el presupuesto; á los senadores su alta importancia; á los diputados su contínua influencia, y apenas encontrareis generales, ni ministros, ni senadores, ni diputados.

¿Qué le dais á ese terrible funcionario que s llama Verdugo? Un salario miserable que le arrojais á la cara, el horror público, el desprecio de todos, la más grande de las deshonras, la mayor de las ignominias.

Y sin embargo, ni lo mezquino del salario, ni el horror, ni el desprecio, ni la deshonra, ni la ignominia bastan; el Verdugo persiste: sobre su miseria, sobre el horror que inspira, sobre el desprecio que infunde, sobre la deshon-

ra que le rodea, y la ignominia que le sigue, continúa con tremenda tenacidad.

Parece que es una raza á la que se le ha confiado una mision terrible é inevitable.

El árbol genealógico de esta familia, está sin duda alguna condenado á no secarse jamás.

Decid si hay algun empleo, alguna profesion, alguna industria, algun oficio, que hubiera sobrevivido al mezquino salario y á la ignominia del Verdugo.

Si el Verdugo no fuera un hecho constante, patente y universal, la razon humana se veria obligada á negarlo.

Es una sombra terrible que sigue á la humanidad por todas partes, sin que toda la luz de la civilizacion pueda disipar.

Faltará el cadalso más bien que el Verdugo.

Destruir al Verdugo seria acabar con la pena de muerte; por eso parece horriblemente comprometido en no extinguirse.

NUESTRA INCREDULIDAD.

Estamos siendo víctimas de una verdadera injusticia.

Se ha esparcido por el mundo una injuria que nos llenaria de indignacion, si no fuéramos nosotros mismos los que nos la dirijimos.

Se acusa de incrédulos á los tiempos en que vivimos, y hablando francamente, esto es una calumnia, en la cual todos hemos convenido.

Medítese bien, y se observará al instante que nuestros padres fueron mucho más incrédulos que nosotros.

Hablo de aquellos de nuestros padres que tuvieron el acierto de nacer antes que Voltaire y que Rousseau.

Si ellos levantaran la cabeza, se admirarian

de nuestra credulidad mucho más que nosotros nos admiramos de la suya.

Yo no puedo negar que ellos creyeron en brujas.

Tampoco tengo ningun interés en ocultar que no hay pueblo en España que no conserve todavía la misteriosa tradicion de la existencia de algun duende.

Tomo estos datos como el *sumum* de la credulidad de nuestros padres.

La bruja, creacion diabólica que se desliza á media noche como una sombra por las paredes de los cementerios, abre las sepulturas y extrae con sus uñas las entrañas aun calientes del cadáver de un niño, con la misma destreza con que pudiera hacerlo la ejercitada mano de un anatómico.

Ella es la que vaga al rededor de la horca que acaba de ejercer sus terribles funciones.

Al resplandor de la luna se la ha visto caer sobre el cuerpo del ahorcado pendiente del suplicio, envolviéndole en repentina oscuridad, como si hubiera pasado una nube por entre el cielo y el patíbulo; ó como si la luna hubiera apartado su claridad, horrorizada de la profanacion de que se la obligaba á ser testigo.

En este acto infernal se ocultaba una opera-

cion, que más adelante habia de ser una conquista del arte y de la ciencia.

La bruja iba allí á arrancar uno á uno los dientes de la desgarrada boca del ajusticiado, con la misma habilidad con que hoy lo hacen los dentistas más famosos.

Sacar las muelas sin dolor, es un descubrimiento que seria el colmo de la injusticia negárselo á las brujas.

Ella es la que descarnada como un espectro penetra casi invisible en el cuarto de la doncella que acaba de espirar, y corta con sus dedos y con un solo esfuerzo, las largas trenzas que caen inmóviles al rededor de la cabeza del cadáver.

Con estos elementos robados á la muerte, forma los poderosos filtros que la hacen dueña de las pasiones y de la voluntad de los hombres.

Ella tiene el fuego que enciende el amor irresistible.

¿Hay alguna mujer ofendida por las ingratitudes de su amante? Ella la vengará.

¿Hay algun amante desesperado por la honestidad de la mujer que desea? Ella ablandará el diamante y encenderá la nieve.

¿Es preciso que desaparezca un niño acusador?

Ella lo hará desaparecer como una luz á quien se sopla.

Todo lo oye, porque sus oidos no se cierran nunca; y todo lo ve, porque no mira jamás.

Excepto los sábados por la noche, que los dedica á tomar el aire volando por encima de los tejados, siempre está dispuesta á envanecer el corazon de una mujer hermosa ó á enloquecer el alma de un hombre impetuoso: esta es la bruja.

La he bosquejado con los rasgos más fantásticos y mas vulgares, porque quiero ponerme en el extremo increible de aquella credulidad.

En este espíritu diabólico creyeron nuestros padres.

Confesemos ingénuamente qué debió influir en esa creencia el amor propio.

El amor propio es esa pasion ciega que cada uno se tiene á sí mismo y que hoy es la reina de las pasiones.

A nuestros padres les fué más fácil creer en el poder de las brujas, que en las miserias de la naturaleza humana.

Dieron á sus vicios un editor responsable, como nosotros se lo hemos dado á nuestros periódicos.

El duende era á su vez una especie de espíritu familiar, un diablillo infantil que se entretenía en apagar la lumbre del hogar, en golpear las ventanas las noches de aire, en esconder en los sitios más ocultos las llaves de las despensas, en apartar de la vista todo aquello que se buscaba con interés.

La candidez de esta credulidad nos dá derecho á reirnos de nuestros padres.

Hoy que el sol de la sabiduría humana lo ilumina todo, ¿quién se atreveria á creer en los maleficios de una bruja ó en las pueriles travesuras de los duendes?

Entonces se convirtió la ignorancia en credulidad.

Nuestros padres creyeron que era más fácil la existencia de un espíritu revoltoso, que no que un hombre se desesperára buscando por todas partes las gafas que llevaba puestas.

Creian nuestros padres muy fácil que el duende descubriera á lo mejor, debajo de un mueble, ó detrás de una puerta, un baston sospechoso ó un billete incomprensible, porque les parecia increible que fuera tan frágil la honestidad de sus hijas ó la virtud de sus esposas.

Creian ellos entonces de las brujas y de los

duendes, todo lo que nosotros creemos ahora de los hombres y de las mujeres.

Pero si á las brujas y á los duendes llevaron ellos los términos de su credulidad, nosotros en punto á creer hemos ido, como era natural, mucho más lejos: el progreso es una ley inviolable.

Sería imposible hacernos creer que una vieja puede tener la facultad de abrir la ventana de su cuarto á las doce de la noche y echarse á volar con la misma facilidad que lo hacen los murciélagos.

Si se intentára hacernos creer esto, volveríamos la cabeza indignados de semejante pretension.

Pero cambiemos las condiciones de la maravilla.

No se trata de una vieja descarnada y repugnante.

Por el contrario, se trata de una jóven bella y nerviosa.

Tampoco se trata de que vuele sin alas, sino de que vea sin ojos.

Esto ya empieza á ser otra cosa.

Aquí no hay necesidad de ungüento diabólico, que á fuerza de fricciones despierte en ella la facultad de volar.

Basta que la voluntad poderosa de un hombre se reconcentre en sí misma con una intencion irresistible; basta que las manos de ese hombre pasen lentamente sobre la cabeza de la jóven y lancen sobre ella los torrentes de una luz invisible que se escapa por la punta de las uñas.

Primer momento de asombro: la jóven se ha dormido.

Este paso es preciso, porque lo primero es que ella ignore todo lo que sabe.

Una vez dormida, no hay secreto que no pueda estar en sus lábios.

Sus ojos, que parecen muertos, no necesitan más que una señal magnética para penetrar en lo más recóndito de lo pasado, de lo presente y de lo futuro.

La bruja era hija del diablo, el magnetismo es hijo de la ciencia.

El diablo ha muerto, y la ciencia nace.

Creian nuestros padres que el demonio podia fraguar toda clase de maldades; nosotros creemos más, creemos que la ciencia puede hacer milagros.

Verdaderamentee es risible la inocente creacion del duende.

Difícil es creer que una llave se esconda,

que una puerta se cierre y que una luz se apague por el impulso misterioso de una mano invisible.

Pero si esta intervencion de un espíritu desocupado es increible, ¿qué vamos á hacer de nuestra credulidad?

Que los muebles anden, se muevan y se oculten, es cosa que repugna á nuestra razon. Es mucho más fácil que hablen.

Una mesa puede contestar á varias preguntas.

En cuanto á moverse, solo le permitimos que dé vueltas al rededor de sí misma.

Pero en punto á nuestra credulidad, tengo donde ir á buscar irrecusables testimonios.

¿Qué calvo es el que no cree en el último descubrimiento infalible para hacer nacer el pelo?

¿Quién niega su fé á todos y á cada uno de los artículos que se hallan contenidos en una botica?

¿Cuál es el hombre que no cree en su razon?

¿Hay alguna mujer, por viciosa que sea, que se niegue á creer en la virtud de un cosmético?

¿No es el sufragio universal un artículo de fé para una gran parte de los hombres?

¿Hay alguna perversidad que no se crea?

¿No creemos todos en el dinero?

¿Hay algun ministerio que no se crea fuerte?

¿Dónde está el partido que no se crea justo?

Apenas hay una mujer que se crea fea, un niño que no se crea hombre, un hombre que no se crea Dios.

Casi hemos agotado los límites de la credulidad.

Jamás se han creido tantos imposibles como ahora.

¿Qué inquieta credulidad no nos inspira el billete de la lotería que llevamos en el bolsillo?

Si no hubiera tanta credulidad, seria imposible abusar de ella de la manera que se abusa.

Nuestros padres eran mucho más incrédulos que nosotros.

Ellos creian en Dios; nosotros creemos en el hombre.

Si hubieran sido tan crédulos como nosotros, esta época hubiera aparecido antes.

¡Se nos acusa de incrédulos! ¿Hay algun error en que no creamos?

En fin, estamos creyendo que al cabo de seis

mil años el hombre va á cambiar de naturaleza.

Nuestros padres creian en la Providencia; nosotros creemos en la fortuna.

Creian al hombre mejor de lo que era: nosotros lo creemos peor de lo que es.

LA AMBICION.

La mitología se vale de una fantástica paradoja para darnos una idea palpable de lo que es un suplicio eterno.

La paradoja se nos presenta bajo la forma de un tonel sin fondo que es preciso llenar.

El agua desaparece como si un abismo se la tragára.

Un tonel sin fondo, por pequeño que sea, es siempre inmensamente grande.

Cualquiera puede pasar toda su vida echándole agua, seguro de no llenarlo jamás.

El mismo Océano, que siempre que se le vé

parece que vá á tragarse la tierra, se empeñaria inútilmente en cubrir sus misteriosas profundidades.

Despues de haber agotado su última gota de agua, todavía el tonel permanecería vacío.

Un tonel sin fondo es una cosa que no tiene medida; pretender llenarle es una locura; solo pensarlo dá dolor de cabeza.

Si vemos á un hombre empeñado en llenarlo de agua, no tendremos ningun incoveniente en declararlo loco.

Pues bien; tenemos delante una vasija toda de barro primorosamente labrada.

Esta vasija no tiene fondo, y está empeñada en llenarse.

Ha comprometido en ello su amor propio.

Esta vasija se llama hombre.

Este hombre se afana sin descanso por llenarse y siempre está vacío.

Sabiduría, poder, honores, riquezas: he aquí el líquido fugitivo con que el hombre quiere llenar el tonel insaciable de su deseo.

¡Deseo! esa es la hidropesía del alma.

Si á un cántaro agujereado se le ocurriera alguna vez la idea de llenarse de agua, sería la señal evidente de que habia perdido el juicio.

La ambicion es el único cántaro agujereado que se obstina en llenarse.

El hombre, sin embargo, continúa siendo un sér dotado de razon.

Todos sabemos una cosa completamente inútil: sabemos que de todo deseo satisfecho, nace necesariamente otro deseo: la satisfaccion de un deseo, es fatalmente la incubacion de otro.

Sabemos, pues, que estamos contínuamente echando agua en un tonel sin fondo, y sin embargo, seguimos echándola.

La ambicion es un estómago cuyas fuerzas digestivas son espantosas.

Es el vacío eternamente hecho en el corazon; pero ese vacío sin límites que millones y millones de estrellas no han podido llenar.

Tomad al hombre tal como es, hacedlo Dios hoy, y mañana querrá ser más.

Hay una escalera cuyos peldaños no se acaban nunca, y es la de nuestra ambicion.

Tratándose de subir, todavía no ha encontrado nadie el último escalon.

Es verdaderamente incomprensible que en una cosa tan frágil y tan pequeña como el hombre, quepa una cosa tan fuerte y tan grande como la ambicion.

Pensemos un momento sobre este raro fenó-

menos: tomemos un guia que nos conduzca por el confuso laberinto de este misterio.

Llamemos á un matemático, al dueño de esa ciencia que hiela las ideas para medirlas.

Preguntémosle si es posible encerrar en un vaso de vidrio toda el agua del diluvio.

El matemático calculará con perfecta exactitud la elasticidad de sus lábios para dejarnos ver una sonrisa matemáticamente ajustada á la extension de su boca.

Pero asegurémosle que una cosa cuyos límites no se han encontrado todavía, la llevamos encerrada en un espacio tan pequeño que apenas cabe en él un puñado de tierra.

El matemático sumará al punto la flexibilidad de sus cejas para levantarlas lo precisamente necesario á fin de que pueda pasar á su semblante toda la expresion de su repentina incredulidad.

Digámosle que esa cosa tan grande es la ambicion humana, y que esa cosa tan mezquina es el hombre.

Aquí el matemático se restará á sí mismo por medio de esa operacion aritmética, que se llama encogerse de hombros, como si quisiera demostrarnos la pequeñez de su sabiduría ante la inmensidad del problema.

Su ciencia se disminuye como una gota de agua en presencia del mar, como la luz de un fósforo delante del sol.

Se encoge de hombros para que veamos que no alcanza, ó tal vez intenta meterse dentro de sí mismo á ver si puede sondear las oscuridades del problema que dentro de sí mismo se encuentra planteado.

Ello es que el matemático no hará más que encogerse de hombros.

Esa es la primera y la última página de todas las ciencias humanas.

La sabiduría del hombre es un libro cuya primera hoja está en blanco, y cuya última hoja no se escribirá jamás.

Llámese al más ingenioso de los artífices, al más industrioso de los mecánicos.

Désele toda la materia de que se compone el universo, y dígasele: haz una estátua tan grande como la ambicion humana; y nos devolverá todo el universo como si le hubiéramos dado un puñado de polvo para que fabricára una montaña.

¿A dónde vamos, pobres viajeros, con ese saco roto siempre á la espalda, siempre abierto y siempre vacío?

Ambicion de honores, de riquezas, de po-

der, de placeres: ¡hé ahí la revuelta confusion de vasijas agujereadas que tenemos delante!

¿De dónde ha salido este enjambre de hidrópicos que no se cansan de beber?

Los animales más feroces no muerden si no les irrita el hambre: pues bien, tened presente que el ambicioso es un animal siempre hambriento.

¿De qué se trata? De un título más ó menos brillante, de un puñado de oro, ó de un poco de mando.

Buscad en la historia uno por uno á todos los grandes ambiciosos; despojadlos de su fortuna y de su gloria, y no tendreis más remedio que enviarlos á los tribunales.

Newton era un sábio y Napoleon un ambicioso.

Newton debió estimarse muy poco: dió de balde su inteligencia al mundo, no tuvo ambicion ni de honores, ni de riquezas, ni de poder, ni de placeres, y se dió gratis.

No podia darse más barato.

Napoleon valia mucho más.

Súmese la cantidad de oro y de sangre que costó al mundo, y nos extremeceremos ante la idea de que volviera á nacer.

No habria dinero con que pagarlo.

Newton encontró una verdad; Napoleon un trono.

Newton trabajó para el mundo; Napoleon para él.

Newton dejó un rayo de luz; Napoleon un rastro de sangre.

Si Catilina hubiera contado con la fortuna, hubiera sido César.

Así son los grandes ambiciosos.

Pero hemos llegado á una especie de socialismo en que la mina de la ambicion es patrimonio de todos.

Por una de esas injusticias de que el mundo no ha podido librarse aún del todo, la ambicion venia á ser una propiedad vinculada en la familia de los grandes hombres.

Solo tenian derecho á ser ambiciosos aquellos que podian presentar á la admiracion pública los títulos de una legítima superioridad.

Esto era indudablemente un monopolio, que al fin y al cabo habia de estrellarse en el nuevo derecho.

Cuando se hace una revolucion es preciso hacerla bien; es preciso revolverlo todo de manera que cambie diametralmente el lugar de las cosas.

Los grandes talentos, los grandes caractéres,

las grandes cualidades, son dones que la Providencia reparte con mana avara; pero arrastrarse por el suelo, envilecerse, degradarse, son cosas que todos los hombres pueden hacer.

El nombre, la importancia, la fortuna, la celebridad y la gloria, eran cosas que estaban demasiado altas para que todos pudieran cogerlas; era preciso crecer mucho para alcanzarlas.

Es infinitamente más fácil doblarse hasta llegar al suelo, que elevarse sobre los demás.

En virtud de esta verdad evidente, todo lo que habia que hacer, era poner sobre el polvo de la tierra lo que antes estaba sobre la cabeza de los hombres.

Así se vé á la ambicion que, semejante á una culebra, se arrastra por conseguir las fugaces satisfacciones de sus hidrópicos deseos.

Hay cosas incomprensibles; la ambicion que es toda soberbia, está hoy condenada á no subir más que en proporcion de lo que se baja: cuanto más alto está lo que codicia, más tiene que humillarse.

Hé aquí el sentido doble y misterioso de toda escalera.

En ella se ven á un mismo tiempo en toda

su extension, desde el principio hasta el fin, dos movimientos contrarios, radicalmente opuestos entre sí, como lo negro y lo blanco, como la luz y la oscuridad.

Dos movimientos que recíprocamente se destruyen y recíprocamente se dan la vida.

Obsérvese atentamente la rareza de este extraño fenómeno, y se verá que toda la parte de escalera que sube, es la misma parte de escalera que baja.

Y para que la irrision sea más completa, es imposible imaginar una escalera que solo baje ó que solo suba.

Hé ahí cómo se me presenta la ambicion de estos tiempos, condenada á bajar tanto como sube.

¿Y será esto nada más que un capricho de la naturaleza y de los hombres?

¿No podrá ser un geroglífico ininteligible solamente, porque no queremos descifrarlo?

¿Por ventura vivir es otra cosa que deshacer la vida? ¿No es avanzar á la vez que retrocedemos? ¿No es subir y bajar al mismo tiempo?

¿No es justo, providencial y sábio que los hombres bajen por la misma escalera que suben?

¡Se puede dar á la ambicion humana más terrible castigo?

Ahora bien: casi todos los que veis trepar por los peldaños de la escalera pública, vienen á estar debajo del resto de los hombres.

LOS SUEÑOS.

Si no fuera tan apremiante la necesidad de vivir, yo creo que algunas veces tendríamos tiempo para pensar en algo.

Pensar es detener, reflexionar es pararse; ¿y quién se atreveria á detenerse con peligro de quedarse atrás?

La vida es una especie de progreso que no nos deja tiempo para pensar.

Desde el momento en que se nace, hasta el momento en que se muere, se está viviendo sin un instante siquiera de interrupcion.

Para dar variedad á este trabajo asíduo y constante del hombre, se han buscado diversas maneras de vivir.

Se han inventado figuras distintas, que representan una misma cantidad.

Asi como para decir las mismas cosas se han inventado muchos idiomas.

Pero en realidad no hay más que una vida que no tiene sustitucion.

El que una vez se queda sin ella, ya no vuelve á vivir.

Por eso todos tenemos tanto afan en conservarla.

Es incalculable lo que el hombre haria si por un privilegio de la naturaleza no tuviera nada que hacer.

¡Infeliz! desde que nace hasta que muere, se siente oprimido por el trabajo contínuo y forzado de vivir.

¿A dónde llegaríamos si pudiéramos hacer que la vida se esperara?

Ó para decirlo de una manera más absurda, más comprensible y más exacta:

¡A dónde iriamos á parar si nos fuera posible detenernos!

En esta carrera precipitada, en la cual parece que vamos huyendo de todo lo que seguramente vamos buscando, apenas tenemos tiempo de ver lo que pasa por delante de nuestros ojos.

Con tanta rapidez cruzan las cosas á nuestra vista, que no podemos verlas más que por la superficie y desfiguradas por la velocidad del movimiento.

Hay una en la que tropezamos todos los dias, sin que hayamos podido averiguar aún ni el más fácil de sus secretos.

Es la cosa más rara y la cosa más frecuente.

La cosa máás natural y la cosa más incomprensible.

Es una cosa ante la que todos cerramos los ojos y doblamos la cabeza.

Se llama sueño.

La sombra, enemiga de dejarse ver con claridad, tiene la precaucion de no aparecer hasta que se apaga la luz.

Por eso no se la vé más que de noche.

El sueño, más ingenioso, ha encontrado un medio más seguro para no ser visto á pesar de la luz.

Su primer cuidado es cerrarnos los ojos.

Apenas los abrimos desaparece.

Es imposible cogerlo desprevenido.

El sueño es un mundo en el cual entramos como en este, esto es, completamente á oscuras.

Si yo fuera ciencia, viviria en contínua desesperacion.

Eso de no poder averiguar lo que pasa dentro de uno mismo, es una vergüenza.

No dejarnos penetrar en lo que tan inmediatamente nos pertenece, es una crueldad.

Obligarnos á que cerremos los ojos ante el poder de una cosa que no comprendemos, es una tiranía.

¿Por qué hemos de doblar la cabeza ante las exigencias del sueño?

Bien mirado, dormir no es más que tenderse para que pase por encima de nosotros un tirano invencible.

Y sin embargo, soñar es la palabra más libre y más bella que se encuentra en el diccionario.

Sueño equivale á felicidad.

Sueño se llama á todo lo que nos parece imposible, y los imposibles tienen la crueldad de parecernos hermosos.

Cosa extraña. Tenemos que echar el velo profundo de nuestros párpados sobre la realidad de las cosas para vernos felices.

Los sueños son unas especies de citas misteriosas que nos damos con todo lo que vive en nuestro deseo.

Todo lo que no podemos realizar, lo soñamos.

Es un modo incomprensible de ver lo que no tiene forma, de gozar lo que no existe.

Para los médicos un sueño no es más que una congestion; y es claro: ¿que ha de ver un médico si no ve una enfermedad?

Los sueños suelen tener muy malas intenciones.

Esa mala intencion que llevan siempre consigo todas las mujeres que son muy hermosas.

Toda mujer puede ser amada constantemente por un hombre.

Esta es una regla general que no tendria excepcion si no hubiera otra regla contraria y tambien general.

Todo hombre preferirá siempre á la mujer más bella.

Las mujeres saben esto perfectamente y hé aquí lo que hacen:

Ciegan á los hombres para que no puedan ver á las demás.

El sueño es así: es el que quita el encanto á la realidad.

Desgraciado del que enamorado de una cosa real, tenga la desventura de soñar otra.

Es seguro que si el hombre no soñara, viviria muy contento.

¿Por qué será que los niños se despiertan siempre llorando?

Los sueños son una cosa mucho más trascendental de lo que parece á primera vista.

Como todos soñamos, no vemos en ello más que una vulgaridad.

Los sueños de los poetas tienen el privilegio de realizarse.

Ahí está la *Divina Comedia* que no me dejará mentir.

Sus personajes nos son conocidos, los vemos vivir mejor que á la mayor parte de los hombres que vemos por la calle.

El Quijote es otro sueño realizado.

Es tan verdadero este personaje, que no solamente sabemos lo que hizo, sino que estamos seguros de lo que hubiera hecho.

Existe de una manera mucho más completa que la mayor parte de los hombres públicos que vemos todos los dias, pues sabemos de ellos algo de lo que han hecho, é ignoramos completamente lo que harán.

Y esto es tanto más admirable, cuanto que esos son hombres de razon y don Quijote es un loco.

Hacer de un sueño una realidad, es privilegio exclusivo del poeta; es un secreto del arte

que nadie ha podido robarle todavía. Tal es la obstinacion con que lo guarda.

Los filósofos modernos se han empeñado tambien en hacer de sus sueños una realidad.

Ellos habian de querer tambien que sus sueños tomaran cuerpo, y siguiendo los procedimientos mecánicos del arte, tomaron papel y empezaron á dar forma de libros á todas sus quimeras.

Aquí empieza la segunda perdicion del mundo.

Un aleman que no tiene nada que hacer, coge un jarro de cerveza y enciende su pipa.

Los vapores del brevage y el humo del tabaco, forman en su imaginacion una atmósfera semejante al caos, una cosa parecida á los primeros momentos del sueño.

Cuando los hombres no tienen nada que hacer, es precisamente cuando hacen las grandes cosas.

¿Qué habia de hacer el espíritu aleman al ver desvanecerse ante sus ojos la realidad de la vida borrada por los vapores de la cerveza y el humo del tabaco?

Si el mundo huia de su vista, ¿habia de quedarse indolentemente dormido en el aire?

Esto hubiera sido sublevarse contra las le-

yes de la gravedad, y lo primero que necesita un filósofo aleman es ser grave.

Al encontrarse fuera del mundo que todos pisamos, se veia en la necesidad de crear otro mundo.

El humo del tabaco y los vapores de la cerveza no habian de ser menos que la *nada*.

Esto hubiera sido absurdo.

El humo es dócil y se prestó á la nueva creacion.

La cerveza no pudo negar que llevaba dentro de sí un espíritu activo.

Y la imaginacion se abrió como el vacío para dar paso al flamante universo.

He aquí el *Génesis* de este nuevo mundo que se llama filosofía alemana.

De esto resulta que se han vuelto *científicamente* locos una porcion de séres racionales.

Y como al crearse el mundo de la *filosofía alemana* no ha podido destruirse el mundo primitivo, resulta que los que están soñando no pueden entender á los que están despiertos.

Esta sábia filosofía, ya que ella no puede, trabaja para que los ignorantes realicen sus sueños.

Así se vé á la multitud buscar lo que no existe.

Se agita como un sonámbulo que, soñando grandes riquezas, quisiera encontrar la realidad de sus quimeras en las tristes soledades de sus tristes bolsillos vacíos.

Ha dicho Larra que un tonto y un hombre de talento se distingen en que el primero dice las tonterías y el segundo las hace.

Entre un sábio y un ignorante la diferencia es en sentido inverso: el sábio escribe las locuras y los ignorantes las ejecutan.

Todas las locuras de una mujer enamorada no son más que el afan de realizar sus sueños.

Pocas veces un asesinato deja de ser la realizacion de un sueño de venganza.

¡Cuántos habrá en la cárcel por haber querido realizar sus sueños de oro!

Los sueños son un mundo invisible que todos llevamos oculto en el fondo de nuestro corazon ó de nuestra cabeza y que solo se nos descubre cuando cerramos los ojos.

¡Que aspecto tan extraño tiene la realidad cuando tropezamos con ella al despertar de un sueño!

Parece como que sentimos la ligadura mortal que sujeta el alma á la tierra.

Parece como que pesa sobre los hombros de nuestro espíritu el peso de la vida.

Experimentamos la extrañeza, el asombro que experimentaría un aguila si de repente perdieran sus alas poderosas la facultad de volar.

El sueño es la ventana de la cárcel en que vivimos.

Soñar es tender la mirada por el ancho paisaje que se dibuja fuera de nuestra prision.

Despertar es volver los ojos al centro del calabozo, cuyas paredes duras y frias nos cierran el paso por todas partes.

La mitad de la vida la pasamos soñando.

DOS ESPECTACULOS.

El último domingo ha sido lo que se llama un hermoso dia.

Todo amaneció brillante y magnífico.

El sol ardiente, el cielo sereno, el aire templado, la gente alegre.

En ninguna ocasion ha podido Madrid restregarse las manos más satisfecho de la tierra, del cielo y de los hombres.

Para que nada faltara á su satisfaccion, era ese domingo el primer dia con que tropezaba al escaparse de las tristes y solemnes ceremonias de la Semana Santa.

Todas las esquinas le salian al encuentro pregonando las funciones que le esperaban.

Sobre todas resaltaba un cartel encarnado, como si se hubiera tenido la esquisita prevision de teñirlo en sangre.

En él campeaban grandes letras, como si quisieran dar por su magnitud una idea de la grandeza de la fiesta.

Además de grandes, eran negras.

Sin duda habian comprendido que debian presentarse de luto.

Colocadas una despues de otra, lanzaban á los ojos de la multitud este negro renglon:

PLAZA DE TOROS.

El resto del cartel contenia el órden en que habia de desenvolverse este sublime espectáculo.

Veinte mil ciudadanos se lanzaron por la calle de Alcalá, como un torrente, empujados por la fuerza impulsiva del cartel.

No tenemos derecho á poner en duda que todas estas gentes eran honradas.

Era una masa de hombres, de niños y de mujeres que acudian á llenar con sus personas el espacioso círculo de la plaza de Toros y á llenar con su dinero el bolsillo de la empresa.

Esta funcion tenia oculto un incidente que

nunca anuncian los carteles y que siempre se espera.

Lo sublime de esta funcion consiste en la probabilidad de ese incidente.

Quíteseles á las corridas de toros el peligro en que está constantemente la vida del torero, y se acabó el encanto.

Veinte mil séres racionales no sacrificarian ni su dinero, ni su tiempo, ni su comodidad por semejante espectáculo.

Por eso el mejor de los toros será aquel que arroje á la culta admiracion de nuestro entusiasmo, mayor número de cadáveres.

Por eso el gran toro del domingo fué el que destruyendo de un solo empuje todas las habilidades del arte, hundió su asta encendida en el corazon de un infeliz torero.

Por eso la cabeza arrogante y estúpida de ese animal glorioso, fué comprada en el acto á peso de oro, y dentro de pocos dias aparecerá disecada, esto es, inmortalizada, en el gabinete del que la ha adquirido, para perpetuar la memoria de ese toro modelo.

Afortunadamente los toros no han pensado todavía en que pueden inmortalizarse como los hombres.

Veinte mil espectadores presenciaron un espectáculo, sin duda alguna terriblemente conmovidos, pero dispuestos al mismo tiempo á insultar al torero que se hubiera negado á seguir lidiando con aquella fiera que tenia entusiasmado al concurso.

¡Qué gran negocio para la empresa!

¡Qué gran crédito para la ganadería!

¡Qué soberbias corridas nos esperan!

El empresario debe doblar el precio de las localidades.

El ganadero debe triplicar el valor de sus toros.

El gobierno debe disponer que se ensanche la plaza.

Nosotros acudiremos á gozar una por una todas las nobles emociones de tan bello espectáculo.

En toda corrida de toros aparecen tres fieras, que son estas:

El toro, el torero y el público.

Los grados de barbaridad de cada uno de estos brutos, pueden calcularse por los siguientes datos:

Al toro se le obliga.

Al torero se le compra.

El público vá por un acto espontáneo de su soberana voluntad y dá dinero encima.

Obsérvese bien esta otra gradacion:

El toro, provocado, se defiende.

El torero, comprometido, lidia.

El público se divierte.

En el toro hay fuerza é instinto.

En el torero valor y habilidad.

En el público no hay más que fiereza.

No hay en la naturaleza un mónstruo que se parezca á ese que se forma en los tendidos de una plaza de Toros.

¿Cómo una reunion de séres racionales puede puede componer ese bárbaro conjunto?

No hablemos de los caballos.

Si ellos pudieran conocernos, ¡cuánto nos despreciarian!

Calígula hizo senador á su caballo.

Nosotros los arrojamos indefensos y con los ojos vendados al ciego ímpetu de un toro.

Somos más bárbaros que Calígula.

Una corrida de toros es á los ojos de toda persona sensata, una frase mal entendida.

No son los toros los que se corren; es la civilizacion la que queda corrida.

Hay una embriaguez que no avergüenza, y es esa que resulta del roce íntimo de unos hombres con otros, cuando forman ese mar lleno siempre de tempestades, que se llama multitud.

Hay, sin embargo, corazones sensibles que llorarian amargamente si vieran desaparecer de la puerta de Alcalá ese padron de ignominia que se llama plaza de Toros.

¡Qué contrastes tiene la vida!

El domingo fué un dia hermoso, alegre, verdaderamente divertido.

Solo escondida en el rincon de su casa una pobre familia llora una pérdida irreparable.

Realmente no es más que una infeliz mujer que llora la muerte de su marido y unos cuantos hijos que lloran la muerte de su padre.

En rigor, esta pena es bastante frecuente; el mundo está lleno de viudas y de huérfanos.

¿Qué es el cadáver de un torero y el cuadro de una familia afligida por la más honda de las penas ante el espectáculo de veinte mil personas que se divierten?

Pongámonos á la altura de nuestra época.

Reprobemos indignados la pena de muerte que nuestras leyes imponen al criminal por mano del verdugo, y respetemos la pena de muerte que nuestras costumbres imponen al torero por medio del toro.

Que la ley mate al criminal, es una vergüenza; que un toro mate á un hombre, es una diversion.

Todavía hay otro espectáculo más repugnante y más barato.

En Madrid los dias se pasan de cualquier modo, pero las noches es preciso pasarlas bien.

Además los dias son demasiado cortos y es preciso que tomemos de la noche toda la parte necesaria á la vida que se hace en Madrid.

Es un principio económico generalmente admitido y comunmente practicado, que lo que hace falta debe tomarse de cualquier parte.

La noche es un exceso de tiempo, una superabundancia de la naturaleza, un número de horas perdidas en la oscuridad, y hemos desamortizado la noche.

Real y verdaderamente estaba mal administrada.

El tiempo es oro, y hemos abierto ese nuevo raudal que entra impetuoso en el mar de la prosperidad pública.

Desde el momento en que empieza á oscurecer empezamos á vivir.

La luz del sol es demasiado clara para ciertos espectáculos: los vicios tienen tambien su pudor y han hecho de la noche el velo con que finjen cubrirse.

La deshonestidad de una mujer no consiste siempre en descubrirse; es mucho más temi-

ble la deshonestidad de las mujeres que hacen como que se cubren.

Hace mucho tiempo que Madrid posee el luminoso descubrimiento del alumbrado de gas.

Esta es una luz que aquí solo sirve para anunciar á la poblacion fatigada del dia, que ha llegado la noche.

Una luz que quiere decir: «no se vé.»

Una luz tan ingeniosamente calculada, que solo sirve para que se vea la sombra.

Realmente no es luz, sino brillo.

El alumbrado de Madrid es á la luz, lo que el *doublé* es al oro.

Es un pretesto para que podamos decir que Madrid está alumbrado.

Cada farol dice claramente: «aquí debiera haber una luz.»

Parece que aquí solo ha llegado un reflejo del gas que ilumina á otras poblaciones.

Bajo este punto de vista, se puede decir que aquí no hemos salido aún de la aurora del gas; para nosotros no ha hecho más que empezar á amanecer ese sol del mundo moderno.

A la sombra de esta luz, Madrid se pone en movimiento como si entonces empezara á despertar.

Cada calle es un cauce por el que corre un

rio de gente: parece que ha caido sobre Madrid una red humana por entre cuyas mallas se levantan los edificios, como diques puestos al oleaje de la multitud.

Bajo este velo Madrid no teme desnudarse y se le ve tal como es.

Muestra toda la desenvoltura de que es capaz una mujer deshonesta que ha tenido la pudorosa precaucion de taparse la cara.

Como si una mano misteriosa hubiera removido el fondo de este profundo estanque, todo lo que está debajo sube á la superficie.

El primer teatro que se abre á la especta-cion pública, lo forman las calles principales.

Es un espectáculo gratis.

Los vicios con su pudor tienen tambien su generosidad, y no se ofrecen al entretenimiento público movidos por el resorte del interés.

No se trata de una empresa ni se trata de un negocio.

Es una diversion que atendiendo al bolsillo no cuesta nada.

La familia más pobre no tiene que hacer ningun sacrificio para disfrutar de este continuado espectáculo.

Si esta congregacion ó la otra, si esta ó aquélla hermandad, si la órden de estos ó

aquellos caballeros celebra alguna solemnidad religiosa en cualquiera de los templos de Madrid, tendreis que llamar á la puerta de la casa de Dios con un billete en la mano para que ossea permitida la entrada.

Ni esto necesitais hacer para entrar en la Puerta del Sol y tomar puesto en la Carrera de San Gerónimo, centro de la diversion, foco del espectáculo.

El Ayuntamiento paga la luz, y los guardias municipales vigilan para que el escándalo no sea interrumpido por ningun desórden.

Sean las que quieran vuestras economias, podeis asistir á esta funcion sin que se resientan vuestros ahorros.

¿Pero teneis una hija ó una mujer?

¿Teneis además necesidad de pasar por esta calle despues de anochecer? ¿Teneis simplemente vergüenza? Pues echad por otra calle, porque el espectáculo os podrá costar muy caro.

El vicio se planta todas las noches en medio de la calle y pone en escena todos los recursos que tiene á su arbitrio el arte de seducir.

Es una exposicion pública que Madrid hace todas las noches de todas las mujeres perdidas que medio oculta durante el dia.

Cuando una vasija se derrama, es señal de que ya no cabe en las casas.

Hay un censor que cuida de que en los teatros no se ofenda la decencia ni se falte á la moral.

¿No habrá ninguna censura para esa representacion viva de todos los vicios?

Aqui teneis un agente de policía urbana que os aplicará todo el rigor de la ley si por casualidad cae de vuestro balcon una gota de agua á la calle.

Esa gota de agua puede manchar al público.

Mas ¿dónde está el agente de policia moral que impida que se derrame en las calles el lodo con que el vicio salpica á la multitud?

Allí viene un infeliz cargado con el peso de un fardo enorme.

Á ese desgraciado le está prohibida la acera.

Teneis derecho á que se aparte para que os deje libre el paso: el que trabaja no debe estorbar al que se pasea: un hombre cargado no es un hombre, es una bestia que debe ir por en medio del arroyo.

Pero no es un aguador ni un mozo de cordel lo que os encontrais al paso.

Es una mujer cargada de vicios, que si os mira os mancha, que si os habla os avergüenza, que si os toca os señal

Á este sér, para quien no debia haber calle, teneis que dejarle la acera: tiene en ella la misma parte que pueden tener vuestra mujer y vuestra hija.

Tiene el Ayuntamiento repartidos por la poblacion un número de hombres encargados de barrer la inmundicia de las calles.

Así lo exige la decencia pública.

De otra manera no seria posible andar por Madrid.

Pero ¿no hay nadie encargado de barrer esa otra inmundicia que el vicio arroja todas las noches á las calles?

Lo que importa, sin duda, es, que no os mancheis el charol de las botas ó la seda del vestido. Si las escenas vergonzosas y las palabras repugnantes manchan vuestros ojos y vuestros oidos, tened paciencia.

Un pobre que pide una limosna, es una ignominia que en el acto es recogida.

¿No hay quién recoja á esas mujeres que todo lo piden?

FIN.

INDICE.

Págs.

La noche 5
El fuego 17
Madrid 27
La cara 41
El baile 49
La lisonja 61
La conversacion 69
Las mujeres 81
El tiempo 93
Mr. Herman y el hombre-cañon 105
El corazon 119
La campana de la Almudaina 127
El hilo de los sucesos 135
La medida del tiempo 149
La vida privada y la vida pública . . . 157
Un eclipse de sol 173
No hay niños 181
El verdugo 201
Nuestra incredulidad 209
La ambicion 119
Los sueños 229
Dos espectáculos 239

FE DE ERRATAS.

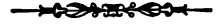
PÁG.	LÍN.	DICE	DEBE DECIR
8	5.ª	únicamente	sériamente
45	11	que va prego-nando	que nos va prego-nando
75	23	los que la vean	los que le vean
78	14	latidos del pe-cho	latidos del pulso
87	1.ª	es curiosa	es aitosa
96	8.ª	entierran	encierran
122	19	recuerdos	recursos
146	8.ª	la duda	la onda
168	11	un puesto	su puesto

CATÁLOGO

DE LOS SEÑORES

SALAS, HELGUERO Y GAZTAMBIDE

EDITORES.



PUNTOS DE VENTA.

EN MADRID.

Cuesta, Carretas 9.
Duran, Carrera de S. Gerónimo 8.
Moya y Plaza, Carretas 3.
Publicidad, Pasage de Matheu.
Lopez, Carmen 29.

EN PROVINCIAS.

En casa de los Sres. corresponsales del Centro general de administracion, ó por medio de carta franca, incluyendo su importe con sobre al «Centro general de administracion» S. Agustin, 12, 2.º derecha.

MADRID.

—

CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION,

Calle de S. Agustin, 12, segundo.

1863.

AGUILAR Y SANCHEZ (J. M.)

El Matrimonio, tratado en que se examinan y juzgan las causas de sus sufrimientos y desgracias y se proponen los remedios conducentes: un tomo en 4.° de 124 páginas. 6

ALONSO Y RUBIO (F.)

Clínica tocológica, hechos de distocia observados en la práctica civil desde el año 1848 á 1862: un tomo en 4.° prolongado de 270 páginas. Precio en Madrid 16
Provincias. 20

Breves páginas dedicadas á la educacion moral de los hijos, un tomo en 4.° de 278 páginas. Precio en Madrid, 14 rs. en rústica, y 16 encartonado.
En provincias. . . . . 18 y 22

ALTADILL (A)

*La voz de España, loa en un acto. 4
Don Jaime el conquistador, drama histórico en tres actos.. 8

ALVAREZ (D.)

*La hija del regimiento, zarzuela en tres actos. 8
*La hija del pueblo, id. en dos. . 6
*Marta, id. en tres. 8
*La Reina Topacio, id. id.. . . . 8
La voluntad de la niña, id. en un acto 4

ANDILLA (BARON DE) Y GERONIMO MORAN.

La dama blanca, zarzuela en tres actos. 8

ARNAO (A.)

*El dominó negro, zarzuela en tres actos. 8
*El cervecero de Preston, id. id. . 8

AUBET (A.)

Un problema de la vida, comedia ctos. 8

AZTOLAGUIRRE (M. A.)

El héroe de Anghera, drama histórico en dos actos. 6

BERMON (D.)

*Una emocion, zarzuela en un acto. 4

BUSTILLO (J.)

*El padre de mi mujer, juguete en en un acto 4

CAPMANY Y MONTPALAU (A.)

Efemérides ó Museo histórico, que comprende los principales sucesos de España y del extranjero, como asimismo toda la parte artística y monumental de los principales paises, dos tomos en 8.° prolongado, en Madrid. 38
En provincias. 42

DIANA (M. J.)

Un prisionero en el Riff. Memorias del Ayudante Alvarez, obra geográfica, descriptiva, de costumbres, y con un vocabulario del dialecto riffeño, segunda edicion, un tomo en 8.° prolongado de 336 páginas, en provincias 10

Los trapisondistas, comedia en un acto. 4

DIAZ (J. M.)

Gabriela de Vergy, tragedia en 4 actos. 8

Mártir siempre, nunca reo, drama de costumbres políticas, en cuatro actos.. 8

FERNANDEZ (P.)

*Juan sin pena, zarzuela en un acto 4

FERNEL (F. A.)

El bien y el mal. Ensayo dramático en tres actos, un prólogo y un epílogo. 8

GARCIA (J. M.)

Las manos blandas, comedia en tres actos. 8

La Aldea de S. Lorenzo, melodrama en cuatro actos 8

Una cueva de ladrones, juguete cómico en un acto. 4

GOMEZ TRIGO (G.)

Mentiras graves, comedia en tres actos. 8

HARTZENBUSCH (J. E.)

Cuentos y fábulas, 2.ª edicion corregida y aumentada, dos tomos en 12.º en Madrid. 12
En provincias. 14
El mal apóstol y el buen ladron, drama en cinco actos. 8

HARTZENBUSCH (J. E.)
Y
CAYETANO ROSELL

El padre pródigo, comedia en cuatro actos. 8

LARRA (M.)

*La perla negra, zarzuela en tres actos. 8

LOMBIA (J.)

Lo de arriba abajo, comedia en dos actos. 6
El sitio de Zaragoza, drama en cuatro actos. 8
El teatro, su orígen, índole é importancia, un tomo en 4.º prolongado, en Madrid. 8
En provincias. 10

LOPEZ (F)

*Los cazadores en Africa, zarzuela en un acto. 4

MOSQUERA Y LOSADA (E.)

Manual de Anatomía práctica. Un tomo en 8.º prolongado.
Madrid. 19
Provincias. 22

MARTINEZ CUENDE (E.)
Y
JOSE M. LARREA.

*Por un inglés, zarzuela en un acto. 4
*El amor constipado, id. id. . . . 4

Rs. vn.

MORAN (G.)

*Fra Diávolo, zarzuela en tres actos. 8
*Las damas de la Camélia, zarzuela en un acto. 4

MOZO ROSARES (E.)

La grandeza de Alcorcon, comedia en un acto. 4
Marchar contra la corriente, id. en tres. 8

OLONA (L.)

*El secreto de la Reina, zarzuela en tres actos. 8

ORTIZ DE PINEDO (M.)
Y
JOSE M. GARCIA.

Una heroina de Capellanes, comedia en tres actos. 8

PALACIO (M)

*D. Bucéfalo, zarzuela en tres actos 8
*La vuelta de Columela, id. en id. 8
Funcion de desagravios que hace en obsequio de las Bellas Artes un acólito del templo de las letras. Folleto en 12.º 4

PEDROSA (F. MARTINEZ.)

*La red de flores, zarzuela en un acto 4

PASTORFIDO (M)
Y
MARCISO SERRA.

Los monederos falsos, zarzuela en tres actos. 8
*Zampa, id en id. 8

(PATAÑO Y MAZARICOS (G)

Viajes por Europa y América, precedidos de un prólogo por el Excmo. Sr. D Patricio de la Escosura, un tomo en 8.º prolongado de 264 páginas, en Madrid. 4
En provincias. . . . .

PICON (J.)

*Anarquía conyugal, zarzuela en un acto. 4
*Memorias de un estudiante, zarzuela en tres actos. 8
*Entre la espada y la pared, idem en id. 8
*Un concierto casero, sainete lírico en un acto. 4
*La isla de San Balandran 4

PINA (M.)

Compromisos del no ver, zarzuela en un acto. 4
*El jóven Virginio, id. en id. . . 4
El niño, id. en id. 4
*El sordo, id. en dos actos. 6
*Enlace y desenlace, id. en id. . . 6
*Los peregrinos, id. en un acto. . 4
Carambola y palos, comedia en un acto. 4
*Un trono y un desengaño, zarzuela en tres actos. 8
Aventuras de un jóven honesto, idem en 3 actos. 8
A caza de divorcios, comedia en id. 8
Influencias políticas, zarzuela en un acto. 4

RAMIREZ (J.)

La culebra en el pecho, drama en tres actos.. 8
El camino de la gloria, comedia en tres actos. 8
La Caja de Pandora, coleccion de estudios filosóficos, artísticos, literarios, político-satíricos, de costumbres y viajes, un tomo. . 19

RIVERA (L.)

*A Rey muerto, zarzuela en un acto. 4
Stradella, id. en id. 8

ROSELL (C.)

El burlador burlado, zarzuela en tres actos. 8

RUIZ DEL CERRO (J.)

*Los mosqueteros de la Reina, zarzuela en tres actos. 8

RODRIGUEZ (A.)

*El nuevo Fígaro, zarzuela en tres actos. 8

SELGAS Y CARRASCO (J.)

Hojas sueltas, viajes lijeros al rededor de varios asuntos, un tomo en 8.º prolongado, en Madrid 8
En provincias. 9
Más hojas sueltas, nueva coleccion de viajes ligeros al rededor de varios asuntos, un tomo en 8.º prolongado, en Madrid 8
En provincias. 9

SERRA (M.)

*La edad en la boca, zarzuela en un acto.. . . , ... 4
*Una historia en un meson, id. id. 4
*El loco de la guardilla, id. id.. . 4

SOBRADO (P. M. DE)

*El zuavo, zarzuela en un acto.. . 4
La playa de Algeciras, apropósito en un acto. 4
Escenas de campamento, id. id. . 4

TRIGUEROS (M.)

La toma de Tetuan, comedia en un acto 4
El prestamista, comedia en un acto. 4

VEGA (R. DE LA)

*Frasquito, zarzuela en un acto.. 4
*Los dos primos, id id. 4

VELASCO (R. DE)

*Por faltas y sobras, zarzuela en un acto 4

VILLANUEVA (J. JOAQUIN.)

*La franqueza, zarzuela en un acto 4

ZAMACOIS (M.)

*El firmante, zarzuela en un acto. 4

ADVERTENCIA.

as las obras que llevan esta señal * al márgen, corresponde su música dministracion donde puede tambien pedirse.

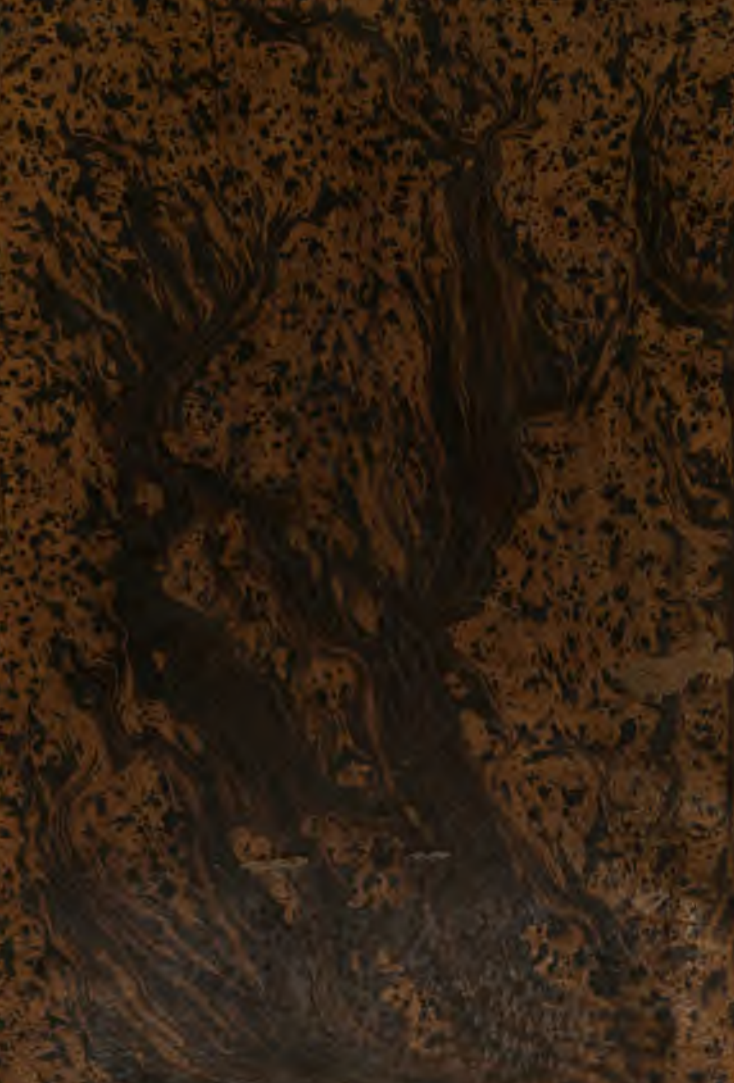
14 DAY USE
RETURN TO DESK FROM WHICH BORROWED
LOAN DEPT.
This book is due on the last date stamped below, or on the date to which renewed.
Renewed books are subject to immediate recall.

ICLF (N)

JUN 13 1968 75

RECEIVED
MAY 30 '68 -3 PM

TA 05656

521442

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY